SARAH VALENTINE
Elliot
HEREDERO ENGAÑADO
SERIE HEREDEROS

Índice

Elliot. Heredero engañado
Sinopsis
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo
Tengo un regalo para ti
Nota de la autora
¿Dónde puedes encontrarme?

ELLIOT

Heredero engañado

Serie Herederos 4

SARAH VALENTINE

Sinopsis

ELLIOT

Heredero engañado
(Serie Herederos 4)

Una novela romántica contemporánea de segundas oportunidades llena de intriga, emoción, pasión y amor en el corazón de las Highlands

Elliot MacTavish debe regresar desde **Estados Unidos** a Farland, su pueblo natal en **Escocia**, para hacerse cargo de la empresa familiar, cuando su **padre está a punto de morir**. Regresar a las **Highlands** supondrá el **reencuentro con su pasado** y, en especial, con **Hollie**, su **amor de juventud**, a quien prometió que un día regresaría.

Hollie Campbell es **dueña del *pub*** de Farland y **madre de un niño**. Vivió un **apasionado amor de juventud** con **Elliot MacTavish**, del que no ha sabido nada más desde que se marchó a estudiar a Estados Unidos. Hollie ha intentado **seguir con su vida** y **volver a enamorarse**, pero quizá **Boyd**, su pareja, **no es la persona más indicada** para ella.

¿Qué sucederá cuando los caminos de Elliot y Hollie vuelvan a cruzarse después de ocho años sin verse?
¿Estará Boyd dispuesto a permitir que entre Elliot y Hollie vuelva a renacer el amor?
¿Se impondrá de nuevo el amor entre ellos?

Adéntrate en esta **romántica y apasionada historia de amor** con una buena dosis de **misterio e intriga**.

¡Atrévete a descubrirlo!

Sarah Valentine, autora de **novelas románticas Best Sellers**, como su **serie Condes escoceses** y su **serie Duques escoceses**, publica ahora ***Elliot. Heredero engañado (Serie Herederos)***, una **novela romántica contemporánea de segundas oportunidades llena de intriga, emoción, pasión y amor en el corazón de las Highlands.**

Si te gustan las **historias 100% románticas**, lee las novelas de Sarah Valentine.

¡Te vas a enamorar!

A mis compañeras de letras.

Prólogo
Hollie

La brisa suave mueve mi pelo, respiro hondo para llenar mis pulmones y observo el paisaje. A pesar de que todo está en calma, pero algo me hace sentir intranquila. Miro a Elliot, que está sentado a mi lado, con la espalda recostada en el viejo roble y nuestras rodillas se tocan. El sol del atardecer resalta la línea de su mandíbula cuadrada, el contorno de sus gruesos labios y esos ojos verdes, que siempre me han dejado sin aliento. Sus manos, que tantas he entrelazado con las mías, descansan sobre la hierba.

—No puedo creer que te vayas mañana—le digo con voz suave tratando de disimular mi tristeza, porque sé que cada vez tenemos más cerca una despedida que no quiero aceptar.

Elliot se gira haci mçia y me mira a los ojos. Sonrío, pero es una sonrisa mustia, una que no puede ocultar el dolor que siento.

—Ni yo —responde en voz baja con gesto afligido y sin apartar sus ojos de los míos—. Pero lo que siento por ti no va a cambiar. Ni el tiempo ni la distancia podrán con lo nuestro.

Sus palabras son un bálsamo para mí pero, al mismo tiempo, una daga se clava en medio de mi pecho. Sé que lo dice en serio, que es lo que cree, pero no puedo evitar sentir este miedo a que el tiempo y la distancia puedan borrar lo que tenemos. Desde niños, hemos sido inseparables. Mi vida ha estado tan entrelazada con la suya que la idea de estar un solo día sin él me parece insoportable. Y ahora… va a cruzar un océano.

—Prométeme que, sin importar lo que pase, volverás conmigo—le susurro al oído sintiendo cómo las lágrimas se acumulan en mis ojos. No quiero llorar, pero la presión en mi pecho es tan fuerte que temo que no podré contener las lágrimas por mucho tiempo.

Elliot toma mi mano con suavidad y la lleva a sus labios para darme un beso en la punta de los dedos.

—Te lo prometo —me asegura y la intensidad en su voz me hace creer, por un momento, que nada podrá separarnos—. No importa la distancia ni el tiempo. Este es nuestro lugar y siempre lo seguirá siendo.

Mientras el sol desciende un poco más en el horizonte y las sombras comienzan a alargarse sobre la hierba, aproximo un poco más mi cuerpo al suyo, como si al estar más cerca pudiera evitar que se marchara de mi lado. Acerco mi oreja a su pecho y escucho con atención el latido de su corazón, muevo mi mano y la acerco para notar el latido constante bajo mi palma y eso me consuela por un momento. Pero también hay un fuego encendido en mi interior, un deseo que no he sentido hasta ahora con tanta fuerza.

—Elliot... —le susurro y busco sus ojos con los míos. Cuando nuestras miradas se encuentran, nos miramos durante lo que parecen ser siglos. Tratando de encontrar en los ojos del otro la certeza de que lo que estamos a punto de hacer va mucho más allá de ser un acto físico.

Es algo mucho más profundo, algo que hemos compartido durante años y que ahora, en la víspera de su partida, necesitamos expresarlo de la única forma que conocemos. Me inclino hacia él y nuestros labios se encuentran en un beso que comienza suave, casi tímido, pero que se intensifica con rapidez. Es un beso lleno de sentimientos, de promesas y, sobre todo, de amor. El suelo bajo nosotros es suave y fresco, pero apenas lo noto cuando me tumbo sobre la hierba, con Elliot sobre mí. Sus labios no abandonan los míos, mientras sus manos exploran con delicadeza cada rincón de mi cuerpo. Cada caricia y cada suspiro es un descubrimiento nuevo para ambos y un recordatorio de lo que estamos a punto de hacer.

—Eres toda para mí —murmura en mi oído, mientras desciende con besos suaves por mi cuello, que logran hacerme estremecer—. Siempre lo has sido.

Cierro los ojos y permito que las sensaciones me envuelvan y me arrastren a un lugar, donde solo existimos nosotros dos. Sus palabras, sus caricias y sentirlo tan cerca me hacen sentirme más viva que nunca. Y aunque sé que este momento es fugaz y que mañana él se irá, no puedo evitar querer guardarlo en lo más profundo de mi pecho para revivirlo una y otra vez cuando él esté lejos.

Siento cómo sus manos se deslizan con delicadeza bajo mi blusa explorando mi piel como si quisiera aprender cada centímetro de memoria. Mis dedos encuentran su camino bajo su camiseta sintiendo el calor de su piel bajo mis yemas. Nos movemos con una sincronización perfecta, como si hubiéramos hecho esto miles de veces antes, como si conociéramos cada recoveco del cuerpo del otro de memoria, pero al mismo tiempo, todo es nuevo, emocionante, y terriblemente precioso.

Cuando nuestros cuerpos se unen es como si todo el universo se alineara. No encuentro palabras para describir lo que siento en este momento. Solo existimos él, yo y el amor que compartimos, un amor que para nosotros es eterno, aunque mañana tengamos que separarnos. Me aferro a él con los brazos alrededor de su cuello. Mis labios susurran su nombre una y otra vez, como si al hacerlo pudiera mantenerlo a mi lado para siempre. Cada movimiento y cada respiración compartidos son una promesa silenciosa, un juramento que va más allá de las palabras que nos susurramos. Suspiro y me dejo llevar por el oleaje acompasado de nuestro amor, y cuando finalmente llegamos al clímax, uno en los brazos del otro, y siento cómo me invade una sensación de felicidad pura, que casi llega a dolerme. Nos quedamos así, juntos, durante lo que parece una eternidad. No necesitamos hablar, porque el silencio entre nosotros está lleno de significado y de promesas no pronunciadas, pero que ambos entendemos sin necesidad de palabras.

La luz del atardecer finalmente se desvanece, mientras nosotros nos quedamos en silencio, observando cómo las estrellas empiezan a salpicar la noche. Mi cabeza descansa sobre su pecho, escuchando el ritmo constante de su respiración, mientras sus dedos juegan suavemente con mi pelo y me abrazo a él. Respiro hondo con la certeza de que este es nuestro lugar, nuestro refugio y, aunque sé que mañana será diferente, me prometo que nunca olvidaré este momento, ni esta noche.

—Volveré por ti, Hollie —su voz rompe el silencio, suave pero firme—. No importa cuánto tiempo pase, volveré a ti.

Levanto la cabeza para mirarlo y en sus ojos veo una promesa que va más allá de las palabras, algo que me hace creer que, de alguna manera, todo va a estar bien.

—Yo te esperaré, Elliot —respondo en un susurro—. No importa el tiempo que pase, siempre te esperaré.

Nos besamos de nuevo, con un beso suave lleno de promesas y de amor. Y aunque el

futuro es incierto y ambos sabemos que los próximos días, semanas y meses serán difíciles, en este momento, todo nos parece posible. Me aferro al calor de su cuerpo y al latido de su corazón y cierro los ojos, dejando que el amor que siento por él me envuelva por completo.

Y así, bajo el cielo estrellado de Farland, nos prometemos un amor que no conoce fronteras y que creemos capaz de superar cualquier obstáculo. No sé qué nos deparará el futuro, pero sé que después de esta noche, nuestro amor será un faro en la oscuridad, un recordatorio de lo que compartimos en este lugar, que siempre será nuestro.

Capítulo 1
Elliot

El aire de Escocia me envuelve en cuanto salgo del aeropuerto de Edimburgo. Es un aire frío, cargado de humedad y del inconfundible olor a tierra mojada. Inspiro profundamente, como si pudiera absorber en una sola respiración toda la fuerza de estas tierras. Mis pasos resuenan sobre el pavimento, firmes pero apresurados. No puedo permitirme vacilar ahora. El taxi me deja frente a la puerta de entrada del hospital, un edificio de piedra gris, que parece fundirse con el cielo encapotado, que amenaza lluvia. La sensación de irrealidad me invade al entrar, es como si el tiempo se hubiera congelado desde la última vez que estuve en Escocia, pero ahora todo es diferente.

Camino por los pasillos y observo cómo la luz blanquecina y artificial rebota en las paredes, proyectando sombras largas que parecen alargarse con cada paso que doy. Mi corazón late con fuerza, un tamborileo constante que resuena en mis oídos, y las manos me sudan ligeramente. Es un recordatorio de que, por más que intente prepararme, nunca voy a estar listo para lo que sé que me espera.

Cuando llego a la puerta de la habitación de mi padre, me detengo. Lanzo un hondo suspiro y cierro los ojos por un instante. No quiero entrar, porque sé que al cruzar ese umbral, todo se volverá real. Pero no tengo elección. Respiro hondo una vez más y giro el pomo de la puerta de la habitación con mano firme, tratando de mantener la compostura. al entrar veo que la estancia está en penumbra, apenas la ilumina la tenue luz grisácea que entra por la ventana. Mi madre está sentada al lado de la cama, con la espalda recta y la cabeza alta, como si esa postura pudiera mantenerla firme ante la marea que amenaza con arrastrarla. No se gira hacia la puerta cuando entro, pero sé que me ha oído. Pero ella, como siempre, continúa siendo tan fuerte e inquebrantable.

—Mamá —susurro.

Al oírme, se gira lentamente y clava sus ojos verdes, los mismos que yo heredé, en los míos. En su mirada veo una mezcla de cansancio y dolor, pero también una determinación feroz. Asiente con la cabeza, en un gesto que lo dice todo y nada al mismo tiempo.

—Elliot —su voz es baja, pero firme, como si cada palabra fuera un esfuerzo medido —, no te esperaba tan pronto.

Avanzo hacia ella y la gruesa moqueta bajo mis pies amortigua mis pasos. Nos abrazamos y al separarnos observo a mi padre, que yace en la cama, rodeado de máquinas que monitorean cada uno de sus latidos y cada respiración que lucha por sostener. La piel de su rostro, antaño bronceada y llena de vida, ahora está pálida, casi traslúcida, y su pecho sube y baja con una lentitud que me aterra. No puedo evitar sentir un nudo en el estómago, una presión que amenaza con romperme desde dentro. Respiro hondo, en un intento de recomponerme.

—¿Cómo está? —pregunto, aunque la respuesta es evidente.

—Los médicos dicen que… —mi madre se detiene, tragando con dificultad antes de continuar—. Dicen que no le queda mucho tiempo.

La brutalidad de sus palabras me golpea como un mazo en medio del pecho y tengo la sensación de que me quedo sin aire. Me acerco a la cama y veo cómo me tiembla la mano ligeramente cuando tomo la de mi padre. La suya es una mano fuerte, la mano que me enseñó a lanzar la pelota, a conducir y a ser el hombre que soy hoy. Pero ahora está fría y débil. Cierro los ojos, tratando de contener las lágrimas que amenazan con desbordarse de un momento a otro.

—Estoy aquí, papá —digo en voz baja con el deseo de que pueda oírme. No sé si lo hace, pero quiero creer que sí, que, en algún lugar, en lo profundo de su consciencia, sabe que he vuelto a su lado, después de tanto tiempo he regresado a su querida Escocia y lo he hecho para quedarme.

Siento la presencia de mi madre a mi lado. Ella me coloca una mano sobre el hombro, un gesto que es tan reconfortante como doloroso. Mi madre ha sido la roca de nuestra familia, la que siempre mantuvo todo en pie, incluso cuando las tormentas eran más fuertes. Pero ahora, esa misma roca parece desmoronarse y puedo ver cómo la presión la ha cambiado, ha endurecido su rostro y apagado el brillo de sus ojos.

—Hay cosas que necesitas saber, Elliot —su tono es firme, pero percibo cierta urgencia en su voz—. Cosas importantes sobre la empresa… y sobre tu padre.

Al oírla, siento un escalofrío que me recorre de arriba abajo. No es el momento. No quiero hablar de negocios, al menos, no aquí, ni ahora. No cuando mi padre está a punto de dejar este mundo. Pero sé que ella no me lo diría si no fuera crucial. La miro a los ojos, buscando una razón para postergar esa conversación, pero todo lo que encuentro es la misma mirada decidida que siempre ha tenido. Respiro hondo, intentando ganar algo de tiempo y centrarme en lo que realmente importa en este instante.

—Mamá… —comienzo, pero ella me interrumpe, sacudiendo la cabeza con suavidad.

—Lo sé, hijo —dice con un tono un poco más suave, como si comprendiera lo que estoy sintiendo—. No es el momento. Pero pronto lo será y debes estar preparado.

Asiento, aunque no estoy seguro de si realmente lo estaré en algún momento. No quiero pensar en los negocios, ni en las responsabilidades que vendrán cuando mi padre nos deje. Lo único que deseo es quedarme aquí, sosteniendo su mano, aferrándome a lo que queda de él. No obstante, sé que ella tiene razón y que pronto tendré que hacer frente a la realidad, que no solo será dolorosa, sino también complicada.

El silencio se instala en la habitación, un silencio pesado, lleno de palabras no dichas y de emociones contenidas. Solo el sonido rítmico de las máquinas, a las que está conectado mi padre, rompe la quietud, un recordatorio constante de que el tiempo se nos escapa.

—¿Qué han dicho los médicos? —pregunto finalmente, sin apartar la vista de mi padre.

—Que no sufre… —responde mi madre, con una voz que lucha por no quebrarse—. Que no siente dolor. Pero… —se detiene, como si buscar las palabras correctas fuera una tarea imposible para ella—. No hay mucho más que puedan hacer. Solo esperar.

La palabra *esperar* se cuela en mi mente, como si fuera una sentencia de muerte. Es irónico que ahora, cuando lo único que quiero es detener el tiempo, todo lo que podamos hacer es dejarlo correr. Mis dedos se entrelazan con los de mi padre, y el contacto, aunque débil, es suficiente para sostenerme y anclarme en este momento.

—Nunca pensé que sería así —murmuro, más para mí mismo que para ella—. Siempre creí que habría más tiempo, que tendríamos tiempo...

—Nadie está preparado para esto —responde mi madre, y por primera vez, detecto una

grieta en su voz, un rastro de la devastación que está conteniendo con tanto esfuerzo—. Pero debemos ser fuertes, por él y también… por nosotros.

La fuerza de sus palabras me impacta. Siempre ha sido así, una mujer que ha soportado más de lo que la mayoría podría imaginar, pero que nunca se ha dejado vencer. Y aunque la situación es desgarradora, no puedo evitar sentir una profunda admiración por ella, por su capacidad de mantenerse firme cuando todo a su alrededor se desmorona.

—Te admiro, mamá —le digo con sinceridad—. No sé cómo lo haces, cómo puedes ser tan fuerte.

Ella me mira y en sus ojos veo un brillo que son una mezcla de tristeza y amor, y coloca su mano sobre la mía, que todavía sostiene la de mi padre.

—No tengo otra opción, Elliot —responde suavemente—. Y tú tampoco la tendrás.

Esas palabras se clavan en mí como una advertencia, como una premonición de lo que vendrá. Sé que tiene razón, que no puedo permitirme derrumbarme y que debo estar a la altura de las circunstancias, por difícil que me resulte. Pero en este momento, la responsabilidad me parece un peso abrumador, uno que no estoy seguro de poder cargar sobre mis hombros.

Nos quedamos así, en silencio, durante un rato que me parecen horas. Los minutos se deslizan entre nosotros, acompañados por la luz grisácea del día que se desvanece lentamente. No puedo apartar la mirada de mi padre, de la imagen de un hombre que siempre ha sido mi héroe, y que ahora es solo una sombra de lo que fue. Es un dolor que no puedo describir, una tristeza que me devora desde adentro y me rompe.

Finalmente, mi madre se levanta y me saca de mi ensimismamiento.

—Deberías descansar, Elliot —dice con tono suave pero firme—. Acabas de hacer un viaje largo. Ve tranquilo, yo me quedo aquí con él.

La miro, deseando protestar, queriendo decirle que no quiero dejarlo, ni a ella tampoco. Pero sé que tiene razón. Estoy agotado, tanto física como emocionalmente, y no le haré ningún bien si no estoy en plenas facultades.

—Sí, tienes razón —admito, aunque las palabras salen de mi garganta con dificultad—. Pero volveré por la mañana.

Asiente y se inclina hacia adelante para besarme en la mejilla, un gesto de afecto que me reconforta más de lo que esperaba.

—Cuida de ti, Elliot —me dice con una ternura, que me hace sentir como un niño otra vez—. Vamos a necesitarte fuerte.

Le devuelvo la mirada, asintiendo una vez más antes de girarme hacia la puerta. Al salir, echo un último vistazo a mi padre. No sé si será la última vez que lo vea con vida, y esa posibilidad invade mi interior como un veneno lento.

El pasillo del hospital está en silencio, casi desierto, y cada paso que doy resuena en las paredes, un eco que parece acompañar mi tristeza. Me siento vacío, como si hubiera dejado una parte de mí en esa habitación. Afuera, es de noche y el aire frío me golpea como una bofetada al salir del hospital. Respiro profundamente, llenando mis pulmones con el aire fresco, tratando de despejarme y de encontrar algo de claridad en medio del caos emocional en el que estoy sumido.

Miro las estrellas y veo cómo parpadean en el cielo oscuro y, por un momento, me siento conectado con algo más grande, algo que trasciende este dolor y esta pérdida. Pero sé que, por mucho que intente encontrar consuelo en las estrellas, porque una realidad que no puedo evitar, me espera

Siento el peso sobre mis hombros de las expectativas y de las responsabilidades que se avecinan, y por primera vez en mucho tiempo, me siento inseguro y vulnerable. Pero también sé

que no estoy solo en esto, que tengo a mi madre, y a Hollie, aunque todavía no sé cómo encajarla en todo esto, ni tampoco sé si yo tendré lugar en su vida después de todos estos años.

Capítulo 2
Elliot

El camino a Farland se extiende ante mí como un hilo que me devuelve a un pasado que nunca he podido dejar atrás. Las colinas verdes y ondulantes, los muros de piedra cubiertos de musgo y los pequeños arroyos, que serpentean junto a la carretera, están tan impregnados de recuerdos, que me cuesta creer que han pasado tantos años, casi ocho, desde la última vez que estuve aquí. Cada curva de la carretera me acerca a un lugar, que siempre he considerado mi hogar, pero también a una serie de emociones, que no estoy seguro de estar listo de poder hacerles frente en este momento.

Las ocasiones en las que he regresado a Escocia durante unos días en los últimos años, siempre me he quedado en Edimburgo. Era más fácil para mí, porque, además, no he tenido que enfrentarme a los fantasmas, ni con los recuerdos demasiado dolorosos, que deambulaban por Farland. Pero ahora, con mi padre gravemente enfermo y con la responsabilidad de la empresa sobre mis hombros, no puedo seguir evitando reencontrarme ni con el pueblo, ni con las personas que dejé atrás, ni con ella

Agarro el volante con fuerza y observo el cielo nublado, algo habitual en esta parte de Escocia, pero hay un atisbo de luz que se filtra entre las nubes y proyecta sombras suaves sobre los campos. A pesar de que el paisaje es familiar para mí, pero a la vez, todo me parece nuevo. Es como si Farland hubiera cambiado durante mi ausencia, aunque realmente quien ha cambiado soy yo.

Cuando la silueta del pueblo aparece en la distancia, noto cómo mi corazón se acelera. Farland es un lugar pequeño, donde todos se conocen y los rumores vuelan más rápido que el viento. No es un lugar para secretos y, sin embargo, he guardado tantos en mi interior, que temo lo que podría suceder si alguno de ellos sale a la luz. Especialmente uno en particular: Hollie.

El simple hecho de pensar en ella hace que me inunde una mezcla de emociones. Amor, nostalgia, arrepentimiento… todo se entrelaza en un torbellino en medio de mi pecho, que me cuesta controlar. Recuerdo la última vez que la vi, aquella tarde bajo el viejo roble en la colina. La promesa que nos hicimos, el beso que selló nuestro amor y la forma en que nos entregamos el uno al otro, creyendo que nada podría separarnos. Pero la vida es más complicada de lo que imaginábamos entonces y, ahora, después de todos estos años, no sé qué queda de aquella promesa.

Al entrar en el pueblo, noto que algunas cosas han cambiado. Hay nuevas tiendas y algunas casas parecen renovadas, pero la esencia de Farland sigue siendo la misma. El *pub*, la pequeña iglesia con su campanario que parece tocar el cielo y la panadería, donde solía comprar dulces cuando era niño. Todo parece estar en su lugar, como si el tiempo no hubiera pasado.

Me detengo frente a la casa donde crecí. Mis padres se mudaron a Edimburgo cuando

me marché a la universidad, y esa casa ha permanecido vacía desde entonces. Es extraño verla así, desprovista de vida, como un reflejo del vacío que siento en mi interior. Respiro hondo antes de continuar hacia el edificio de la empresa, con la certeza de que ahora, quiera o no, tengo que enfrentarme a todo lo que he evitado durante todos estos años.

En el corazón de Farland, están las oficinas centrales de la empresa, un edificio de piedra robusto que ha sido el símbolo de nuestra familia durante generaciones. Aparco el coche y me quedo un momento sentado, observando la entrada. Desde crío este lugar siempre ha sido símbolo de estabilidad y tradición para mí, algo que mi padre siempre valoró por encima de todo. Y ahora, con él postrado en una cama de hospital, me pregunto si seré capaz de mantener todo eso que para él siempre ha sido tan importante o si todo se desmoronará bajo mi mando.

Cuando salgo del coche y entro en el edificio, el olor a madera vieja y a piedras centenarias me invade, llevándome de vuelta a mi infancia. Recuerdo correr por estos pasillos, escuchando a mi padre hablar en su despacho en reuniones que se extendían hasta bien entrada la noche, y las veces que me sentaba en su silla, soñando con ser como él algún día. Pero ahora que ese día ha llegado, no estoy seguro de querer hacer realidad ese sueño. Saludo a la joven que me mira sonriente desde la recepción. Cojo aire profundamente y subo las escaleras hasta el despacho, que perteneció a mi padre. La puerta está entreabierta y al empujarla, siento un nudo en el estómago. Todo está tal y como lo dejó, como si el tiempo se hubiera detenido. Los papeles sobre el escritorio, marcos con fotos de la familia en las paredes e incluso una de sus chaquetas colgada en el perchero.

Me dejo caer en la butaca de piel, miro a mi alrededor y siento cómo el peso de la responsabilidad cae sobre mí como una losa. Todo esto es mío ahora. La empresa, las decisiones y el legado de mi familia. Pero también hay algo más, algo que no puedo evitar ahora que estoy de vuelta en Farland: Hollie.

El nombre de Hollie resuena en mi mente como un eco. No sé cómo será volver a verla, cómo me recibirá después de todos estos años de silencio. Pero sé que no puedo evitarlo, que tarde o temprano tendremos que hacer frente a lo que quedó sin resolver. La promesa que nos hicimos y la vida que imaginamos juntos quedaron suspendidas en el aire cuando me fui. Y ahora, no sé si queda algo de todo aquello. Me levanto de la silla, incapaz de quedarme quieto. Necesito salir de aquí, necesito que me dé el aire. Así que decido dar un paseo por el pueblo y tal vez reencontrarme con algunos viejos conocidos. Pero en el fondo sé que lo que realmente quiero es ver a Hollie y descubrir si hay algo que pueda salvarse entre nosotros.

Camino por las calles de Farland, notando las miradas curiosas de los habitantes del pueblo sobre mí. A pesar de que han pasado ocho años, todos saben quién soy y por qué estoy aquí. Pero nadie dice nada, solo asienten con la cabeza cuando se cruzan conmigo y continúan con sus vidas. Es una extraña sensación de anonimato y familiaridad al mismo tiempo a la que ya no estoy acostumbrado.

Finalmente, mis pasos me llevan hacia el *pub*. El mismo donde pasábamos tantas tardes, riendo, soñando y haciendo planes para un futuro que nunca llegó. Me detengo frente a la puerta con un nudo en el estómago. Este era el *pub* de los padres de Hollie, no sé si ella estará aquí, ni siquiera si continúa en Farland, pero sé que este es el lugar por donde debo empezar. Entro al local y el sonido familiar de las conversaciones y la música suave me envuelve. Es como si nada hubiera cambiado, como si el tiempo no hubiera pasado. Recorro el espacio con la mirada y es entonces cuando la veo. Hollie está detrás de la barra y todo mi mundo se detiene.

Hollie.

Mi Hollie. Está tan hermosa como la recuerdo, tal vez incluso más. Su cabello rubio oscuro cae en suaves ondas sobre sus hombros, y sus ojos, esos ojos que siempre me hicieron perder el aliento, brillan con la misma intensidad de siempre. Pero hay algo diferente en su expresión, algo que no estaba hace ocho años. En su gesto percibo una madurez y una dureza que no reconozco.

Nuestros ojos se encuentran y, en ese instante, todo lo que sentí por ella, todo lo que he intentado considerarlo como parte del pasado, resurge con una fuerza que me deja sin aliento. Pero entonces, veo algo que me deja helado. Un niño pequeño juega detrás de la barra y Hollie vuelve su mirada hacia a él y lo observa con una sonrisa cálida, una sonrisa que no había visto antes.

Mi corazón se detiene por un momento. Un niño. Hollie tiene un hijo.

La sorpresa me golpea como un puñetazo y me deja tambaleante. En un segundo, todas mis expectativas, todos mis sueños de lo que podría haber sido, se derrumban. Sé que han pasado muchos años y que era probable que ella hubiera seguido adelante con su vida, pero verla así, con un niño, es un golpe que no esperaba.

Me acerco a la barra, con pasos pesados. Hollie sigue observándome con una expresión en su cara que no logro descifrar. Cuando llego frente a ella, hay un silencio tenso entre nosotros y que dice más que cualquier palabra.

—Elliot —su voz es suave, casi un susurro, pero en ella percibo un cúmulo de emociones que no soy capaz de identificar.

—Hollie —respondo con voz ronca por el cúmulo de emociones que giran dentro de mí en este instante.

El niño se acerca a ella y tira de su falda para llamar su atención. Ella le sonríe, otra vez con esa sonrisa que me rompe el corazón, y se inclina para ponerse a su altura y hablarle desde ahí.

—Este es mi hijo —dice, sin necesidad de darme más explicaciones, pero sus palabras me golpean con más fuerza de lo que creí posible.

—Entiendo… —murmuro, aunque la verdad es que no entiendo nada, pero trato de disimularlo.

Me duele más de lo que quiero admitir, aunque hago lo imposible por mantener la compostura. Intento recordarme que yo también he hecho mi vida durante estos años y que no puedo esperar que la suya haya quedado congelada en el tiempo mientras yo no he estado aquí. Pero, aun así, el dolor es real y profundo, y no puedo evitar preguntarme si realmente alguna vez hubo un futuro para nosotros o solo fue un sueño de un par de jóvenes ilusos.

—Me alegro de verte —le digo forzando una sonrisa que no siento.

Hollie asiente, pero en sus ojos hay algo que no puedo descifrar. Tal vez es nostalgia o quizás dolor. No lo sé. Solo sé que, en este momento, el abismo entre nosotros parece más grande de lo que jamás podría haber imaginado.

—Lo mismo digo, Elliot.

Nos quedamos en silencio por un momento, un silencio incómodo que ninguno de los dos sabe cómo romper. Finalmente, es ella quien habla.

—¿Qué haces por aquí? —me pregunta mirándome a los ojos.

—Acabo de llegar…

—Tienes que estar cansado después del viaje. ¿Por qué no te sientas y tomamos algo? —me ofrece y, aunque su tono es amable, hay una barrera invisible entre nosotros, algo que no

estaba antes, pero que intento hacer como si no existiera. Asiento, sin saber qué más hacer y me siento en uno de los taburetes al otro lado de la barra. Hollie sirve dos whiskies y los pone entre nosotros. Cogemos cada uno un vaso y brindamos en silencio. El licor ardiente baja por mi garganta y alivia por un momento tensión.

—Ha cambiado todo mucho, ¿no? —pregunta finalmente, rompiendo el silencio que se ha creado entre nosotros con una pregunta que sé que esconde mucho más.

—Sí, mucho —respondo, sin atreverme a decir lo que realmente siento.

Mientras la miro a ella y a su hijo, no puedo evitar preguntarme si alguna vez podré encontrar un lugar en su vida nuevamente, o si esa puerta se ha cerrado para siempre.

Capítulo 3
Elliot

Al salir de la oficina mis pasos me llevan con una inercia que yo no marco, hacia el *pub*. Pese a que divido mis días entre el hospital y la empresa, no puedo evitar pasar cada noche por allí.

Afuera amenaza lluvia y el sonido de la puerta del *pub* al cerrarse resuena como un eco dentro de mí, marcando el comienzo de una noche que sé que no voy a olvidar con facilidad. La cálida luz del interior del local contrasta con la oscuridad que empieza a adueñarse del exterior, creando un refugio acogedor, pero mi corazón late con una mezcla de ansiedad y algo más profundo, algo que me cuesta definir. Trato de mantener la compostura mientras camino hacia la barra, pero siento los músculos tensos, como si estuviera esperando un golpe que no sé de dónde va a llegar.

El *pub* está concurrido, con las risas y las conversaciones habituales que animan el ambiente, pero no puedo concentrarme en nada de eso. Mi mirada se fija en una mesa cerca de la ventana, donde el hijo de Hollie juega con un coche de juguete. Es un niño precioso, con el cabello rubio oscuro, que cae en suaves rizos sobre su frente, y unos ojos que brillan llenos de inocencia. En el fondo de mi mente, una alarma empieza a sonar, pero trato de ignorarla y centrarme en lo que he venido a hacer aquí: ver a Hollie y, de alguna manera, intentar saber qué ha sido de su vida en mi ausencia. Mientras me acerco a la barra, Hollie aparece desde la cocina con una sonrisa, que aunque parece cansada, me atraviesa. Esa sonrisa, que tantas veces me reconfortó en el pasado, ahora solo me recuerda lo mucho que ha cambiado desde que nos separamos. Al verme, su expresión se suaviza, pero percibo algo en sus ojos, algo que no estaba allí antes, quizá una tristeza, que no sé si soy capaz de soportar.

—Elliot —me saluda con voz suave, pero percibo un matiz de sorpresa y tal vez algo de aprehensión en su tono.

—Hollie —respondo intentando sonreír, aunque sé que mi esfuerzo es en vano.

El niño se levanta de su silla y corre hacia la barra, tirando del delantal de Hollie para llamar su atención. Ella se inclina hacia él con una ternura, que hace que mi pecho se comprima, y le acaricia la cara. Él la rodea con sus pequeños brazos y le sonríe y es en ese momento cuando mi mente se llena de una única e inevitable conclusión: este niño debe ser hijo de Boyd. Él siempre le fue detrás y supongo que después de que yo me marchara, supo aprovechar el hueco que había dejado mi ausencia.

Siento que el mundo se tambalea bajo mis pies. La certeza me golpea como un mazazo, dejando un vacío que me invade. No sé por qué esto me sorprende tanto. Después de todo, han pasado años desde que nos vimos por última vez, y sería irracional pensar que ella no hubiera seguido adelante con su vida. Pero el hecho de que ese niño, que podría haber sido nuestro, sea de Boyd… eso es algo que no puedo soportar.

Trago saliva, intentando mantener la compostura, pero siento que mis pensamientos se desordenan, como un rompecabezas al que le faltan piezas. No sé qué decir, no sé cómo actuar. ¿Debería felicitarla? ¿Debería preguntar? No quiero parecer un idiota, pero no puedo fingir que esto no me afecta.

—Es… es un niño muy guapo —digo finalmente, intentando mantener un tono neutro en mi voz.

Hollie me mira por un momento, como si estuviera evaluando mis palabras, pero solo asiente con una sonrisa.

—Gracias. Se llama Jamie —me responde sin apartar la mirada del crío.

Jamie. El nombre resuena en mi mente como un eco, y no puedo evitar imaginar cómo hubiera sido nuestra vida si las cosas hubieran sido diferentes. Pero ese es un camino que no quiero recorrer, al menos, no en este momento, ni aquí. Ahora más me vale centrarme en lo que tengo frente a mí, en lugar de ponerme a hacer cábalas que no me van a llevar a ningún sitio.

—¿Está tu…? —comienzo a preguntar, pero me interrumpo, inseguro de cómo abordar el tema—. ¿Está tu familia bien?

Es una pregunta simple, pero la manera en que Hollie me mira me hace pensar que entiende lo que realmente estoy preguntando. Ella asiente con expresión suave pero cautelosa.

—Sí, todos están bien. Mis padres cuidan de Jamie la mayor parte del tiempo cuando estoy trabajando —me explica, mientras sirve un par de pintas tostadas que leacaba de pedir un cliente.

Pero lo que más me llama la atención es que no menciona a Boyd. La ausencia de su nombre es como un vacío en nuestra conversación, un hueco que no puedo ignorar.

—¿Y Boyd? —pregunto, tratando de sonar casual, aunque la pregunta me quema en la garganta.

Por un instante, un destello de algo pasa por sus ojos, pero desaparece tan rápido como ha llegado. Baja la mirada, y siento que hay algo que no me está diciendo, algo que no quiere compartir, al menos, conmigo.

—Está bien —responde, sin más explicaciones, y ese silencio que sigue a sus palabras es más elocuente que cualquier cosa que pudiera haber dicho.

Antes de que pueda procesar completamente lo que acaba de pasar, la puerta del *pub* se abre y, como si lo hubiera invocado con mi pregunta, Boyd entra. Su presencia inunda el lugar como un veneno y mi cuerpo reacciona al instante. Me tenso, como si cada músculo de mi cuerpo se preparase para un enfrentamiento que sé que no servirá de nada. Boyd, después de tantos años, continúa mostrándose arrogante. Desde críos siempre me desafió, como si esa fuese la única manera que hubiese encontrado para intentar ser mejor que yo. Después, durante la adolescencia, cuando nuestros caminos se cruzaron por Hollie, la rivalidad se transformó en algo mucho más oscuro y destructivo, algo que ocho años después vuelvo a percibir en su mirada. Boyd me mira con una sonrisa torcida dibujada en sus labios, que es una mezcla de burla y desafío. Sabe lo que estoy pensando y sintiendo, y disfruta con ello.

—Elliot, viejo amigo —dice con la voz cargada de sarcasmo, mientras se acerca a la barra—. No esperaba verte por aquí.

—Boyd —respondo, esforzándome por mantener la calma, aunque lo único que deseo es enfrentarme con él.

—Veo que ya has conocido a Jamie —comenta, lanzando una mirada al niño que todavía está cerca de Hollie. Hay algo en su tono que me irrita profundamente, algo que parece retarme a que diga o haga algo. Jamie mira a Boyd con esa mezcla de curiosidad y respeto que

los niños suelen tener hacia los adultos, y la imagen de ellos dos juntos me golpea con fuerza en la boca del estómago. No puedo evitar sentir una punzada de celos, aunque sé que no tengo derecho a sentirlos, porque, después de todo, fui yo quien se marchó y quién permitió que todo esto sucediera.

—Sí, lo he conocido —respondo intentando sonar casual—. Es un niño encantador.

Boyd sonríe, pero hay algo en su expresión que me pone en alerta, algo que me dice que está disfrutando con este momento más de lo que debería.

—Es un buen chico —dice y su tono está cargado de una satisfacción que me hace querer darle un puñetazo—. Estoy seguro de que será un gran hombre algún día.

Hollie me mira, y en sus ojos veo algo que no puedo descifrar. Es como si intentara decirme algo, pero las palabras no me llegan. Y mientras la observo, con Jamie todavía a su lado y Boyd cerca, no puedo evitar sentir que hay algo que no encaja, algo que no estoy viendo, pero que no sé qué es.

—Bueno, ha sido un día largo para todos —dice Hollie finalmente, rompiendo el tenso silencio que se ha instalado entre nosotros—. Creo que es hora de llevar a Jamie a casa de los abuelos.

Asiento, sin saber realmente qué más decir. Boyd me lanza una última mirada antes de volver su atención a Hollie y al niño. La ternura con la que Hollie mira al crío y la manera en que le da la mano… es como si me estuviera mostrando un mundo en el que yo no tengo cabida, un mundo que ha construido sin mí.

—Nos vemos, Elliot —dice Boyd y percibo una nota de triunfo en su voz que me irrita profundamente—. Cuídate.

Sin más, él, el niño y Hollie salen del *pub*, dejando tras de sí un vacío que no sé cómo llenar. Me quedo allí, de pie junto a la barra, sintiéndome más perdido de lo que me sentí cuando llegué. Jamie, Boyd, Hollie… todo se enreda en mi mente, formando un nudo que no puedo deshacer.

Pido un whisky al camarero y le doy un trago largo, porque lo necesito más de lo que me gustaría admitir. El licor desciende por mi garganta, quemándome a su paso, pero es un alivio temporal. Porque el verdadero fuego lo siento en mi pecho, un fuego que arde con preguntas sin respuesta y emociones que no sé cómo manejar.

¿Cómo ha llegado Hollie hasta aquí?

¿Qué papel tiene Boyd en su vida?

¿El niño es realmente su hijo?

Las dudas me consumen, pero al mismo tiempo, sé que no puedo hacer nada al respecto. No ahora. No cuando apenas acabo de regresar a Farland y tengo a mi padre a punto de morir en el hospital. Tomo otro trago de mi vaso y mientras el alcohol entumece mis sentidos, me doy cuenta de que he vuelto a un lugar que ya no reconozco. Farland puede haber cambiado, pero no tanto como las personas que dejé atrás. Y aunque estoy decidido a hacer frente a lo que sea necesario, no puedo evitar sentir que estoy más solo de lo que jamás he estado.

La noche avanza, y las luces del *pub* comienzan a desvanecerse, como si reflejaran mi propio estado de ánimo. Termino mi bebida y dejo el vaso en la barra, sabiendo que mañana tendré que enfrentarme a una realidad que no puedo controlar y a un pasado que tal vez nunca debí abandonar. Pero también sé que, pase lo que pase, no puedo volver atrás en el tiempo.

Capítulo 4
Hollie

El *pub* está tranquilo esta mañana, la luz suave del amanecer se cuela por las ventanas, bañando las mesas de madera en un resplandor cálido. Es un momento de paz, uno de esos raros instantes en los que el mundo parece detenerse y darme un respiro, aunque sé que no durará mucho. Estoy detrás de la barra, limpiando vasos y reponiendo bebidas, mientras Jamie juega con sus coches de juguete cerca de una de las mesas. Observo a mi hijo con una mezcla de orgullo y preocupación. Su cabello rubio oscuro, igual al mío y sus ojos, grandes y curiosos, están llenos de vida. Es un niño maravilloso y cada día me sorprendo más de lo rápido que crece. Pero al mismo tiempo, no puedo evitar sentir una punzada de miedo cada vez que pienso en lo que le he ocultado y en las decisiones que tomé por él, sin preguntarle. Nadie en este pueblo sabe quién es su padre y esa es una verdad que pesa sobre mí como una losa, aunque la llevo con la cabeza alta, porque lo hice por él, por su bien.

Cuando Elliot se fue a Estados Unidos, no imaginé lo que vendría después. Éramos tan jóvenes y teníamos infinitos sueños por cumplir. La última tarde que pasamos juntos, bajo aquel viejo roble, me prometió que volvería y que nuestro amor superaría todo. Y yo, ingenua, lo creí. Nos prometimos que nada cambiaría y que el tiempo y el espacio no podrían romper lo que teníamos. Pero el tiempo no espera y la vida, implacable, sigue su curso, arrastrándonos con ella. Los primeros meses sin Elliot fueron difíciles, pero me aferré a esa promesa como a un salvavidas. Pensaba en él día y noche, imaginando cómo sería cuando regresara, cuando pudiéramos retomar nuestra historia donde lo dejamos. Pero entonces, todo cambió. Descubrí que estaba embarazada, y el mundo que habíamos soñado juntos se desmoronó en un instante. No sabía qué hacer ni a quién acudir. Estaba asustada, pero, sobre todo, estaba sola. Por suerte, mis padres fueron mi refugio, mi apoyo incondicional y nunca me preguntaron quién era el padre del bebé. Creo que sabían que no estaba preparada para hablar de ello, porque era algo demasiado doloroso para mí y por eso no insistieron, aunque seguro que imaginaban quién era el padre de mi bebé. Pero incluso con su ayuda, tuve que tomar la decisión más difícil de mi vida. Podría habérselo dicho a Elliot, podría haberle pedido que regresara, que estuviera aquí conmigo para criar a nuestro hijo juntos. Pero ¿qué clase de amor sería ese? ¿Qué tipo de vida habría sido para él, obligado a renunciar a sus sueños y a su futuro, por una responsabilidad que ni siquiera sabía que tenía?

Así que decidí que no se lo diría, que lo dejaría vivir su vida, que siguiera adelante, sin el peso de una obligación que podría haberlo destruido. Fue un sacrificio que hice por él, pero, sobre todo, por Jamie. Porque quería que mi hijo creciera con un padre obligado a renunciar a todo por él.

Los años han ido pasando y con el tiempo, me he acostumbrado a mi vida, en Farland.

El *pub* se ha convertido en mi mundo, en mi refugio, un lugar donde he podido ser fuerte por mí misma y por mi hijo. Jamie ha crecido feliz, rodeado de amor, y aunque a veces me pregunta sobre su padre, siempre he encontrado la manera de esquivar su curiosidad sin mentirle, pero también sin explicarle la verdad completa. Hace un tiempo, le conté que su padre era un hombre bueno, alguien que lo amaba, pero que no podía estar con nosotros. Y por ahora, eso ha sido suficiente para él. Pero sé que llegará un día en que las cosas cambiarán.

En aquel momento en el que me sentía tan vulnerable, Boyd reapareció en mi vida, como un rayo de luz en medio de una tormenta que parecía interminable. Él me ofreció algo que no había esperado: estabilidad, compañía, y una especie de amor que, aunque no era lo que sentía por Elliot, me proporcionaba una seguridad que no había tenido en mucho tiempo. Al principio, Boyd fue amable, paciente, y aunque sabía que él había tenido problemas con Elliot en el pasado, traté de ver más allá de eso. Creí que podríamos ser una familia y que Jamie podría encontrar en él la figura paterna que le faltaba. Sin embargo, pronto me di cuenta de que había sido un error. Boyd no era el hombre que yo creía, y lo que comenzó como un intento de construir una vida juntos, rápidamente se convirtió en algo que no podía controlar. Él es celoso, posesivo, y aunque nunca ha sido violento, su actitud hacia Elliot, incluso en su ausencia, siempre me ha incomodado. He intentado terminar la relación varias veces, pero él nunca ha aceptado mi decisión. Aun así, he hecho lo que tenía que hacer y lo he dejado, porque sé que no puedo permitir que Jamie crezca en un ambiente como ese.

Y ahora, Elliot ha regresado. Volver a verlo entrar al *pub* aquella noche, después de tantos años, fue como si el tiempo se detuviera. Mi corazón se aceleró, mi mente se llenó de recuerdos, de promesas incumplidas y de sueños que se habían roto en mil pedazos. Pero también sentí miedo, un miedo profundo y arraigado, porque sabía que su regreso traería consigo preguntas que no estoy preparada para responder y verdades que he enterrado tan profundamente que ahora temo desenterrar.

—Mamá, mira mi coche —la voz de Jamie me saca de mis pensamientos, devolviéndome al presente.

Sonrío y me acerco a él y le acaricio el pelo mientras me muestra orgulloso su juguete. Es un niño tan dulce y lleno de vida, que a veces me duele pensar en lo que le he ocultado. Pero también sé que lo he hecho lo mejor que he podido, que he tomado las decisiones que creía correctas, aunque no siempre han sido las más fáciles.

—Es un coche muy bonito, cariño —le digo plantándole un beso en la frente.

Él sonríe satisfecho y vuelve a concentrarse en su juego. Lo observo por un momento, preguntándome si algún día podré explicarle toda la verdad y si algún día entenderá por qué hice lo que hice. Pero la puerta del *pub* se abre e interrumpe mis pensamientos.

Levanto la mirada y mi corazón da un vuelco cuando veo a Elliot entrar. Su presencia llena el lugar, y por un momento, siento que me falta el aire. Está muy cambiado, pero a la vez, sigue siendo el mismo. Hay una madurez en su rostro y una dureza en sus ojos, que no estaba allí antes, pero también hay algo familiar, algo que me recuerda al chico del que me enamoré hace tantos años y que no he podido olvidar.

Nuestros ojos se encuentran y tengo la certeza de que él está luchando con sus propios sentimientos, con las mismas emociones que yo estoy tratando de mantener bajo control. Es como si todo lo que vivimos y compartimos, regresara a nosotros como un torrente imparable. Elliot se acerca a la barra, y Jamie, como siempre curioso, levanta la cabeza para ver quién es. Siento una punzada en el corazón al pensar en lo que podría haber sido, en la vida que podríamos haber tenido juntos como una familia, si las cosas hubieran sido diferentes. Pero sé que no puedo

vivir en el pasado, que tengo que enfrentar el presente, por complicado que me resulte.

—Hola, Elliot —lo saludo, tratando de mantener la voz firme, aunque sé que él notala tensión en mi tono.

—Buenas —responde con voz suave, aunque hay algo en él que me dice que está luchando por mantener la compostura.

Jamie se acerca más a mí y no puedo evitar sentir un nudo en el estómago cuando Elliot lo mira. Sé lo que debe estar pensando, lo veo en sus ojos, en la forma en que su mirada se endurece ligeramente. Está sacando conclusiones y no puedo culparlo por ello. Después de todo, no tiene manera de saber la verdad.

—Es… un niño precioso —me dice con una sonrisa triste.

—Gracias —respondo con esfuerzo.

Elliot asiente, pero sé que está lidiando con una tormenta de sentimientos y emociones en su interior. A pesar del tiempo que ha pasado, continúo conociéndole demasiado bien como para no darme cuenta. Pero no sé cómo aliviar su dolor, ni siquiera sé si debería hacerlo. Después de todo, fue él quien se fue, siguió adelante con su vida y dejó la mía atrás.

Jamie, ajeno a la tensión que flota en el aire, tira de mi delantal y me sonríe, mostrando sus pequeños dientes en una sonrisa que siempre derrite mi corazón. Me agacho para estar a su nivel y le acaricio la mejilla.

—¿Por qué no vas a jugar un poco más, cariño? —le digo suavemente—. Mami tiene que hablar un momento con el señor Elliot.

Jamie asiente obedientemente y se aleja, volviendo a sus coches de juguete. Lo veo marcharse, sabiendo que esta conversación con Elliot es inevitable, aunque no estoy segura de cómo empezar.

—¿Cómo estás? —me pregunta Elliot, y en su voz hay un tono que me recuerda al pasado, cuando las cosas eran simples y fáciles.

—Bien —respondo, aunque la verdad es mucho más complicada que eso—. Ha pasado mucho tiempo.

—Sí, demasiado —murmura y en sus ojos veo un destello de la nostalgia que también siento, un anhelo por lo que podríamos haber sido.

Nos quedamos en silencio, y por un momento, parece que el tiempo retrocede, que estamos de nuevo bajo aquel roble, prometiéndonos un futuro que nunca llegó. Pero la realidad es mucho más dura y la distancia entre nosotros es más grande de lo que jamás fue.

—¿Y tú? —pregunto finalmente, intentando romper el hielo—. ¿Cómo te ha ido?

Elliot suspira y baja la mirada por un momento, como si no supiera por dónde empezar.

—Ha sido… diferente —responde con un tono de voz cargado de un peso que no puedo ignorar—. He estado ocupado, pero nunca he dejado de pensar en lo que dejamos atrás.

Su confesión me sorprende y me duele a partes iguales. Porque, aunque quiero creer que él también ha sufrido y ha sentido mi ausencia, no puedo evitar sentir que el daño ya está hecho y es irreparable.

—Yo también he pensado en ti —admito con la voz ligeramente temblorosa—. Pero la vida sigue y he tenido que encontrar mi camino —añado encogiéndome de hombros.

—Lo sé y veo que lo has hecho muy bien —dice y desvía la mirada hacia mi hijo, que sigue jugando ajeno a todo.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotros y mientras lo observo e intento descifrar lo que está pensando, no puedo evitar sentir que estamos en un punto de no retorno y que lo que venga a continuación definirá el resto de nuestras vidas.

No sé qué nos depara el futuro, pero sé que ya no puedo seguir ocultando la verdad. Porque, aunque lo hice por las razones correctas, el tiempo para seguir manteniendo mi secreto está llegando a su fin.

—Elliot —susurro—, hay algo que necesitas saber, algo que debería haberte dicho hace mucho tiempo…

Pero antes de que pueda continuar, la puerta del *pub* se abre y entra Boyd. Al vernos, se acerca a nosotros con esa sonrisa suya, que me incomoda más de lo que quiero admitir, y coloca una mano en mi hombro, como si quisiera recordarme que sigue aquí, que sigue formando parte de mi vida.

—Hola, cariño —dice y aunque su tono es amable, hay una frialdad en él que no puedo ignorar.

Elliot me mira y en sus ojos veo la pregunta que no se atreve a hacer, la pregunta que sé que tengo que responder, pero no voy a hacerloahora ni aquí. Jamie corre hacia Boyd y este lo levanta en brazos, sonriéndole como si nada hubiera cambiado.

—¿Todo bien por aquí? —le pregunta Boyd, aunque continúa con la mirada fija en Elliot, como si esperara una confrontación con él.

—Sí, todo bien —respondo, pero siento que la verdad está atrapada en mi garganta y lucha por salir.

Elliot se queda en silencio, y aunque veo el dolor en sus ojos, también veo que está intentando mantenerse firme y tratando de procesar lo que está sucediendo. Boyd, por su parte, parece disfrutar de la situación, y no puedo evitar sentir que estoy atrapada entre dos fuerzas opuestas, dos mundos que colisionan de la peor manera posible.

—Es mejor que me vaya —dice Elliot finalmente, y aunque sus palabras son amables, hay una nota de resignación en su voz que me rompe el corazón.

Asiento, sin saber qué decir, sin saber cómo detenerlo, aunque una parte de mí quiere hacerlo, necesita hacerlo. Pero las palabras no salen de mis labios, y él se aleja, dejando un vacío tras de sí que no sé cómo llenar.

Boyd me mira y su sonrisa desaparece lentamente, y sé que esto es solo el comienzo de algo mucho más complicado, algo que no puedo seguir ignorando. Porque Elliot ha vuelto y con él, todas las verdades que he intentado ocultar.

Capítulo 5
Elliot

La bruma cubre las colinas que rodean Farland, mientras camino hacia la oficina. Los recuerdos de mi infancia por estas mismas calles se mezclan con la realidad que ahora me rodea y me provoca una sensación agridulce. Dicen que cualquier tiempo pasado fue mejor y quizá tengan razón, porque si pudiera echar el tiempo atrás y regresar al Farland de hace ocho años, quizá todo habría sido diferente. Este pueblo en medio de las montañas siempre ha sido mi hogar, un lugar que guarda tantos secretos como recuerdos felices. Pero ahora, que he regresado para tomar las riendas del negocio familiar con mi padre moribundo, todo parece teñido de un matiz diferente, más oscuro e incierto.

A medida que me acerco al edificio de la empresa, no puedo evitar sentir un puño de ansiedad en el pecho. Esta empresa no es solo un negocio; es el legado de mi padre, que ha entregado su vida a convertirla en la mayor cadena de gasolineras de Escocia. Si me marché a Estados Unidos a estudiar, fue porque algún día debería hacerme cargo de ella y el día ha llegado. Así que debo ponerme al día y conocer el estado financiero de la empresa para poder tomar las riendas cuanto antes. Al entrar en la oficina, el familiar sonido de las teclas de los ordenadores y el murmullo de las conversaciones de los empleados me rodea. Me dirijo directamente a mi despacho, un espacio que ha pertenecido a mi padre durante tantos años, que ahora me hace sentir fuera de lugar.

—Buenos días, señor MacTavish —me saluda Helen, la secretaria de mi padre, que ahora se ha convertido en la mía.

—Hola, Helen —asiento apretando los labios.

—Ahora mismo le llevo toda la documentación que me pidió por correo electrónico —me dice poniéndose sus gafas de montura carey para leer los papeles que tiene sobre su mesa.

—Perfecto —le contesto justo antes de poner la mano en la manija de la puerta del despacho.

—¿Cómo sigue su padre? —me pregunta Helen con gesto afligido.

—No demasiado bien —le respondo apretando los labios con gesto triste.

—Lo siento mucho, señor MacTavish —asiento en señal de agradecimiento.

Cuando abro la puerta de cristal veo el escritorio de madera maciza impecable, como le gustaba mantenerlo a mi padre, porque yo aún no me he atrevido a tocar nada. A la izquierda hay una montaña de papeles apilados en un orden casi obsesivo, el teléfono en su lugar exacto y la silla de cuero, que aún conserva la forma de su cuerpo. Me siento en ella y lanzo un hondo suspiro mientras miro a mi alrededor. Todo esto es mío ahora, pero en lugar de sentir el orgullo, que debería acompañar a esta nueva etapa, lo único que siento es una inquietud cada vez más grande dentro de mí.

—¿Señor MacTavish? —me dice Helen asomándose a la puerta después de llamar con los nudillos al vidrio translúcido.

—Adelante.

—Aquí tiene los documentos que me pidió —me explica dejando sobre mi mesa una carpeta de tapas rojas con un buen fajo de documentos en su interior.

—Muchas gracias, Helen —le digo mientras la observo y veo cómo el tiempo también ha pasado para ella. Conozco a Helen de toda la vida. Llegó a la empresa siendo una veinteañera y ahora ya debe estar cerca de los cincuenta.

—Si necesita cualquier cosa, no dude en avisarme.

—Lo haré —asiento y bajo la mirada para centrarme en los documentos.

Empiezo a revisar los informes financieros, uno por uno, buscando alguna pista que explique la extraña sensación que tengo. Supongo que debo tener ese sexto sentido que uno de mis profesores de máster insistía que se ha de tener para los negocios. No lo sé si lo tengo o no, pero necesito ponerme al día y saber que la salud financiera de la empresa es buena.

Al principio, los informes parecen en orden, pero a medida que avanzo, pequeños detalles empiezan a llamar mi atención. Arrugo el entrecejo y me concentro en las cifras. Hay movimientos de dinero que no cuadran, transferencias a cuentas que no reconozco, gastos que no tienen una explicación clara. Es como si alguien hubiera intentado ocultar algo, pero lo hubiera hecho con tanto cuidado que solo quien conoce el negocio podría notarlo.

Mi primera reacción es preguntarle a mi padre. Él siempre tenía una explicación para todo y una razón detrás de cada decisión, por muy extraña que pareciera. Pero la realidad me golpea de nuevo. Niego con la cabeza. No puedo preguntarle. No ahora, no cuando está luchando por cada respiro en la cama del hospital.

Frustrado y sin entender demasiado lo que sucede, decido hablar con Douglas, el responsable de finanzas, un hombre de confianza que lleva en la empresa casi tanto tiempo como mi padre. Con la carpeta de tapas rojas en una mano, voy hacia su despacho que está a solo unos pasos del mío. Llamo a la puerta con los nudillos y cuando entro, se levanta inmediatamente de su silla y me recibe con una sonrisa tensa.

—Elliot —me saluda extendiendo la mano—. ¡Qué bueno tenerte por aquí!

—Me alegro de verte, Douglas —respondo mientras estrecho su mano con firmeza—. Necesito hablar contigo sobre algunos detalles de los informes financieros, que me gustaría que me aclarases.

Douglas asiente, pero hay algo en su mirada que me dice que no le sorprende lo que le digo. Me siento frente a él, coloco los papeles sobre su escritorio y le muestro los puntos que me han llamado la atención.

—Estas transferencias —le indico señalando con un fluorescente amarillo una en particular—. No están registradas en los archivos principales, pero se hicieron desde una de nuestras cuentas. ¿Sabes por qué?

—Eso fue algo que su padre hizo personalmente —me explica finalmente—. No dispongo de toda la información, solo sé que era algo confidencial, probablemente relacionado con alguna adquisición de terrenos o acuerdos especiales —añade arrugando el entrecejo con la vista fijada en los papeles.

Su respuesta no me satisface, pero siento que no puedo presionarlo más sin que parezca que estoy desconfiando de él y, aunque la situación me preocupa, sé que necesito más pruebas antes de tomar cualquier decisión.

—Entiendo —respondo, aunque no estoy seguro de qué es lo que entiendo realmente

—. Agradezco tu ayuda.

Douglas asiente con gesto de alivio, aunque estoy convencido de que hay algo que no acaba de explicarme. Pero sin mi padre aquí para confirmarlo, solo tengo mi intuición y los datos incompletos que he recopilado.

De regreso en mi despacho, me dejo caer en la silla y cierro los ojos por un momento. Mi mente vuelve una y otra vez a los mismos puntos: esos movimientos financieros inexplicables, la evasiva respuesta de Douglas y esta extraña sensación de que en la empresa sucede algo que no me gusta.

Y más allá de todo eso, hay otra sombra que no puedo ignorar. Hollie. Su nombre resuena en mi mente como un eco, un recordatorio constante de lo que dejé atrás. Pero desde que la he visto de nuevo, desde que he conocido a su hijo, todo se ha complicado más de lo que podría haber imaginado. No puedo dejar de pensar en ese niño, Jamie.

Me levanto de la silla y camino hacia la ventana y observo el paisaje de Farland. Las colinas verdes, el cielo cubierto de nubes grises y el viento que sopla suavemente, como si intentara llevarse todas mis preocupaciones, aunque nolo consigue. Parece que mis preocupaciones han llegado para quedarse, aunque sé que no podré continuar ignorándolas por mucho tiempo.

Mientras tengo la mirada perdida en las vistas de Farland, mi madre aparece en la puerta de mi despacho, con su porte elegante y firme, como siempre ha sido.

—Mamá —digo, invitándola a entrar con un gesto—. ¿Todo bien? —pregunto después de abrazarla.

Ella asiente, pero sus ojos me dicen que no es así. Se sienta frente a mí, cruzando las manos sobre su regazo, un gesto que sé que hace cuando intenta mantener la calma.

—¿Qué tal está papá?

—Sigue igual. Esto se está acabando… —me responde afligida—. Pero yo no he venido para hablar de tu padre. Elliot, necesitamos hablar —añade con tono es tan serio que me pongo en alerta de inmediato—. Sé que has estado revisando los libros de la empresa, y quiero que sepas que tu padre tenía sus razones para hacer ciertas cosas de manera diferente.

Su declaración me toma por sorpresa. Pero ¿cómo se ha enterado? ¿Qué sabe ella que yo no sé? La miro fijamente, esperando que continúe, pero me doy cuenta de que es ella quien espera a que yo añada algo.

—He notado algunos movimientos extraños —admito, sin querer darle demasiados detalles, pero con la certeza de que no puedo ocultarle la verdad—. No puedo entender por qué no están registrados como deberían.

Mi madre asiente lentamente, como si hubiera esperado esa respuesta.

—Ya sabes que tu padre siempre fue muy protector con la empresa. Hizo todo lo que pudo para asegurarse de que MacTavish Oil se mantuviera fuerte, incluso si eso significaba tomar decisiones que no todos entenderían.

—¿Qué tipo de decisiones? —pregunto arrugando el entrecejo.

—Decisiones difíciles —me responde lanzando un hondo suspiro—. Algunas de ellas podrían parecer cuestionables, pero siempre lo hizo por el bien de la familia. Por eso, ahora más que nunca, es importante que mantengas la estabilidad de la empresa y que sigas adelante con su legado.

Sus palabras me dejan sin aliento. Hay algo más, algo que no me está diciendo, y aunque me gustaría exigirle que resolviera todas mis dudas, sé que no puedo presionarla.

—Mamá, necesito saber la verdad —le digo con voz firme—. No puedo dirigir esta

empresa si no entiendo completamente lo que ha estado pasando durante todos estos años.

—Elliot, hay cosas que descubrirás a su debido tiempo —responde, con un tono que no deja lugar a discusiones—. Pero por ahora, lo más importante es que te concentres en cuidar del negocio y de la familia. Tu padre y yo siempre hemos tenido muy claro en que sería así llegado el momento. Confiamos en ti.

Sus palabras me dejan entre la espada y la pared. Por un lado, me gustaría confiar en ella y en lo que me dice, pero, por otro, sé que no puedo dirigir una empresa basándome en secretos y en medias verdades.

Mi madre se levanta y se acerca a mí, colocando una mano suave en la mejilla, un gesto que me recuerda a mi infancia, a esos momentos en los que todo parecía fácil.

—Tienes que ser fuerte, Elliot —me dice con voz suave—. Por tu padre, por la familia y también por ti mismo.

Asiento, aunque en mi interior las dudas siguen creciendo a velocidad de vértigo. Pero sé que tiene razón. No puedo permitir que estas preocupaciones me consuman. Debo seguir adelante.

Capítulo 6
Elliot

El cielo de Escocia se ha teñido de un gris oscuro y las primeras gotas de lluvia empiezan a caer, parece que el cielo comparte mi dolor y llora también la muerte de mi padre. Estoy de pie frente a su tumba, rodeado de rostros que se difuminan en mi mente, aunque sé que la mayoría están aquí más por lo que él representaba, que por la persona que era. El frío se cuela bajo mi abrigo, pero apenas lo siento. La ceremonia ha sido larga. Cada palabra del sacerdote, cada plegaria, ha sido como un puñal que se ha hundido lentamente en mi pecho, hasta atravesarme por completo. Mi madre está a mi lado cogida de mi brazo, y aunque su rostro está marcado por el dolor no ha derramado una sola lágrima. Siempre ha sido una mujer fuerte, quizá demasiado, y eso me preocupa.

Mientras los últimos acordes de la música acaban de sonar, poso la mirada en el ataúd de mi padre, que empieza a descender lentamente hacia la tierra y siento que algo en mí también se está enterrando con él. Las lágrimas ruedan por mis mejillas, mientras siento cómo mi madre aprieta mi brazo con fuerza, como si supiera exactamente lo que estoy sintiendo.

—Elliot, él estaría orgulloso de ti —dice con voz firme, aunque cargada de las emociones que no permite que escapan de ella. Como respuesta solo soy capaz de asentir, mientras me limpio las lágrimas con el dorso de las manos.

Los presentes comienzan a dispersarse, murmurando palabras de consuelo. Algunos de los hombres de negocios que solían rodear a mi padre están aquí. Sus apretones de manos son firmes, pero vacíos de sentimientos, y las palabras que me dirigen parecen mecánicas, como si estuvieran más interesados en asegurar su posición dentro de la empresa, que en ofrecerme un consuelo real.

—Lamento mucho tu pérdida, Elliot. Tu padre fue un gran hombre —dice uno de ellos, un viejo socio.

—Gracias, señor McAllister —respondo, esforzándome por mantener la compostura—. Sé lo mucho que significaba para ustedes también.

Su sonrisa es tensa y en su mirada hay algo que me incomoda, como si detrás de sus palabras hubiera un mensaje que no logro descifrar. Pero ahora mismo, no tengo la energía ni las ganas para leer entre líneas. Lo único que quiero es que todo esto termine.

En medio de la multitud, distingo una figura que me ofrece un alivio en este mar de formalidades vacías: Hollie. Está de pie a cierta distancia, con las manos entrelazadas frente a ella, observándome con esos ojos que siempre han sido un faro en la oscuridad para mí. Cuando nuestras miradas se encuentran, siento una oleada de emociones, que casi me desborda, porque no esperaba que viniera.

Me excuso brevemente de las conversaciones que no hacen más que aumentar mi agotamiento emocional y camino hacia ella. A medida que me acerco, el frío, la lluvia, las miradas inquisitivas y el peso de la responsabilidad… todo desaparece.

—Hollie… —le digo cuando estoy frente a ella.

—Elliot —responde con voz suave y llena de una compasión que me desarma—. Lo siento mucho.

Asiento, sin encontrar las palabras adecuadas para responderle. No hay nada que pueda decir que capture realmente lo que siento, pero el simple hecho de que ella esté aquí, de que haya venido a apoyarme, significa más de lo que en este momento soy capaz de expresar.

—Gracias por venir —murmuro finalmente, sintiendo que mi voz tiembla ligeramente.

Hollie se acerca un paso más a mí y toma mi mano. El contacto es suave y reconfortante y, por un momento, me permito cerrar los ojos y simplemente sentir. Hay un millón de cosas que querría decirle, pero ninguna de ellas me parece apropiada en este momento. Aun así, su silencio es un consuelo para mí, un espacio donde puedo respirar sin el peso de las expectativas que todos los demás parecen tener sobre mí.

—Si necesitas algo… cualquier cosa… —me susurra.

—Lo sé —respondo, apretando ligeramente su mano, agradecido de tenerla aquí, aunque sea solo por un instante.

Nos quedamos así, en un silencio que es mucho más elocuente que cualquier conversación. Su presencia me da una fuerza que no sabía que necesitaba, un recordatorio de que no estoy tan solo como me siento. Pero también hay un eco de lo que perdimos, de las decisiones que tomé y que nos llevaron a separar nuestros caminos.

—Hollie, gracias por venir —dice mi madre con su habitual tono formal, pero cálido, rompiendo la burbuja que nos rodeaba hace un instante.

—Señora MacTavish, lamento mucho su pérdida —responde Hollie y suelta mi mano para inclinar ligeramente la cabeza en un gesto de respeto.

—Tu presencia significa mucho para nosotros —continúa mi madre.

—Si puedo hacer algo por ustedes, por favor, háganmelo saber —añade Hollie y sé que lo dice de corazón.

—Por supuesto —responde mi madre, pero luego se dirige a mí con una mirada que me hace saber que quiere hablar en privado—. Elliot, cuando tengas un momento, necesito hablar contigo de algunos asuntos importantes.

La mención de los *asuntos importantes* me hace tensarme de inmediato. Sé que se refiere a la empresa y, aunque sé que es inevitable, no quiero enfrentarme a eso ahora.

—Lo sé, mamá —digo intentando mantener la calma—. Pero hoy no. Hoy… solo quiero recordar a papá.

Ella asiente, pero sé que no dejará el tema por mucho tiempo. La empresa es su vida tanto como lo fue para mi padre y ahora que él ya no está necesita asegurarse de que todo esté más que nunca bajo control.

Hollie me observa con esos ojos que siempre han sido capaces de ver más allá de lo que muestro y siento una punzada de culpa por no contarle lo que me pasa, por no haber compartido mis preocupaciones como siempre hacíamos.

—Debería irme —me dice con suavidad..

—Gracias, Hollie —respondo, deseando poder decir más, hacerle entender lo mucho que significa para mí su apoyo, pero no soy capaz de encontrar las palabras adecuadas en este momento.

Ella me sonríe, con una sonrisa triste pero sincera, y luego se da la vuelta y se aleja, dejando tras de sí una sensación de vacío que me invade hoy más que nunca.

Mi madre continúa a mi lado, observando cómo Hollie se aleja, y cuando está lo suficientemente lejos, se vuelve hacia mí con una mirada que conozco bien. Es una mezcla de determinación y preocupación.

—Tu padre confiaba en ti, Elliot —dice finalmente con tono firme, pero con un toque de calidez—. Sabía que serías capaz de manejar todo esto y confío en que lo harás.

—Lo intentaré, mamá —respondo, aunque en mi interior, las dudas y las preguntas sin resolver cada vez son más grandes—. Pero necesito tiempo. Todo esto es… demasiado.

—Lo sé —dice, y por un momento, su fachada se derrumba ligeramente, permitiéndome ver el dolor que ha estado escondiendo todo este tiempo—. Para mí también lo es, hijo.

Que mi madre admita su dolor me toma por sorpresa, porque rara vez muestra su debilidad, y verla así, vulnerable, me hace darme cuenta de que no soy el único que está luchando por mantener la compostura. Ella también está sufriendo, pero, como siempre, está siendo fuerte por mí, por nosotros.

—Estamos juntos en esto, mamá —digo tomando sus manos con las mías—. Y saldremos adelante, como siempre lo hemos hecho.

Ella asiente, apretando mis manos y así me demuestra una fuerza que no sabía que tenía. En ese momento, siento que estamos más unidos que nunca, aunque el camino que se dibuja ante nosotros sea incierto.

El viento sopla a nuestro alrededor, levantando las hojas caídas y llevando consigo un aire fresco que parece limpiar un poco de la tristeza que nos rodea. Nos quedamos allí, de pie junto a la tumba de mi padre, mientras el mundo sigue girando y la vida continúa.

Capítulo 7
Hollie

El *pub* está más concurrido de lo habitual para ser martes por la tarde. Las conversaciones se mezclan con el sonido de las copas tintineando y las risas que rebotan en las paredes de madera. Estoy detrás de la barra, sirviendo cervezas con una sonrisa automática dibujada en mis labios, pero tengo la cabeza en otro sitio, lejos de aquí. Las palabras de Boyd resuenan dentro de mi cabeza en bucle. No puedo dejar de pensar en la última conversación que tuvimos y en la tensión que hubo entre él y Elliot cuando se encontraron.

Miro hacia la esquina del local, donde Boyd está sentado con un par de amigos, pero con la mirada fija en mí. Esa mirada, tan llena de posesividad, me pone los nervios de punta. Ha cambiado mucho y a peor en los últimos meses. Aunque al principio pensé que tener una relación con él podría ser mi salvación, poco a poco se ha acabado convirtiendo en una prisión y él en mi verdugo. Boyd siempre ha sido competitivo, incluso antes de que Elliot se fuera, pero ahora… ahora es diferente. Hay una oscuridad en él que me asusta, y aunque he tratado de hacerle entender que no podemos seguir así continúa igual o peor, porque cada vez que hablo con él, lo único que consigo es empeorar las cosas.

—Hollie, ¿me puedes poner otra pinta? —me pide un cliente habitual y eso consigue sacarme de mis pensamientos por un momento.

Asiento y me apresuro a servirle la cerveza, aunque, incluso mientras lo hago, siento la mirada de Boyd clavada en mí, como una sombra que no puedo sacarme de encima. Termino de servir la bebida y se la llevo al cliente, forzando una sonrisa antes de volver a sumergirme en mis pensamientos.

En ese momento, la puerta del *pub* se abre y entra una ráfaga de aire frío, que trae consigo el aroma de la lluvia que ha empezado a caer. Levanto la vista y veo a Elliot entrar. Mi corazón da un vuelco al verlo. No puedo evitarlo. Siempre ha tenido ese efecto en mí.

Elliot se acerca a la barra, con gesto tenso, pero cuando nuestros ojos se encuentran, su mirada se suaviza ligeramente. Hay algo en sus ojos que me dice que él también está luchando con lo que está sucediendo entre nosotros, con la confusión y las dudas que se han interpuesto desde su regreso. Quiero hablar con él, explicarle cómo me siento y todo lo que ha sucedido desde que se marchó, pero no sé cómo empezar. Quizá podría aprovechar ahora mientras le sirvo algo… Aunque, antes de que pueda siquiera abrir la boca, Boyd se levanta de su mesa y viene hacia nosotros con expresión amenazante.

—Vaya, mira quién ha decidido unirse a la fiesta —dice Boyd con sarcasmo.

Elliot no responde de inmediato, aunque puedo ver cómo se tensa su mandíbula. Sé que está haciendo todo lo posible por mantener la calma, pero conozco a Boyd y estoy convencida de que no se lo va a poner fácil.

—Boyd —responde Elliot.

—¿Qué te trae hoy por aquí? —insiste Boyd, acercándose un paso más a él e invadiendo su espacio personal de una manera claramente intencionada.

—Solo quiero una cerveza —le responde manteniéndole la mirada—. No sabía que necesitaba tu permiso.

Boyd sonríe con una mueca desagradable. Miro a uno y a otro y me siento atrapada entre ellos, incapaz de detener lo que estoy convencida de que está a punto de suceder.

—No necesitas permiso para tomarte una cerveza —le contesta Boyd—. Pero tal vez para otras cosas sí.

Miro a Elliot, buscando alguna señal de que no hará caso a la provocación de Boyd, pero la tensión en su mandíbula y la furia en su mirada me dicen lo contrario.

—No estoy aquí para discutir contigo —dice Elliot con voz grave—. He venido a ver a Hollie.

—Ah, claro, Hollie —responde Boyd, volviéndose hacia mí con una mirada que me hace estremecer—. Siempre ha sido el centro de atención, ¿no? Todos quieren un pedazo de Hollie —añade canturreando de forma desagradable.

Mi estómago se encoge al escuchar la insinuación y el desprecio que contienen sus palabras. Boyd nunca ha sido así, nunca había mostrado este lado suyo tan desagradable, y me duele ver en lo que se está convirtiendo. Pero sobre todo, me duele la forma en que está usando nuestra relación, o lo que queda de ella, como un arma contra Elliot.

—Boyd, basta —le advierto tratando de mantener mi voz firme—. Esto no tiene sentido.

Pero no le importa lo que le digo. Está demasiado atrapado en su propio juego, en su necesidad de reafirmar el poder que siente que está perdiendo frente a Elliot.

—¿Sabes, Elliot? —continúa con un tono cada vez malintencionado—. Hay algo que nunca entendiste. Siempre has creído que podías regresar y retomar todo donde lo dejaste, como si todo continuase igual. Pero las cosas han cambiado y Hollie también. Ahora tiene una nueva vida en la que ya no hay sitio para ti.

Elliot lo mira con una intensidad que me asusta, pero cuando responde, su voz es sorprendentemente tranquila.

—Eso no es algo que tú puedas decidir. Hollie es mayorcita para saber lo que quiere.

Me quedo inmóvil y siento que todas las miradas del *pub* están fijas en nosotros. La tensión es palpable y no sé cómo detener lo que está a punto de estallar frente a mí.

—Ah, ¿sí? —Boyd se ríe, aunque su risa está llena de amargura—. ¿Y qué pasa con el niño? ¿Realmente crees que puedes volver a la vida de Hollie y jugar a ser el héroe que vuelve a rescatarla? Ahora tiene a alguien que depende de ella.

Siento a Elliot tensarse a mi lado. Boyd está usando a Jamie como un escudo, como una barrera para mantener a Elliot a distancia y me duele ver hasta dónde está dispuesto a llegar sin importarle lo que acabe destruyendo a su paso.

—Jamie no es asunto tuyo, Boyd —digo, tratando de poner fin a esta conversación de una vez por todas—. No tienes derecho a hablar de él así.

Pero no retrocede. En lugar de eso, se acerca más a Elliot.

—¿Estás segura de eso? —pregunta con su mirada fija en la mía—. Porque hay quienes podrían pensar lo contrario.

El silencio que sigue es tan denso que casi puedo sentirlo. Elliot se vuelve hacia mí, y en su mirada veo la duda que Boyd acaba de sembrar en su mente. Todo lo que hemos

compartido se tambalea bajo el peso de su insinuación.

—¿Hollie? —pregunta Elliot en un susurro—. ¿Es cierto lo que dice Boyd?

El mundo parece detenerse en este momento. No sé cómo responder, no sé cómo explicarle la verdad sin venirme abajo. Me gustaría decirle que Boyd está mintiendo, que está manipulando la situación para alejarlo, pero la culpa y la vergüenza se han apoderado de mí y me hacen sentir cada vez más pequeña.

—Elliot, yo… —intento comenzar, pero las palabras se me atragantan.

Boyd me observa con una sonrisa triunfante en sus labios, como si hubiera ganado una batalla que ni siquiera sabía que estábamos teniendo. Y tal vez lo ha conseguido, porque veo cómo empieza a desmoronarse la confianza en sus ojos y cómo la duda crece entre nosotros.

—Lo sabía —murmura Boyd con satisfacción—. Siempre supe que nunca podrías entenderlo, Elliot. Siempre has sido un forastero por aquí.

Elliot da un paso atrás, como si las palabras de Boyd lo hubieran golpeado físicamente. Lo veo luchar por mantener la compostura, pero la herida está ahí, y cada vez se hace más profunda y tengo la certeza de que no puedo hacer nada para frenar el daño que acaba de hacerle.

—Necesito aire —dice Elliot con la voz rota, y antes de que pueda detenerlo, se da la vuelta y sale del local, dejando tras de sí una sensación de vacío en mí, que me deja sin aliento.

Lo veo alejarse y cada paso que da parece llevarse una parte de mí. Quiero ir tras él y explicarle, pero mis pies parece que están pegados al suelo. En ese momento, Boyd se vuelve hacia mí sonriente y en sus ojos veo una mezcla de triunfo y desprecio, que me hace sentir náuseas.

—Bueno, ha sido más fácil de lo que creía —dice como si todo esto fuera un juego para él.

—¿Por qué haces esto? —pregunto con voz temblorosa por la rabia y la tristeza que me invaden—. ¿Por qué le quieres hacer daño?

Él se encoge de hombros, como si la respuesta fuera obvia.

—Porque puedo —responde con una frialdad que me hace estremecer—. Porque no debería haber regresado.

Le miro a los ojos y me doy cuenta de que la persona que creía que conocía ha desaparecido. Ahora solo veo a alguien que está dispuesto a destruir lo poco que queda de mi felicidad, simplemente para vengarse de Elliot.

—No puedes seguir haciendo esto —le digo con voz firme—. No voy a permitir que nos destroces a todos la vida por tus malditos celos.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta de forma desafiante—. Porque parece que, hasta ahora, no has hecho mucho para detenerme.

Sus palabras me golpean con fuerza y sé que tiene razón. Hasta ahora, he permitido que me manipule y que controle mi vida. Pero eso ha terminado. Porque no puedo seguir viviendo con este miedo y esta incertidumbre, que están acabando con todo lo que me importa.

—Voy a hacer lo que debí haber hecho hace mucho tiempo —respondo con decisión mirándole fijamente a los ojos—. Voy a alejarme de ti y, esta vez, no pienso volver.

La sorpresa en su rostro es evidente, pero antes de que pueda decir algo, me giro y salgo del *pub* en busca de Elliot con el corazón latiendo a toda velocidad en medio de mi pecho. Sé que necesito encontrarlo antes de que sea demasiado tarde.

Mientras camino bajo la lluvia, que comienza a caer, siento que no puedo seguir así, no puedo continuar ocultando la verdad. Porque lo que realmente importa es lo que siento por Elliot y no voy a seguir escondiéndolo durante más tiempo.

Busco a Elliot bajo la lluvia, pero no lo encuentro. Parece que el destino se impone de nuevo entre nosotros.

Capítulo 8
Elliot

Tengo los libros de contabilidad abiertos frente a mí sobre el escritorio de madera maciza. Observo con atención cada página llena de cifras, que deberían tener sentido, pero en este momento no soy capaz de encontrarlo. Aunque trato de concentrarme, no lo logro, porque cada vez que lo intento, mi mente vuela hasta Hollie. Las palabras de Boyd todavía resuenan en mi cabeza, como un veneno que se ha filtrado en mis pensamientos y que no puedo extraer de mis venas. La idea de que Hollie y él… Buf… Aprieto las mandíbulas sin darme cuenta. La rabia que me invade solo de pensarlo se mezcla con la profunda tristeza que siento y que me arrastra hacia un lugar oscuro del que no sé cómo salir. Y luego está el niño. Jamie. Ese pequeño que podría haber sido mío en otra vida. Pero ahora, cada vez que lo miro, solo veo la vida que Hollie ha construido, una vida en la que, según el desgraciado de Boyd, no hay lugar para mí.

Intento centrarme en los números, que aparecen en la página que tengo frente a mí, pero se me desenfoca la vista. Los movimientos de dinero son extraños, hay transferencias que no deberían estar ahí, cifras que no cuadran… Esto es un desastre. Es como si alguien hubiera estado jugando con las finanzas, moviendo piezas en un tablero que no puedo ver al completo. No entiendo nada. Sé que debería investigar esto a fondo y enfrentarme a lo que está sucediendo en la empresa, pero ahora mismo no tengo energía para hacerlo.

Respiro profundamente e intento calmarme. El olor a cuero viejo y madera de roble, que siempre ha impregnado esta oficina debería hacerme sentir reconfortado, pero ahora solo me recuerda que estoy solo en esto. Mi padre se ha ido y con él se ha llevado las respuestas a tantas preguntas que ahora quedan suspendidas en el aire, como un enigma sin resolver.

Mi madre me dijo que teníamos que hablar de varios temas de la empresa y también sobre el testamento, pero cada vez que pienso en ello, siento un peso que me aplasta el pecho y que me impide respirar. A pesar de que mi padre ha dejado todo esto en mis manos, confiando en que yo podría llevar el legado de los MacTavish adelante, ahora mismo, lo único que siento es una aplastante sensación de fracaso, como si no estuviera a la altura de lo que todos esperan de mí.

Sin poder evitarlo, de nuevo mi mente vuelve a Hollie y en la forma en que me miró cuando Boyd soltó esas palabras llenas de veneno. Había algo en sus ojos, algo que me decía que no todo es como parece, pero ahora mismo dudo de todo y no me atrevo a confiar ni en mi propio instinto. ¿Y si Boyd tiene razón? ¿Y si ella realmente ha seguido adelante dejándome fuera de su vida para siempre? Algo que habría sido lo más justo para ella, porque yo me marché y no he regresado hasta ahora.

Pero, a pesar de todo, necesito tenerla cerca. Sin importar el daño que me haga verla con su hijo o que esté con Boyd. No soy capaz de separarme de ella, es como si entre nosotros

existiese una fuerza que me mantiene anclado a ella, a este lugar y a este caos en el que se ha convertido mi vida de la noche a la mañana.

Mi teléfono vibra en el bolsillo y me arranca de mis pensamientos al instante. Lo saco y veo que es un mensaje de mi madre.

Mamá:
En media hora tenemos
la reunión con los abogados
para la revisión del testamento.

Resoplo sintiendo un nudo en el estómago. No quiero ir, pero sé que no puedo posponerlo. Hay demasiado en juego.

Yo:
Enseguida voy.

Respondo rápidamente antes de dejar el teléfono a un lado y regresar a mi escritorio. Me siento de nuevo y observo los libros de contabilidad con una mezcla de frustración y resignación. No puedo seguir ignorando esto, pero tampoco puedo lidiar con ello en este momento. Así que decido cerrarlos, por ahora, y dejarlos para cuando tenga la mente más clara.

Mientras apilo los libros cuidadosamente en una esquina del escritorio, Hollie vuelve a aparecer en mi cabeza. Necesito verla, hablar con ella, aunque no sé si podré soportar las respuestas que me dé.

Salgo de la oficina y bajo las escaleras hasta el vestíbulo principal, donde varios empleados me saludan al pasar. Intento devolverles una sonrisa, aunque mi gesto se queda solo en una mueca. Salgo de la oficina y camino hacia mi coche. No, no puedo posponer más la conversación que Hollie y yo tenemos pendiente. Necesito saber la verdad, por dolorosa que sea, para poder seguir adelante y concentrarme en la empresa y el legado de mi padre.

Capítulo 9
Elliot

Esta tarde, después de salir de la oficina, mis pasos me llevan hacia el *pub* de Hollie. Me digo que lo hago para desconectar del trabajo y tomarme una cerveza antes de regresar a casa, pero sé que es mucho más que eso. Es la necesidad de verla y de estar cerca de ella, aunque solo sea por un rato. Es como si algo me empujara hacia allí, como si fuera incapaz de resistir la atracción que me empuja hasta su lado. Después del encontronazo del otro día con Boyd, no he vuelto a verla y necesito tenerla cerca de nuevo.

Cuando entro al local, lo primero que hago es buscar a Hollie y, como siempre la encuentro detrás de la barra, sonriendo a los clientes, y cuando me ve, esa sonrisa se vuelve más brillante y real. La verdad es que este es el momento del día que más espero, ese instante en que mis ojos se encuentran con los de ella y tengo la sensación de que todavía hay algo entre nosotros.

—¿Lo de siempre? —me pregunta con una sonrisa, mientras me acerco a la barra.

—Eso es —le respondo, devolviéndole la sonrisa, aunque por dentro siento un nudo en el estómago que no desaparece.

Me siento junto a la barra y, mientras tomo la pinta que acaba de servirme, observo cómo continúa con su trabajo, atendiendo a otros clientes, moviéndose de un lado a otro con una facilidad que admiro. Pero cada vez que nuestros ojos se encuentran, el mundo se reduce a ese pequeño espacio se crea entre nosotros, un espacio cargado de todo lo que no hemos dicho y de todo lo que tenemos pendiente.

Cuando el *pub* se vacía prácticamente de clientes, Hollie se acerca hasta la zona de la barra en la que estoy sentado.

—¿Recuerdas cuando solíamos venir aquí al salir del instituto? —le pregunto mientras miramos la vieja *jukebox*, que continúa en la misma esquina del *pub*.

—Sí, siempre querías poner la misma canción —dice con una risa suave—. *I'm yours* de Jason Mraz… —se ríe y su sonrisa ilumina su cara de una manera, que consigue acelerar mi corazón.

—Pero te gustaba, admítelo —le digo inclinándome hacia ella y sonriéndole de manera cómplice.

Ella niega con la cabeza, pero la sonrisa continúa dibujada en sus labios. Es en esos momentos, cuando estamos tan cerca, cuando siento que la conexión entre nosotros nunca ha llegado a romperse. Pero justo cuando me dejo llevar por esos sentimientos, recordar las palabras de Boyd me detienen. Jamie. Cada vez que lo recuerdo, aparece un nudo en mi estómago. Es imposible no notar cuánto se parece a ella, pero también es imposible ignorar la punzada de dolor que siento al recordar que no es mío. Jamie es el hijo de Boyd, el hombre que ha ocupado

el lugar que yo dejé vacío. Hollie ha seguido adelante, ha formado una familia, y cada vez que veo al crío, me siento como si me estuvieran arrancando el corazón.

Pero, no puedo evitarlo… No puedo dejar de venir al *pub*, ni de buscar cualquier excusa para estar a su lado. Quiero estar con ella, pero al mismo tiempo, pensar en su vida con Boyd me duele. Es un dolor constante, una herida que no deja de sangrar y me destroza.

—Elliot, ¿te pasa algo? —me pregunta Hollie, notando la tensión en mi rostro mientras observo a Jamie jugando por el *pub*.

—No, nada, solo… cosas del trabajo —respondo, intentando sonreír, pero sé que no la engaño.

Ella me mira con una mezcla de preocupación y algo más, como si supiera lo que realmente estoy pensando. Pero no dice nada, y yo tampoco.

A medida que los días pasan, mi confusión y dolor solo crecen. Es como si estuviera atrapado en una red de emociones de la que no puedo escapar, una red tejida por el pasado, el presente, y las decisiones que tomé hace tanto tiempo.Empiezo a cuestionarme todo. ¿Por qué continúo con esto? ¿Por qué no puedo simplemente aceptar que ella ha seguido con su vida? Pero entonces recuerdo lo que sentí cuando la vi de nuevo por primera vez, esa chispa que ha seguido viva durante todos estos años. Y es precisamente eso lo que me hace continuar viniendo al *pub*, día tras día. Pero a medida que me acerco más a Hollie, también me acerco más a esa realidad que me duele aceptar: ella tiene una vida con Boyd y Jamie es parte de esa vida. No importa lo mucho que desee estar con ella, porque en esta batalla sé que soy el perdedor, aunque no puedo dejar de pelear.

Una tarde, aprovechando que el *pub* se ha quedado casi vacío y Hollie se acerca hasta la zona de la barra donde estoy, una pregunta se escapa de mis labios.

—Hollie, ¿eres feliz? —las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

Ella se queda en silencio por un momento y baja la mirada, para después volver lentamente a encontrarse con mis ojos.

—Estoy… intentando ser feliz —me susurra y sus palabras me golpean con fuerza.

Intentando ser feliz. No es lo mismo que ser feliz. Es una admisión de que las cosas no son perfectas, que hay algo en su vida que no es lo que ella esperaba. Pero antes de que pueda preguntar más, Jamie irrumpe en la sala, corriendo hacia ella con una sonrisa radiante en su rostro. Y todo se desvanece. Todo lo que estaba a punto de decir se queda atrapado en mi garganta mientras veo cómo ella lo abraza con una ternura que me duele en lo más profundo.

—Hollie, si alguna vez… si alguna vez necesitas hablar, estoy aquí para ti. Siempre lo estaré —me atrevo a decirle antes de marcharme del local.

—Lo sé, Elliot. Gracias —me dice mirándome a los ojos.

La atracción entre nosotros es innegable, pero también lo es la realidad de su vida, una vida que ha seguido sin mí. Y yo… estoy atrapado en el medio, entre lo que fue, lo que podría haber sido y lo que nunca será. Y ese es el pensamiento que me atormenta cada día, cada noche y cada vez que entro en ese *pub* buscando algo que no estoy seguro de poder encontrar.

Capítulo 10
Elliot

Me encuentro con los padres de Hollie que pasean por el centro del pueblo. Desde que me marché no los había vuelto a ver, por lo que me sorprende cómo ha pasado el tiempo también para ellos. Hablamos de los viejos tiempos, pero cuando mencionan a Jamie y su edad, siento que el suelo se abre bajo mis pies.

—Sí, cumple ocho años en junio —dice la señora Campbell con una gran sonrisa que ilumina su rostro—. Parece que fue ayer cuando era un bebé, y ahora…

—El tiempo pasa muy rápido —le contesto obligándome a no borrar la sonrisa de mis labios.

Ocho años.

La cifra resuena en mi mente como un tambor, golpeando con fuerza en cada rincón de mi cabeza.

Ocho años.

No puedo evitar hacer los cálculos rápidamente. Eso significa que Jamie nació nueve meses después de que me marchase a Estados Unidos. Todo en mí grita que la cronología no cuadra, que Boyd no puede ser el padre de Jamie. Las piezas del rompecabezas comienzan a encajar y la verdad me golpea con una fuerza abrumadora: ¿Jamie es mi hijo?

Intento mantener la compostura mientras continúo la conversación con los Campbell, pero mi cabeza está en otra parte, en Hollie, en Jamie y en la verdad que ha estado escondida durante todos estos años.

Me despido de ellos con una sonrisa tensa y me dirijo directamente al *pub* con el corazón latiendo desbocado en medio de mi pecho. Necesito verla, necesito respuestas y las necesito ahora. Mientras camino, cada paso que doy parece resonar en mi cabeza, mezclándose con el caos de mis pensamientos. ¿Por qué Hollie no me dijo la verdad? ¿Por qué me ha permitido creer que Jamie es hijo de Boyd?

Al entrar en el *pub*, el bullicio habitual de esta hora de la tarde me rodea, pero todo lo que puedo ver es a Hollie detrás de la barra, sonriendo amablemente a los clientes mientras sirve cervezas. Al verme, sus ojos se encuentran con los míos y puedo ver la preocupación en su rostro al verme. Ella sabe que me sucede algo.

Me acerco a la barra y cuando estoy lo suficientemente cerca, hablo con una voz que apenas reconozco como mía.

—Necesito hablar contigo. Ahora —digo y mi tono deja claro que no es algo que pueda posponer.

Ella asiente con expresión seria y me indica con la cabeza que la siga. Me lleva a la parte trasera del *pub*, a un pequeño almacén y cierra la puerta tras ella.

—¿Qué sucede? —pregunta con la voz ligeramente temblorosa.

—Me he encontrado con tus padres—comienzo a hablar intentando controlar el temblor en mi voz—. Me han dicho que Jamie cumplirá ocho años en junio.

Asiente lentamente sin comprender aún el alcance de lo que estoy diciendo.

—Sí, cumplirá ocho el próximo verano. ¿Por qué lo preguntas? —quiere saber arrugando el entrecejo.

Siento que mi corazón se acelera y las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

—Hollie, eso significa que Jamie nació nueve meses después de que yo me marchara. Antes de que tú y Boyd… antes de que siquiera pudiérais haber estado juntos. Eso significa que… que él no es el padre, ¿verdad? —le digo con la voz rota.

Ella se queda en silencio por un momento y baja la mirada, incapaz de sostener la mía. Pero antes de que me pueda responder, la puerta se abre de golpe y Boyd aparece furioso.

—¿Qué está pasando aquí? —grita lleno de rabia—. ¿Qué demonios está haciendo este aquí?

Hollie se aparta de mí instintivamente y veo el miedo en sus ojos. Boyd avanza hacia nosotros con los puños cerrados, como si estuviera a punto de perder el control.

—No es lo que piensas—digo, intentando mantener la calma, pero siento cómo la tensión aumenta en la pequeña habitación.

Boyd me lanza una mirada de odio y sé que las cosas están a punto de explotar de una manera que ninguno de nosotros podrá controlar.

—¿Así que esto es lo que haces? —grita sin ocultar su rabia—. ¿Te encuentras a escondidas con él? ¡¿Cuánto tiempo llevas mintiéndome?!

Hollie intenta hablar, pero su voz se quiebra, y yo doy un paso adelante, colocando mi cuerpo entre ellos.

—Boyd, cálmate —intento razonar, pero sé que no me escucha.

Los celos y la rabia de Boyd han alcanzado un punto de no retorno y lo único que puedo hacer es proteger a Hollie de él.

Capítulo 11
Hollie

—¿Qué está pasando aquí? ¿Qué demonios está haciendo este aquí? —grita Boyd haciendo resonar su voz en el pequeño almacén.

Oigo como el *pub*, que hasta hace un momento estaba lleno del murmullo de las conversaciones y del tintineo de vasos, se queda en silencio de inmediato al escuchar los gritos. Este es el momento que he temido, el enfrentamiento que sabía que eventualmente llegaría, pero aún no estoy preparada para vivirlo.

—No es lo que piensas —se apresura a aclararle Elliot.

—¿Así que esto es lo que haces? —grita Boyd sin ocultar su rabia—. ¿Te encuentras a escondidas con él? ¡¿Cuánto tiempo llevas mintiéndome?!

—Boyd, cálmate —le ruega Elliot.

—Boyd, por favor, cálmate —intento decir, aunque la voz me tiembla demasiado.

Pero él no escucha. Sus ojos están fijos en Elliot y puedo ver la furia ardiendo en ellos, una furia que he visto crecer en las últimas semanas, alimentada por los celos y su inseguridad.

—¿Qué me calme? —escupe Boyd, avanzando hacia Elliot con los puños cerrados—. ¿Es esto lo que haces cuando no estoy? ¿Te pones a coquetear con mi prometida?

Elliot, aunque mantiene una expresión serena, puedo ver cómo la tensión anida en su mandíbula y se le tensan los hombros, como si estuviera listo para pelear.

—No es lo que piensas, Boyd —responde Elliot con calma—. No estoy aquí para causar problemas.

Pero esas palabras no hacen más que alimentar la ira de Boyd y antes de que pueda detenerlo, se lanza hacia Elliot con un grito y, en un abrir y cerrar de ojos, los dos están enredados en una pelea que no tiene sentido. Siento el miedo congelarse en mi pecho mientras veo a Boyd golpear a Elliot, descargando toda su rabia en un solo golpe que lo hace tambalearse hacia atrás.

—¡Boyd, basta! —grito tratando de separarlos.

Pero Boyd no me escucha. Está demasiado consumido por su furia y cegado por los celos, que lo han estado devorando durante estas últimas semanas. Veo a Elliot intentar defenderse, pero no quiere pelear, no quiere empeorar las cosas. Y eso es lo que hace que el golpe que recibe sea aún más doloroso para mí de ver. Boyd lo golpea de nuevo y esta vez Elliot cae al suelo, tosiendo mientras intenta recuperar el aliento.

Corro hacia Elliot y me arrodillo a su lado mientras intenta levantarse. Boyd se detiene, respirando con dificultad, y veo cómo su pecho sube y baja con una rapidez alarmante. Sus ojos están llenos de una furia que no reconozco, una furia que no tiene sentido. Nunca lo había visto así, tan fuera de control.

—¡Te dije que te mantuvieras alejado de ella! —grita Boyd, pero su voz ya no tiene la misma fuerza.

Miro a Boyd, sintiendo cómo algo dentro de mí se rompe. No puedo continuar con esto, no puedo seguir viviendo con este miedo, con este constante control por su parte.

—¡Basta, Boyd! —grito poniéndome de pie frente a él—. ¡Basta ya!

Boyd se detiene y veo cómo su expresión cambia de la furia a la incredulidad. Nunca le había hablado así, nunca me había enfrentado a él de esta manera, pero algo dentro de mí ha cambiado. Estoy cansada, agotada de vivir bajo su sombra, de sentirme atrapada en una relación que no es lo que quiero. La relación que una vez pensé podría ser mi salvación se ha convertido en una prisión y él en mi carcelero, y sé que no puedo seguir permitiéndolo.

—Hollie, ¿qué estás…? —comienza a decir, pero lo interrumpo antes de que pueda continuar.

—No puedo seguir así. No puedo continuar viviendo con este miedo constante por culpa de esta rabia que te consume. Ya no eres el hombre con el que pensé que podía construir algo... —Mis palabras suenan firmes y aunque mi corazón late con fuerza en mi pecho, sé que estoy haciendo lo correcto.

—¿Qué…? No puedes decir eso —balbucea a media voz—. Hollie, no puedes simplemente…

—Sí que puedo —respondo sintiendo como una extraña calma me invade—. Y lo hago. Se acabó, Boyd. No quiero seguir contigo, no quiero seguir viviendo esta mentira.

Boyd me mira a los ojos buscando alguna señal de que no estoy hablando en serio, de que voy a cambiar de opinión en cualquier momento. Pero lo que encuentra es la verdad de que he tomado una decisión de la que no voy a dar marcha atrás.

—Tienes que irte —le digo con firmeza—. Vete ahora mismo y no quiero que vuelvas. ¿Entendido?

Veo cómo las palabras le golpean, sabe que no hay nada que pueda hacer, nada que pueda decir para cambiar lo que ya es inevitable.

—¿Así que lo echas todo por la borda, por él? —dice finalmente con amargura.

—No es por él, Boyd. Es por mí —respondo y sé que es la verdad. Esto no se trata de Elliot, se trata de mí, de lo que necesito para ser feliz, para sentirme libre.

Boyd me mira una última vez, como si intentara grabar mi rostro en su memoria, y luego da un paso atrás y veo cómo su cuerpo tiembla por la de furia contenida.

—Esto no va a quedar así —me grita antes de marcharse.

Sin decir una palabra más, se gira y sale del almacén y poco después escucho el portazo de la puerta de entrada del *pub*.

El silencio que sigue es total y todo lo que puedo hacer es respirar y dejar que el peso de lo que acabo de hacer se asiente dentro de mí. He roto con Boyd. He roto con el miedo, con la duda y con la relación que me ha estado asfixiando durante tanto tiempo.

Me giro hacia Elliot, que todavía está en el suelo, apoyado en sus manos mientras intenta levantarse. Me arrodillo a su lado y le ayudo a ponerse de pie.

—Lo siento mucho —murmuro, con la voz quebrada—. Esto no debería haber sucedido.

—No es tu culpa—me responde con voz suave, pero firme—. Estoy bien.

Pero puedo ver el dolor en sus ojos, no solo el dolor físico de la pelea, sino también algo más profundo, algo que sé que ambos estamos sintiendo. La intensidad de todo lo que ha sucedido es abrumadora, pero mientras lo miro a los ojos, siento que hemos dado un paso hacia

algo nuevo.

Capítulo 12
Elliot

El eco de mis pasos resuena en el despacho de mi padre mientras camino de un lado a otro. Me detengo frente al enorme escritorio de roble, que durante años fue el centro de operaciones de mi padre, Angus MacTavish, un hombre al que siempre había admirado, pero que después de lo que estoy descubriendo empieza a caerse del pedestal donde lo he tenido durante toda mi vida.

Cada vez que profundizo más en las finanzas de la empresa, más inquietante se vuelve el panorama que tengo frente a mí y del que ahora soy el único responsable. Lo peor de todo es que no solo he encontrado una pequeña irregularidad, como había pensado en un principio, sino que he descubierto un patrón de corrupción sistemática, cuidadosamente oculto bajo capas de contratos y acuerdos turbios. Sobornos, recalificaciones de terrenos, favores políticos… todo lo tengo frente a mí, es como un rompecabezas macabro que revela un lado oscuro del negocio de mi familia, que nunca imaginé que podría existir.

Mi padre, el hombre que me enseñó el valor del trabajo duro y de la honestidad, parece haber construido un imperio sobre cimientos podridos. Me siento traicionado, como si todo lo que creía saber sobre él y sobre nuestra familia se estuviera desmoronando frente a mis ojos.

Me siento en la silla de cuero, que una vez fue su trono, y el peso de la responsabilidad cae sobre mis hombros con una fuerza aplastante.

¿Qué debo hacer?

Por un lado, está el legado de mi familia, la empresa que mi padre construyó y que yo he heredado. Pero, por otro lado, están los principios que siempre pensé que compartíamos y que ahora estoy comprobando que él se los saltó sin importarle demasiado las consecuencias.

Tomo una respiración profunda, tratando de tranquilizarme, aunque estoy muy lejos de conseguirlo. Recuesto la espalda en el respaldo y me froto la cara con las manos. En ese mismo momento, el sonido de la puerta del despacho me aleja de mi intento de relajarme. Tras la puerta veo aparecer a mi madre, con su habitual porte elegante y sereno.

—Mamá, ¿qué haces por aquí? —le pregunto sorprendido y me levanto de la silla para darle un abrazo.

—Elliot, ¿todo bien? —pregunta con tono preocupado, sin ni siquiera contestar a mi pregunta.

—No, mamá, no todo está bien —respondo, sin rodeos—. Hay algo que necesito hablar contigo ahora, porque no podemos seguir evitando el tema por más tiempo.

Ella suspira, como si ya supiera de qué le voy a hablar. Se sienta en una de las sillas al otro lado del escritorio y entrelaza las manos en su regazo. La observo y me sorprende ver que tiene nudillos blancos por la fuerza con la que aprieta las manos.

—Tú dirás, hijo —me dice sin atreverse a mirarme a los ojos.

—Desde que me incorporé a la empresa, he estado poniéndome al día con todo, pero, sobre todo, con las cuentas.

—Sí, lo sé.

—Y he encontrado… cosas en las finanzas de la empresa, contratos que no tienen sentido, pagos que claramente son sobornos para funcionarios locales. Parece que papá estuvo involucrado en algo más que en simples negocios... —Las palabras salen de mis labios con un tono más frío del que esperaba, pero no puedo evitarlo.

Mi madre cierra los ojos por un momento, como si el peso de mis palabras la abrumara. Cuando vuelve a abrirlos, veo una tristeza profunda en su mirada, una que no había visto antes.

—Hijo, hay cosas del pasado que es mejor no remover —dice con la voz temblorosa—. Tu padre hizo lo que creyó necesario para proteger la empresa y para protegernos a todos.

—¿Protegernos? —repito con incredulidad—. ¿Sobornando a funcionarios y recalificando terrenos para su propio beneficio? Mamá, eso no es proteger a nada ni a nadie, eso es corrupción.

Ella me mira fijamente y veo una lucha interna en sus ojos, como si quisiera explicarme más cosas, pero algo la detuviera.

—Tu padre no era un hombre perfecto, Elliot. Hizo lo que creyó que debía hacer en un mundo que no siempre es justo. La competencia era feroz y si él no hubiera tomado esas decisiones, no estaríamos donde estamos hoy.

—Ya, pero… ¿a qué precio? —pregunto con frustración—. No puedo dirigir una empresa basada en mentiras y corrupción, va contra mis principios, esos que papá tanto se esforzó en enseñarme —digo negando con la cabeza.

Ella baja la mirada, y durante un momento nos quedamos en silencio.

—Por favor, te pido que pienses en todo lo que tu padre sacrificó por nosotros, por ti —susurra finalmente—. Desmantelar lo que él construyó… no será fácil y podría costarnos mucho más de lo que imaginas.

—¿Más que nuestra integridad? —le cuestiono con convicción—. No puedo seguir adelante sabiendo lo que sé ahora. Necesito arreglar esto y si eso significa arriesgarlo todo, entonces así lo haré.

Al escucharme, levanta la mirada con lágrimas en los ojos. Por un momento, parece que va a decir algo más, pero se detiene, como si no pudiera encontrar las palabras correctas. Finalmente, asiente con resignación.

—Eres como tu padre, en muchos sentidos. Siempre has sido fuerte y decidido. Pero también eres como él en querer hacer siempre lo correcto, aunque eso signifique llevar el peso del mundo sobre tus hombros. Solo te pido… que lo pienses bien. Algunas decisiones no tienen marcha atrás.

La miro y estoy hecho un lío. No quiero hacerle daño, ni quiero destruir lo que mi padre construyó, pero tampoco puedo ignorar lo que he descubierto.

—Lo pensaré —le digo finalmente, aunque ya sé que he tomado una decisión.

Mi madre asiente de nuevo, se levanta y sale del despacho en silencio. Respiro profundamente dejando que el aire llene mis pulmones. Necesito prepararme para lo que viene. Tengo muy claro que desmantelar esta red de corrupción no será fácil y sé que tendrá importantes consecuencias, tanto para mí como para la empresa. Pero también sé que no puedo vivir con la idea de que el éxito de la empresa se base en algo tan sucio.

Levanto la vista y miro el retrato de mi padre que cuelga en la pared. Su mirada severa y orgullosa parece observarme, como si todavía estuviera aquí y juzgara mis acciones.

—Lo siento, papá —susurro, sabiendo que me estoy disculpando por lo que estoy a punto de hacer—. Pero no puedo continuar así. No de esta manera.

Cierro el portátil y me levanto de la silla, decidido a seguir adelante, sin importar el precio que tenga que pagar. Porque al final del día, quiero que cuando me mire al espejo tenga la certeza de que he hecho lo correcto, que no he traicionado los valores en los que creo, ni a la persona que quiero ser.

Capítulo 13
Elliot

Hoy de nuevo he pasado horas revisando los documentos financieros de la empresa, fijándome en los detalles que, hasta hace poco, no sabía ni que existían. Los contratos, los pagos ocultos, las transacciones que no cuadran… todo señala hacia algo oscuro, algo que nunca imaginé encontrar aquí. Sin embargo, parece que todavía me quedan más cosas sorprendentes por descubrir. Mientras reviso una serie de transferencias bancarias, que parecen no tener una explicación clara, me acaban dirigiendo hasta a un nombre que no esperaba ver: Boyd. Mi respiración se detiene por un momento y siento cómo mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras observo la pantalla del portátil.

Boyd no solo es un rival en mi vida personal, sino que ahora también parece estar profundamente involucrado en los negocios turbios que rodean la empresa. Su taller, que siempre lo había visto como un simple negocio de reparación de coches, parece ser que en realidad es una fachada, un lugar donde se lavaba dinero y se manejaban transacciones ilegales que durante años han beneficiado a mi padre, a sus socios y, evidentemente, también a Boyd.

Cierro el portátil con más fuerza de la necesaria y me levanto como un resorte de la silla. Camino hacia la ventana y la abro de par en par para que el aire fresco del exterior me dé en la cara. Respiro profundamente, intentando calmarme, pero no lo consigo. Lo que acabo de descubrir lo cambia todo. Boyd y mi padre… nunca lo vi venir. Siempre había sentido una aversión hacia Boyd, un resentimiento que había crecido con los años, pero esto es diferente. Ahora sé que Boyd ha sido un peón en el juego sucio de mi padre, alguien que utilizó para sus propios fines.

Mientras el aire frío entra en la habitación, me doy cuenta de que no tengo otra opción. Debo hablar con Boyd. Necesito saber hasta dónde llega su implicación. El problema es que él ya sabe que estoy husmeando, y estoy convencido de que no se quedará de brazos cruzados. Pienso llegar al fondo de todo esto. Así que salgo de mi despacho para ir hasta el taller de Boyd. No hay tiempo que perder.

Cuando aparco frente al taller, me bajo del coche y camino hacia la entrada, sintiendo las miradas clavadas en mí de los empleados que están por allí. Ignoro sus miradas curiosas y entro directamente hasta el fondo del local, donde encuentro a Boyd revisando un coche. Al verme, sale de debajo del automóvil y me dedica una sonrisa sarcástica.

—Mira quién ha decidido hacerme una visita —dice con un tono que me irrita al instante—. ¿Qué te trae por aquí?

Me esfuerzo por mantener la calma y no dejar que la rabia controle mis palabras, pero me resulta difícil. Muy difícil.

—Sabes perfectamente por qué estoy aquí, Boyd —respondo con voz firme—. Sé los

negocios que has tenido con mi padre.

Su sonrisa se desvanece al instante y la reemplaza por una expresión más dura y peligrosa.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —pregunta con tono amenazante—. ¿Vas a ir corriendo a la policía? ¿O tal vez piensas que puedes arreglar esto por tu cuenta?

—Voy a hacer lo que sea necesario para limpiar el nombre de mi familia —respondo acercándome a él.

Boyd me mira fijamente y en sus ojos veo una furia contenida que amenaza con desbordarse en cualquier momento.

—No sabes en lo que te estás metiendo —dice dando un paso hacia mí—. Esto no es un juego. Si sigues husmeando, te aseguro que no te gustará lo que vas a encontrar. Te estoy dando una oportunidad de salir de esto ahora, antes de que sea demasiado tarde.

—Ya es demasiado tarde —respondo con frialdad—. Y no pienso echarme atrás.

—Entonces prepárate, porque esto no ha hecho más que empezar —me amenaza.

Prefiero no responderle, porque sé que tampoco serviría para nada. Así que prefiero salir del taller sin más, aunque siento su mirada clavada en mi espalda mientras me alejo.

Capítulo 14
Elliot

A medida que he seguido tirando del hilo, me he dado cuenta de que las raíces de la podredumbre de la empresa se extienden mucho más profundo de lo que jamás imaginé. Y no es solo mi familia la que está involucrada, sino también personas que han sido parte de mi vida. La primera vez que me di cuenta de que esto iba más allá de los negocios de mi padre, fue cuando revisé unos documentos antiguos, contratos firmados por nombres que me resultaban familiares, no solo en el ámbito profesional, sino también en el personal. Nombres de personas que crecieron conmigo en este pueblo, con los que compartí juegos y que asistieron a las mismas fiestas y reuniones que yo. Descubrir todo esto ha hecho que sienta como si me hubieran arrancado un pedazo de mi pasado y lo hubieran contaminado con mentiras.

Ahora, cada vez que camino por las calles de Farland, siento que las miradas de la gente con la que me cruzo ocultan secretos. ¿Quiénes de ellos saben la verdad? ¿Cuántos están involucrados en esta maraña de corrupción que parece no tener fin?

Cuando estoy en el despacho, recibo una visita inesperada en la oficina de John MacAllister, un viejo amigo de la familia y a quien siempre había respetado y considerado casi como un segundo padre.

—Elliot —dice con su voz grave, cerrando la puerta tras de sí—, necesitamos hablar.

El tono de su voz, tan distinto al que solía usar conmigo cuando era niño, me pone en alerta de inmediato. Me siento en la butaca de piel, tratando de parecer relajado, pero mi mente corre a mil por hora, intentando adivinar qué es lo que ha venido a decirme.

—Claro, John, ¿qué sucede? —pregunto, aunque, en el fondo, una parte de mí ya lo sabe.

Él toma asiento frente a mí y, por un momento, parece que lucha contra él mismo, porque no querría estar aquí, ni decir lo que está a punto de pronunciar.

—Sé que has estado husmeando en los negocios de tu padre. Y entiendo por qué lo haces, pero hay cosas que es mejor dejar en el pasado.

Mi corazón late con fuerza mientras lo escucho. Tengo frente a mí a un hombre que conozco desde siempre, alguien en quien he confiado, y ahora me está pidiendo que cierre los ojos ante algo que podría cambiarlo todo.

—¿A qué te refieres? —intento mantenerme calmado, aunque la tensión es evidente. John, sentado frente a mí, suspira y apoya las manos en sus rodillas antes de hablar.

—Tu padre no fue el único que tomó decisiones cuestionables. Déjame aclararte, que lo que has encontrado… es solo la punta del iceberg. Hay muchas personas involucradas, personas que amas y que conoces de toda la vida. Si sigues adelante con esto, podrías destruir no solo el legado de tu padre, sino también podrías arruinar el pueblo entero.

—No puedo ignorar lo que he descubierto y hacer como si no supiera nada—respondo en un susurro.

—Lo sé, muchacho —me responde con un toque de tristeza en sus ojos—. Pero, a veces, proteger a las personas que amas significa hacer sacrificios y cargar con secretos que preferirías no saber. No te estoy pidiendo que seas cómplice, sino solo que pienses en las consecuencias.

Las consecuencias. Esa palabra resuena en mi mente, mientras intento procesar lo que John me acaba de decir. Sin duda, las consecuencias de revelar la verdad y exponer a todos los involucrados podrían ser devastadoras. Podría arruinar no solo a mi familia, sino también a las familias de aquellos que han formado parte de mi vida desde siempre. Pero seguir adelante sin hacer nada, me revuelve el estómago.

—No sé si puedo hacerlo —admito—. No sé si puedo vivir sabiendo lo que sé y no hacer nada al respecto.

—Elliot, solo te pido que pienses en lo que realmente es importante. Piensa en tu madre, en Hollie y en el resto de personas que te rodean. A veces, lo más importante, más incluso que la verdad, es proteger a aquellos a quienes amas, incluso si eso significa cargar con un peso que no es tuyo.

Que mencione a Hollie me afecta de una manera que no esperaba. Ella es lo más importante para mí, más que cualquier negocio o legado. Pero saber que su vida o su familia, podrían verse afectadas por esto, me deja paralizado.

John se levanta y me coloca una mano en el hombro antes de marcharse.

—Piensa en lo que te he dicho, muchacho. A veces, proteger a las personas que amas significa sacrificar la verdad.

Lo veo salir, y cuando la puerta se cierra tras él siento como si todo mi mundo se hubiera vuelto del revés.

Cuando a última hora de la tarde llego a casa, me encuentro a mi madre esperándome en el salón.

—John ha venido a verme hoy —le digo sin preámbulos y ella asiente.

—Sé lo difícil que es para ti, pero quiero que pienses en lo que está en juego. Hijo, este escándalo… podría destruirnos a todos.

—¿Y qué quieres que haga? —pregunto, sin poder ocultar la frustración en mi voz—. ¿Prefieres que me quede callado e ignore todo lo que he descubierto?

—Quiero que pienses en lo que realmente es importante —me responde con voz firme —. No te estoy pidiendo que olvides lo que has descubierto, pero debes tener en cuenta las consecuencias. A veces, cargar con un secreto es el precio que pagamos para proteger a los que amamos.

Sus palabras son como un eco de las de John, y aunque sé que tienen razón en muchos aspectos, mi lucha interna no desaparece.

¿Cómo voy a poder vivir con algo así?

Estoy en una encrucijada, y no sé qué camino tomar. Pero sé que, sin importar lo que decida, nada volverá a ser lo mismo.

Capítulo 15
Hollie

La noche en Farland es tranquila, casi demasiado para todo lo que ha sucedido en las últimas horas. Las luces del *pub* se apagan una a una mientras cierro la puerta tras de mí. El aire fresco me envuelve y, por un momento, dejo que la calma de la noche me abrace. Pero al levantar la mirada, veo a Elliot, que tal y como habíamos quedado, me está esperando al otro lado de la calle. Está tan guapo como siempre, con el pelo castaño cayéndole sobre sus grandes ojos verdes, su espalda ancha y fuerte y sus caderas estrechas. Sí, sin duda el paso del tiempo le ha sentado muy bien. Camino hacia él con una sonrisa. Saber que me esperaría a que acabara de trabajar para acompañarme a casa, me hace sentir muy bien.

—¿Listo para llevarme a casa? —le pregunto con una sonrisa cuando llego a su lado.

—Siempre —responde él, devolviéndome la sonrisa, aunque sus ojos reflejan una seriedad que no puedo ignorar.

Empezamos a caminar por las calles de nuestro pequeño pueblo, desierto a estas horas, y el sonido de nuestros pasos sobre el pavimento es el único que nos acompaña. Pero a pesar de la tranquilidad que nos rodea, me siento nerviosa, porque, sé que hay cosas que necesito decirle y cuanto antes. Hace demasiado tiempo que debería haber hablado con él.

—Elliot… —comienzo—. Quiero que sepas algo.

Él se detiene y me mira.

—Dime.

Tomo una respiración profunda para reunir el valor para decir lo que necesito.

—Me arrepiento de haber estado con Boyd —le confieso en un susurro—. En su momento, pensé que era lo correcto, que estaba haciendo lo mejor para Jamie y para mí. Pero no ha sido así. Boyd no ha resultado ser el hombre que pensé que era, y con el tiempo me he dado cuenta de que estaba atrapada en una relación, que me ha hecho más daño que bien.

Elliot me escucha en silencio, pero puedo ver en sus ojos que lo que le cuento le afecta. Sé que es difícil para él escuchar lo que le estoy diciendo, pero necesito que sepa lo que siento, lo que pienso.

—No tienes que justificarte —dice dando un paso para acercarse más a mí—. Todos tomamos decisiones que, en su momento, parecían correctas. Lo importante es que ahora estás aquí y que has tomado la decisión de seguir adelante.

Sus palabras me llegan al corazón y siento cómo se forma un nudo en mi garganta. No quiero llorar, pero la emoción por todo lo que he sucedido y por todo lo que he soportado, me abruma.

—Es que no es solo eso —continúo, sintiendo cómo las lágrimas pugnar por salir de mis ojos—, al fin me siento muy aliviada de haber terminado con él. No solo porque sé que es lo

mejor para mí, sino porque ahora puedo ser quien realmente soy, sin miedo y sin tener que estar siempre en guardia.

—Me alegra que lo hayas hecho —me responde con suavidad—. Te mereces ser feliz y vivir sin miedo.

—Gracias… —murmuro y doy un paso hacia él— Gracias por estar aquí —añado y noto cómo las lágrimas se escapan de mis ojos.

Nos miramos en silencio y siento cómo la tensión entre nosotros aumenta. Hay algo en su mirada que me atrae, algo que me hace querer acercarme aún más a él y sentir su calor y su protección. Y antes de que pueda pensarlo y detenerme, me acerco y dejo que mis labios rocen los suyos.

El beso es suave al principio, casi tímido, como si estuviéramos asegurándonos de que esto es lo que queremos. Pero luego, la intensidad crece como si todo el dolor, la confusión y el deseo acumulados durante años se liberaran en este momento. Sus manos se deslizan por mi espalda, acercándome más a su cuerpo y siento que todo lo que he estado cargando durante todo este tiempo desaparece y quedamos solo nosotros. Me pierdo en él, en el calor de su cuerpo y en la manera en que sus labios se mueven con los míos, como si estuvieran hechos para esto, como si finalmente hubiéramos encontrado lo que ambos estábamos buscando. Nos separamos lentamente y cuando abro los ojos, veo que los suyos están llenos de la misma mezcla de emociones que siento yo. Hay algo tan profundo y sincero en su mirada, que me hace sentir más segura de lo que he estado en mucho tiempo.

—Hollie… —susurra con emoción—. Esto significa más de lo que soy capaz de expresar con palabras.

—Para mí también —respondo con la voz rota.

Capítulo 16
Elliot

El aire fresco acaricia mi piel, pero no logra enfriar el fuego que arde dentro de mí. Cuando llegamos a la puerta de la casa de Hollie, ambos nos detenemos frente a ella. El corazón me late con fuerza en medio del pecho y siento que este es el momento en el que todo podría cambiar.

—¿Quieres pasar? —me pregunta con voz suave.

Asiento, sin dudar, porque lo último que quiero es que esta noche termine ahora. Entramos en su casa y el ambiente cálido me envuelve. Ella me toma de una mano y me guía hasta el sofá, donde nos sentamos uno al lado del otro. La distancia entre nosotros se acorta y la tensión crece.

—Elliot… —me susurra—. Hay algo de lo que quiero hablar contigo.

La miro y veo que está nerviosa, pero también parece decidida, como si lo que está a punto de decir fuera algo que ha estado guardando durante mucho tiempo.

—Dime—respondo con voz suave y sin dejar de mirarla a los ojos y observo cómo toma una profunda respiración antes de continuar.

—He estado pensando mucho en todo lo que ha pasado, en las decisiones que tomé en el pasado y en cómo me han llevado hasta aquí. Y no puedo evitar sentir que me equivoqué con Boyd —admite con sinceridad.

Escucharla hablar con tanta franqueza me estremece. Siempre supe que Boyd no era el hombre adecuado para ella, pero escucharla admitirlo me llena de una mezcla de alivio, pero también de tristeza por todo lo que debe haber tenido que pasar.

—Hollie, no tienes que justificarte —le digo, tomando suavemente sus manos entre las mías—. Pero lo importante es que ahora has tomado el control de tu vida. Has hecho lo que es mejor para ti.

Ella asiente, pero sus ojos brillan con lágrimas que se niegan a caer.

—Me siento tan aliviada de haber roto con Boyd —confiesa, su voz temblando ligeramente—. Siento que finalmente puedo ser quien realmente soy.

—Te entiendo —le digo apretando con suavidad sus manos entre las mías.

Nos quedamos en silencio por un momento. Me acerco un poco más a ella, con mis manos, aún sosteniendo las suyas, y cuando nuestros ojos se encuentran, sé que no hay vuelta atrás. Me inclino hacia ella y nuestros labios se vuelven a encontrar en un beso. Siento su cuerpo relajarse bajo el mío, mientras nuestro beso se vuelve más apasionado y urgente. Mis manos se deslizan por su espalda para acercarla a mí y ella me responde con la misma pasión con la que yo la beso. Desciende sus manos por mi pecho y empieza a desabotonar mi camisa. Yo hago lo mismo con su jersey. Poco a poco la ropa desaparece y acabamos ambos desnudos en su habitación, donde la suave luz de la lámpara de pie ilumina nuestros cuerpos desnudos y

abrazados. La llevo hasta la cama y la dejo con cuidado sobre el edredón. Me tumbo junto a ella y empiezo a recorrer cada centímetro de su piel con la punta de mis dedos y con mis labios. Ella lanza un hondo suspiro al sentir el roce de mi piel con la suya. Vuelvo a besarla y para, poco a poco, ir dejando un reguero de besos a mi paso por su cuello y su escote. Me recreo en sus pechos llenos y de pezones rosados y erectos. Los beso, los lamo y los succiono con fruición. Siento cómo su respiración se acelera cuando empiezo a descender por su abdomen. Me entretengo en su ombligo para cubrirlo de besos para luego seguir descendiendo hasta llegar a su sexo. Ese con el que tantas noches he soñado y he recreado en mi memoria. Cuando me coloco entre sus piernas y empiezo a besar la cara interna de sus muslos, se le entrecorta la respiración. Sigo besándola y asciendo hasta llegar a sus labios externos, entre los que asoma la cabecita de su clítoris, que también beso. En ese instante, Hollie arquea la espalda y aprovecho para agarrarla por la cintura y lamer con fruición su sexo. Su respiración está cada vez es más agitada, hasta que acaba estallando en un orgasmo que le hace gritar mi nombre entre jadeos. En los últimos estertores de placer, aprovecho para introducirme en ella. Lo hago poco a poco para que sus paredes se adapten a mi grosor. Está muy húmeda, por lo que puedo entrar y deslizarme con suavidad. Nos miramos a los ojos, mientras nos movemos de forma acompasada. Nos besamos y nos devoramos con ansia. Aumento el ritmo de mis caderas, mientras continuamos besándonos. Ella pone sus brazos alrededor de mi cuello y yo rodeo su cuerpo con los míos. Giro sobre mi espalda y me pongo boca arriba, para que sea ahora ella quien tome el ritmo y el control como la maravillosa amazona que es. Agarro sus muslos con mis manos, mientras ella cabalga encima de mí pellizcándose los pezones. Pese a los años que hace que no hemos estado juntos, ambos recordamos lo que nos gusta, por lo que en poco tiempo logra hacerme enloquecer. La tomo por la cintura y me incorporo para besarla, mientras ella sigue moviéndose de manera deliciosa logrando que apenas unos segundos después ambos estallemos en un poderoso orgasmo. Abrazados y aún recuperando el resuello, volvemos a besarnos y caemos enredados sobre las sábanas sonriéndonos cómplices y satisfechos.

Finalmente, cuando la calma se instala entre nosotros. Observo a Hollie, cómo respira, relajada, recostada a mi lado y siento que debo saber la verdad. Pero no puedo, no ahora. No quiero arruinar este momento, no quiero estropear lo que acabamos de compartir.

—Hollie… —susurro, sin saber cómo continuar.

—¿Qué pasa? —me susurra con una media sonrisa dibujada en sus labios.

Tomo una respiración profunda. No, ahora no es el momento. Aún no. Necesito más tiempo, más claridad antes de hacerle esa pregunta.

—Nada, solo que… estoy feliz de estar aquí, contigo —respondo, optando por la verdad más simple.

Ella sonríe, una sonrisa que le ilumina el rostro y que me recuerda por qué siempre he estado tan enamorado de ella.

Mientras el sueño comienza a reclamarme, la sospecha sobre de quién es hijo Jamie se instala en el fondo de mi mente, un murmullo que sé que no podré ignorar por mucho tiempo más. Pero por ahora, decido dejarlo ir y disfrutar de este momento, de estar finalmente donde siempre quise estar. Con Hollie.

Pero justo en ese isntante, su teléfono emite un pitido, ella arruga el entrecejo y corre al salón a buscar el bolso.

—¿Qué pasa? —le pregunto aún desde la cama.

Al instante, aparece en la habitación con la cara descompuesta y se acerca hasta mí para enseñarme el mensaje que aparece en la pantalla de su teléfono.

Boyd:
Jamie ha tenido un accidente.
Ven rápido.
Hay que llevarlo al hospital.

El pánico se apodera de ella de inmediato y casi deja caer el teléfono al suelo.

—Tengo que ir… tengo que irme ahora.

Veo el miedo en su rostro y, sin decir una palabra, asiento.

—Voy contigo —le digo sin dudar.

Nos vestimos tan rápido como podemos y corremos hacia mi coche, sin ser capaces de pensar en nada más, solo en llegar cuanto antes junto a Jamie.

Capítulo 17
Hollie

«Jamie ha tenido un accidente.
Ven rápido.
Hay que llevarlo al hospital.»

No me ha dado más detalles, solo esas palabras que han despertado en mí el terror más profundo que jamás he sentido. La distancia entre mi casa y la casa de mis padres, donde hoy se ha quedado a dormir mi hijo, se me ha hecho eterna. Siento cómo el frío aire de la noche corta mi piel al bajar del coche de Elliot, pero no es nada comparado con el frío que me invade. El corazón me late desbocado en el pecho, mientras corro hacia la puerta. Mis manos tiemblan cuando intento abrirla, pero no puedo, está cerrada. Golpeo con fuerza, desesperada.

—¡Mamá! ¡Papá! —grito, esperando a que me escuchen y me abran.

Pero no hay respuesta. Un silencio inquietante me rodea. Mis pensamientos van a mil por hora, tratando de entender qué está pasando. ¿Por qué no hay nadie? ¿Dónde están? Y lo más importante, ¿dónde está Jamie?

Me giro para mirar a mi alrededor y es entonces cuando lo veo. Boyd. Pero…¿y Elliot?

—¡¡Elliooooooot!! —grito, pero no me responde.

—No hace falta que grites, porque no te va a contestar —me responde Boyd con una risa que me provoca un escalofrío.

Entonces, a sus pies veo a Elliot tumbado boca abajo en el suelo.

—¿Qué le has hecho? —pregunto corriendo hacia él.

—Solo lo que merece…

—Pero ¿por qué?

—Todo esto es culpa tuya —sisea—. Me hiciste creer que podíamos ser felices juntos, que teníamos un futuro. Pero lo arruinaste, lo tiraste todo por la borda.

Y en ese momento, me coge en brazos a la fuerza y me lleva hasta su *pick-up*. No puedo respirar, porque me tapa la boca con la mano. Trato de gritar para decirle que me suelte, pero soy incapaz de liberarme de su férreo agarre. Mi respiración está tan agitada, que no puedo ni respirar por la nariz.

—¿Dónde está Jamie? —grito en un instante en que me libera la boca para atarme las manos a la espalda. Pero Boyd no me responde —¡¡Elliooooot!! —grito con desesperación.

—No te va a responder, así que cállate —me ordena con un tono seco que me hiela la sangre.

Cuando intenta atarme las piernas le doy patadas para que no lo haga.

—¡Estate quieta! —me ruge, pero lejos de hacerle caso, continúo moviéndome.

Necesito escapar de aquí e ir a buscar a Jamie y ayudar a Elliot. ¿Qué le habrá hecho?

En ese momento siento el puño de hierro de Boyd clavándose en mi estómago y me deja sin aire. Boqueo como un pez fuera del agua, mientras me inmoviliza las piernas y después me pone una mordaza en la boca. Tengo la sensación de que me estoy asfixiando y que, en cualquier momento, mi intento de llenar mis pulmones de oxígeno será el último.

Cuando me tiene totalmente inmovilizada en la parte descubierta de la *pick-up*, me cubre por completo con una manta. La oscuridad del coche me envuelve, y las lágrimas comienzan a correr por mi cara, mientras escucho el sonido de la puerta del conductor abrirse y cerrarse. El motor arranca con un rugido y noto el coche se pone en marcha a toda velocidad. Mi cabeza es un caos de miedo y desesperación. No sé dónde está mi hijo, ni qué le ha sucedido. Elliot está herido, tal vez muriéndose y yo estoy aquí, amordazada y sin saber dónde me lleva. Trato de mantener la calma y pensar en una manera de escapar, pero Boyd está fuera de control. Si ha sido capaz de darme un puñetazo, ¿qué será lo próximo?Me incorporo y me quito como puedo la pesada manta que me cubre y veo cómo las luces del pueblo comienzan a desvanecerse a lo lejos, mientras nos dirigimos hacia las montañas. El paisaje que una vez me pareció hermoso ahora se convierte en el escenario de esta pesadilla. La *pick-up* se adentra por un camino oscuro, rodeado de árboles que parecen cerrarse sobre nosotros, y siento que el pánico en mi interior crece hasta el punto de ahogarme.

Finalmente, después de no sé cuánto rato, Boyd detiene el coche bruscamente y me arrastra fuera. Intento luchar, pero estoy agotada, asustada y dolorida, y sé que no puedo hacer nada para detenerlo. Me toma en brazos y me lleva entre la oscuridad hasta una cabaña, pequeña y vieja. Me empuja dentro y cierra la puerta tras de sí. Me muevo con dificultad y entro cómo puedo. El interior es oscuro, frío y tiene un olor a humedad que me revuelve el estómago.

—¿Te gusta nuestro nidito de amor? —me pregunta con un tono de voz bajo y lleno de una calma que me aterroriza aún más—. Aquí puedes gritar, nadie te va a oír, ni va a venir a ayudarte.

La desesperación se apodera de mí, y las lágrimas comienzan a caer de manera incontrolable por mi cara. Pienso en Jamie y en lo que estará haciendo ahora, si estará bien y en Elliot, ¿está vivo? Trato de mantener la calma y de no dejar que el miedo me paralice, pero es imposible. Estoy aterrorizada.

—Por favor, Boyd —digo con la boca aún tapada.

—No te entiendo —me responde con sarcasmo y en ese momento me arranca la mordaza y puedo, al fin, coger aire.

—Deja que me vaya, por favor —suplico con la voz rota y la garganta seca.

Pero sus ojos, fríos y vacíos, me dicen que no me está escuchando. Estoy desesperada.

Mientras observo a Boyd moviéndose por la cabaña y preparándose para pasar la noche, sé que tengo que encontrar una manera de escapar. No puedo quedarme aquí, no puedo dejar que esto sea mi final. Por Jamie, por Elliot y por mí misma, tengo que ser fuerte.

Capítulo 18
Elliot

El dolor es lo primero que siento. Me tambaleo hacia mi coche para apoyarme pero me caigo al suelo. Siento la calidez de la sangre empapando mi ropa y sé que tengo que mantenerme consciente. Pero tengo sueño, mucho. Oigo a Hollie gritar, quiero girarme para ver qué le pasa, pero no puedo. Tengo mucho sueño.

Cada segundo que pasa es una eternidad, y mi visión comienza a nublarse. Finalmente, escucho pasos y una voz que parece venir de muy lejos, pero que no entiendo.

—¿Elliot? —escucho ahora una voz desconocida, entreabro los ojos y me ciega la luz de una linterna.

—Hollie… —balbuceo, sintiendo cómo las palabras se desvanecen en mi garganta—. Jamie… ¿Jamie está bien?

Veo que es la madre de Hollie, que con gesto aterrorizado asiente frenéticamente, y su esposo, que aparece tras ella, se mueve rápidamente poniéndose de rodillas a mi lado.

—Llama a una ambulancia —le ruega la madre al padre, que me mira aterrorizado.

—¿Dónde está Hollie? —me pregunta él ahora, mientras marca el número en su teléfono.

Tengo mucho sueño y todo se vuelve oscuro de repente.

Me despierto en un lugar extraño, el aire huele a desinfectante y la luz es demasiado brillante. Parpadeo, tratando de enfocar la vista, pero la luz me ciega. Con los párpados entreabiertos observo a mi alrededor y, poco a poco, reconozco dónde me encuentro. Estoy en un hospital. Intento moverme, pero un dolor punzante en el costado me detiene.

—Elliot, no te muevas, por favor —me dice una voz suave de mujer a mi lado. Me giro para mirarla y siento un gran dolor en la parte posterior de la cabeza— Tranquilo, enseguida acabo —me advierte, mientras la observo. Por cómo va vestida, adivino que debe ser una enfermera.

—¿Dónde estoy? —pregunto con la boca pastosa y la garganta seca.

—Estás en el hospital de Edimburgo. Te han tenido que hacer una sutura en el costado, pero por suerte la herida es superficial. No ha tocado ningún órgano importante. En el golpe de la cabeza no hemos tenido que dar puntos, por suerte —me cuenta colocándome las almohadas para asegurarse de que estoy cómodo.

Asiento lentamente tratando de recordar lo que me ha sucedido. Pero lo único de lo que logro acordarme es de cómo Hollie corría al bajar del coche y que yo iba tras ella, pero de repente noté un gran golpe en la cabeza, que me hizo caer al suelo, y poco después un dolor

inmenso en el costado.

—¿Hollie…? —es lo único que consigo decir invadido por la angustia.

—La policía está trabajando para encontrarla cuanto antes—responde la enfermera intentando calmarme.

—¿Jamie?

—¿Quién es Jamie? —me pregunta ahora mirándome a los ojos.

—El hijo de Hollie —balbuceo.

—Supongo que debe ser el crío que vino con el matrimonio que te acompañó hasta urgencias.

—Sí-sí…—asiento, aunque en ese instante el dolor del golpe de la cabeza me atraviesa el cráneo.

—Tranquilo, no te muevas mucho, por favor —me ruega—. El crío está bien, no te preocupes. Ahora estate tranquilo y descansa, aquí estás a salvo —me advierte la enfermera.

¿A salvo? ¿De qué? ¿De quién?

Después de lo que parecen horas, la puerta de la habitación se abre y entra un hombre vestido de policía con gesto serio.

—Señor MacTavish, soy el inspector McGregor. Estamos al tanto de la situación y estamos haciendo todo lo posible para encontrar a la señorita Campbell.

—¿Hacer todo lo posible? —repito en un susurro lleno de rabia contenida—. No, tienen que encontrarla, ya —le digo alzando cuanto puedo la voz, aunque al instante noto una punzada de dolor en el costado, que me deja sin aire.

—Entendemos su preocupación y estamos utilizando todos los recursos que tenemos a nuestra disposición. —El inspector se acerca a mí en un intento de tranquilizarme—. Pero necesito que confíe en nosotros. Haremos todo lo que esté en nuestras manos para traerla de vuelta sana y salva.

—¿Cómo puedo ayudar? —pregunto, intentando incorporarme, pero el dolor en el costado me obliga a tumbarme de nuevo.

El inspector parece dudar, consciente de mis heridas, pero también de la determinación en mis ojos.

—En este momento, lo mejor que puede hacer es descansar y dejar que nosotros nos encarguemos del resto. Le mantendremos informado de cualquiera de nuestros avances.

No es suficiente. Sé que no lo es. Necesito más que tener información; necesito actuar, estar en el terreno, hacer todo lo posible por encontrarla y hacerlo cuanto antes.

—Inspector, no me voy a quedar aquí esperando de brazos cruzados —le digo con la voz firme a pesar del dolor.

El inspector me mira, evaluando la situación. Finalmente, asiente con lentitud.

—Le mantendré al tanto, señor MacTavish. Pero necesito que descanse por ahora. Solo así podrá ayudarnos cuando llegue el momento.

No estoy satisfecho, pero sé que, por ahora, no tengo otra opción. Me recuesto de nuevo, sintiendo cómo la frustración se acumula dentro de mí. Cada segundo que pasa en el que Hollie está desaparecida, es una tortura para mí. Por suerte, Jamie está sano y salvo con sus abuelos.

Después de que el inspector se marche, cierro los ojos e intento concentrarme. Me esfuerzo por recordar algún detalle, pero no lo consigo. Pero si algo tengo claro, es que no puedo

seguir esperando y no hacer nada para encontrar a Hollie cuanto antes. Así que intento salir de la cama, pero el esfuerzo es en vano, porque mi cuerpo se niega a cooperar. Maldigo en voz baja, frustrado por la impotencia de no poder moverme. Tengo que ser más fuerte que esto. Hollie me necesita.

En medio de la lucha por levantarme, la puerta de la habitación se abre de nuevo. Es la madre de Hollie, con el rostro cansado y lleno de preocupación. Se acerca y toma mi mano con los ojos llenos de lágrimas.

—Elliot, por favor, no te muevas, te vas a hacer daño. La policía está buscando a Hollie y confiamos en que harán todo lo posible para encontrarla.

—Lo sé, pero… —mi voz se quiebra, incapaz de expresar todo el miedo y la culpa que me devoran por dentro.

—Eres fuerte, Elliot —dice con suavidad—. Hollie también lo es. Y sé que hará todo lo posible para regresar con nosotros. Pero ahora, lo mejor que puedes hacer es cuidar de ti, para poder ayudar cuando llegue el momento.

Sus palabras, aunque reconfortantes, no disminuyen la impotencia que me invade. Pero sé que tiene razón. Si quiero estar en condiciones para ayudar a Hollie, necesito recuperarme. Con un suspiro pesado, acepto lo inevitable. Pero mientras me recuesto, con el dolor y la preocupación invadiéndome, no puedo dejar de pensar en ella y en el miedo que debe estar sintiendo.

Las horas pasan lentas y cada segundo me recuerda la impotencia que siento. Pero en mi cabeza, no dejo de planear, ni de pensar en lo que debo hacer cuando finalmente pueda salir de esta cama. No importa lo que me cueste, ni tampoco cuánto tiempo me tome, encontraré a Hollie. Además, me prometo a mí mismo que, cuando la encuentre, haré todo lo que esté en mi poder para protegerla, y asegurarme de que nunca más vuelva a estar en peligro. Y mientras la noche da paso a la madrugada, esa promesa se convierte en mi única razón para seguir adelante.

Capítulo 19
Hollie

El aire frío de la montaña se cuela por las rendijas de la vieja cabaña. Me duelen los tobillos y las muñecas por cómo Boyd me ha apretado las cuerdas para inmovilizarme. Supongo que esta cabaña, donde me tiene escondida, debe estar en un rincón olvidado en las montañas, donde nadie puede escucharme, aunque grite con todas mis fuerzas, supongo que por eso debe haberme liberado de la mordaza. El suelo es de madera vieja y las paredes están llenas de moho y grietas. Me ha atado a una viga de madera oscura y fuerte que hay en medio de la única estancia que parece que tiene esta cabaña. Me ha encadenado con una cadena gruesa, oxidada en algunas partes, y la ha agarrado alrededor de la viga antes de asegurármela al tobillo. El sonido del metal contra el metal me hace estremecer. Boyd no ha dejado nada al azar; me ha quitado el teléfono y lo ha lanzado al otro lado de la habitación, donde se ha estrellado contra la pared y se ha roto en mil pedazos. No tengo manera de pedir ayuda. Estoy sola.

—Ahí lo tienes —me ha gritado después de romper mi teléfono—. No quiero que te hagas ilusiones. Nadie va a venir a salvarte.

Sus palabras me golpean con la fuerza de un puñetazo, pero no he permitido que él vea el miedo en mis ojos. No le pienso dar esa satisfacción. En cambio, he mantenido mi mirada fija en la suya, sacando fuerzas de donde ya no me quedan.

—¿Por qué? —es lo único que he sido capaz de balbucear.

—¿Por qué? —repite, como si estuviera sorprendido de que no lo entienda—. Porque no podía soportar verte con él. Porque tú eres mía, Hollie. Mía y nadie más te tendrá.

Sus palabras son como veneno y están llenas de una posesividad que nunca he visto en él. Este no es el Boyd que conocí, entonces parecía ser un buen hombre. Ahora es alguien podrido y consumido por la envidia y la amargura.

—Tendrás agua y comida, pero no te hagas ilusiones de que vaya a ser amable contigo —dice, mientras señala un cubo en una esquina de la cabaña—. Eso es lo único que vas a tener. No intentes escapar, porque no llegarías demasiado lejos.

Y con eso, se marcha, cerrando la puerta de la cabaña con un estruendo que retumba con fuerza dentro de mi cabeza. El sonido del cerrojo deslizándose es una confirmación de que estoy sola y atrapada. Es en ese momento, en el que las lágrimas finalmente comienzan a rodar por mis mejillas sin freno.

El tiempo pasa lentamente e intento pensar en una manera de salir de aquí, aunque sé que las opciones son pocas. Estoy atada, encadenada y cada movimiento que hago solo me sirve para recordarme lo débil que estoy. Siento el metal de la cadena mordiéndome la piel y dejándome marcas que seguramente se convertirán en moretones. Pero no puedo rendirme. No puedo dejar que el miedo me consuma por completo. Pienso en Jamie, en su sonrisa y en sus

pequeños brazos rodeándome cuando me dice que me quiere. Y también pienso en Elliot y sé que él vendrá por mí, que hará todo lo posible por encontrarme. Pero debo aguantar. Tengo que darle tiempo.

El frío se cuela por las rendijas de la cabaña y mi cuerpo tiembla involuntariamente. No tengo nada para abrigarme y el suelo de madera está helado bajo mis pies descalzos. Mis músculos se tensan, intentando generar calor, pero es inútil. El frío es otro enemigo más en esta situación desesperada. Intento liberarme, tirando de la cadena, buscando algún punto débil, pero no me sirve de nada. Las lágrimas vuelven a brotar de mis ojos, mientras la desesperación me invade. Pero no puedo rendirme, no todavía. Me seco las lágrimas con la manga de mi jersey y lanzo un hondo suspiro entre sollozos. El miedo, que me ha mantenido alerta durante horas, empieza a ceder ante el agotamiento. Siento los párpados pesados, pero sé que no puedo permitirme dormir. No en estas condiciones. El silencio de la noche es inquietante. Los ruidos de la cabaña vieja, el crujido de la madera y el susurro del viento entre los árboles, me ponen en alerta. Cada sonido podría ser Boyd que regresa y eso me atemoriza.

En algún momento de la noche, el cansancio finalmente me vence. Mi cuerpo se rinde al sueño, aunque mi cabeza sigue buscando soluciones incluso mientras me deslizo en la inconsciencia. Me despierto sobresaltada con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho. No sé cuánto tiempo ha pasado, pero el frío es más intenso. Me duelen los huesos por la rigidez que me obligan a mantener las pesadas cadenas. La cabaña sigue en silencio, porque Boyd aún no ha regresado. Así que aprovecho su ausencia para empezar a examinar la viga a la que estoy encadenada, buscando algún punto débil. Mis dedos recorren la superficie rugosa de la madera, y finalmente, siento una pequeña astilla que sobresale. Es apenas perceptible, pero podría usarla para algo. No es mucho, pero ahora mismo es todo lo que tengo. Con cuidado, comienzo a frotar la cuerda que ata mis muñecas contra la astilla, usando lo poco afilado que está para intentar cortarla. El proceso es lento y doloroso. Cada vez que la cuerda se desliza, roza mi piel y me provoca un rastro de ardor. Pero no me detengo. No puedo permitirme detenerme. Me concentro en la tarea, bloqueando el dolor, el miedo y todo lo demás. En este momento, solo existe la cuerda, la astilla y mi determinación de liberarme. Pienso en Jamie, en su risa y en las ganas de abrazarle y saber si está bien. Pienso en Elliot y en cómo me ha hecho sentir segura y amada. No puedo fallarles.

Finalmente, después de lo que parecen horas, siento que la cuerda comienza a ceder. Es un pequeño avance, pero es suficiente para darme esperanza. Sigo frotando, ignorando el dolor que se extiende por mis muñecas, el hambre que ruge en mi estómago y el frío que me congela hasta los huesos. Sigo adelante, porque no tengo otra opción. De repente, la puerta de la cabaña se abre de golpe y mi corazón se detiene. Boyd ha regresado. El pánico se apodera de mí, y antes de que pueda ocultar lo que estaba haciendo, él ya está sobre mí con su gesto deformado por la furia.

—¿Intentando escapar? —gruñe y su mano se cierra alrededor de mi cuello, levantándome del suelo con una fuerza brutal.

El miedo me paraliza, pero en lo más profundo de mí, la lucha sigue viva. No me voy a dejar vencer por él. Ni ahora ni nunca.

Boyd me lanza al suelo con desprecio, y la esperanza que había comenzado a crecer en mi interior se desvanece. La cuerda aún está intacta, pero la astilla ha desaparecido, perdida en algún rincón de la cabaña. El frío, el dolor y el miedo vuelven a caer sobre mí como una losa. Pero mientras Boyd me grita y me recuerda lo indefensa que estoy, mi cabeza se aferra a una cosa, a un solo pensamiento: no puedo rendirme. No importa lo desesperada que sea la situación,

no puedo rendirme. Elliot vendrá a por mí cuando se recupere. Lo sé. Lo siento en lo más profundo de mi ser. Pero hasta que llegue, tengo que sobrevivir. Tengo que mantenerme fuerte, porque sé que, en algún lugar, en algún momento, encontraré la forma de escapar de esta pesadilla.

Capítulo 20
Elliot

La niebla envuelve Farland, haciendo que las calles parezcan más vacías y sombrías de lo habitual. Pero no es solo el clima lo que me hace sentir mal, sino es la angustia de no saber dónde está Hollie lo que me consume.

Boyd ha esparcido rumores que me ponen en el punto de mira de la desaparición de Hollie. Va diciendo por el pueblo, que Malcom Oil, una empresa que es competencia directa de la mía, es quien ha hecho desaparecer a Hollie, algo que no tiene ni pies ni cabeza. Sin embargo, las mentiras han echado raíces y algunos me miran con recelo y otros susurran a mis espaldas, lo que solo logra desesperarme aún más. Pero no tengo tiempo para preocuparme por lo que piensen los demás. Cada segundo que pasa es un segundo más en el que Hollie sigue desaparecida y eso es algo que no puedo soportar. La necesidad de actuar, me quema por dentro. No puedo quedarme quieto, ni permitirme ser pasivo mientras ella está en peligro, pese a que aún estoy convaleciente, pero no me importa.

Mis sospechas de que Boyd tiene algo que ver con la desaparición de Hollie se confirman con cada paso que doy. Los detalles comienzan a encajar como piezas de un rompecabezas oscuro y retorcido. Estoy convencida de que Boyd ha planeado todo esto, ha utilizado la situación para su beneficio, sabiendo que la culpa recaería sobre mí. Y mientras tanto, él se esconde, sabiendo que la policía y el pueblo miran en la dirección equivocada. Sin duda, Boyd ha demostrado ser más astuto de lo que pensaba y, si quiero rescatarla, tendré que hacerlo a mi manera. Así que utilizo cada contacto y recurso que tengo a mi disposición. Los años en los que he vivido en Estados Unidos me han dado una red de personas con habilidades únicas, gente que sabe moverse en las sombras y que puede encontrar lo que otros no pueden. Llamo a Ben Walsh, un viejo conocido, alguien que solía trabajar para agencias de inteligencia, y que ahora está retirado y le explico la situación, dejándole claro lo que está en juego. Él entiende lo que le cuento y, sin hacer preguntas, comienza a trabajar para ayudarme.

Las horas pasan con una lentitud exasperante. Cada segundo sin noticias de ella es un tormento. Camino de un lado a otro en mi despacho con el teléfono en la mano, esperando una llamada, un mensaje, cualquier cosa que me dé una pista sobre el paradero de Hollie. La presión en mi pecho se intensifica, el miedo y la impotencia se mezclan en un torbellino de emociones que apenas puedo controlar. Finalmente, el teléfono vibra en mi mano. Al instante mi mirada se clava en la pantalla y veo que es el mensaje que he estado esperando. Según me dice Walsh, Boyd sacó dinero en un cajero automático en Yellowfar, un pueblo no muy lejos de aquí. Sin duda, es una pista muy pobre, pero, al menos, tengo algo. Corro hacia mi coche y acelero hacia Yellowfar. La carretera es un desierto de asfalto que serpentea entre colinas y campos, pero mi mente está enfocada solo en un objetivo: encontrar a Hollie. La furia y la desesperación me

impulsan y, al mismo tiempo, la incertidumbre sobre lo que encontraré me aterroriza.

Yellowfar es pequeño, mucho más de lo que imaginaba, apenas tiene unas pocas calles con casas que parecen sacadas del pasado. Estaciono el coche en un lugar discreto y comienzo a preguntar. Acabo en la estación de tren, un lugar de paso, de pasos que se cruzan y se pierden, ideal para alguien que quiere desaparecer. La mujer en la taquilla recuerda a Boyd, por lo visto compró un billete, pero no recuerda hacia dónde.

—Pasa demasiada gente por aquí, lo siento —me dice la taquillera ajustándose las gafas de cerca.

—De acuerdo, gracias. Si recuerda, algo, por favor llámeme a este número —le digo dándole un billete de tren usado, donde he apuntado mi número de teléfono.

Lanzo un resoplido desesperado y regreso al coche.

¿Qué hago ahora?

Capítulo 21
Hollie

El frío en la cabaña es constante, como un manto gélido que no me suelta y que se aferra a mi piel como una segunda capa. Mis músculos están rígidos, doloridos por la posición en la que me encuentro encadenada a esta viga que no me deja moverme. Cada movimiento que intento hacer es una lucha contra el metal que muerde mi piel, dejándome marcas que sé que se quedarán ahí por mucho tiempo, incluso si logro salir de aquí.

Respiro con dificultad y siento la garganta seca y dolorida de tanto gritar. No sé cuánto tiempo he pasado chillando pidiendo ayuda, pero el silencio ha sido la única respuesta que he recibido. Hago otro intento por soltarme, tirando de las cadenas con lo poco que me queda de energía. Mis muñecas están hinchadas y siento la piel en carne viva por el roce constante del metal y de las cuerdas. Un gemido de dolor escapa de mis labios, pero intento una y otra vez liberarme, aunque sé que es inútil. Las cadenas están demasiado apretadas y mi cuerpo, agotado por el hambre y el miedo, no responde como debería. Finalmente, con un grito de frustración, que apenas sale de mi garganta, dejo caer la cabeza contra la viga. Mis pensamientos se entrelazan en un torbellino de desesperación y fatiga y, por un momento, la idea de rendirme aparece dentro de mi cabeza. Pero algo en mi interior se niega a aceptar esa posibilidad. No puedo rendirme.

Cierro los ojos, dejando que las lágrimas corran por mis mejillas sin oponer resistencia. He intentado estar fuerte y mantener la calma, pero aquí, en la oscuridad, rodeada de la crueldad de Boyd, es difícil. La soledad me envuelve y el frío me atraviesa hasta los huesos recordándome lo vulnerable que soy en este momento.

Pero entonces, en medio de esa oscuridad, aparece la imagen de Elliot. Puedo verlo de forma clara en mi mente, con su gesto serio y los ojos llenos de una intensidad, que siempre me ha hecho sentir segura. Y aunque las circunstancias que me rodean ahora parecen imposibles, me aferro a esa imagen como si fuera la única luz en esta noche interminable. Sé que él me buscará. No importa lo lejos que esté, ni lo peligroso que sea el camino, sé que Elliot no descansará hasta encontrarme. Esa certeza es lo único que me mantiene en pie, la única razón por la que sigo luchando contra las cadenas y la desesperación que amenazan con consumirme.

De repentee, escucho el crujido de la puerta al abrirse. Me quedo inmóvil para no alertar a Boyd, porque sé que es él incluso antes de verlo. No levanto la cabeza. No quiero mirarlo, ni darle la satisfacción de que vea el miedo en mis ojos. Pero lo siento acercarse, noto su aliento en mi rostro cuando se inclina sobre mí y sus ojos recorren mi cuerpo con una mezcla de odio y posesión, que me revuelve el estómago.

—¿Sigues intentando escapar? —se burla en un susurro.

No respondo. No tengo suficiente energía y sé que cualquier cosa que diga solo lo

incitará a ser más cruel. Durante el tiempo que llevo aquí encerrada, he aprendido a guardar silencio y a no darle más poder del que ya tiene.

—¿Crees que él vendrá a por ti? —insiste, con una sonrisa que puedo sentir, aunque no la vea—. ¿Crees que Elliot arriesgará todo por alguien como tú?

Esas palabras son como un cuchillo en mi pecho, pero me niego a dejar que me afecten. Boyd no sabe nada de nosotros. No puede comprender lo que somos el uno para el otro. Y aunque intenta romperme y hacerme perder la esperanza, no pienso dejarme vencer.

Finalmente, se aleja, aparentemente aburrido de que no le responda. Escucho cómo se alejan sus pasos y el crujido de la puerta al cerrarse de nuevo y cómo el silencio vuelve a apoderarse de la cabaña.

Las horas pasan lentamente y aunque mi cuerpo está al borde del colapso, mi mente se aferra a la esperanza de que Elliot venga y me saque de aquí. Cada ruido que escucho desde el exterior y cada crujido del viento entre los árboles, lo interpreto como una señal. Tal vez sea él, tal vez ya esté cerca.

Finalmente, el cansancio me vence y se me cierran los ojos, aunque mi mente continúa luchando, buscando una salida y una manera de sobrevivir. No sé cuánto tiempo pasa, pero en algún momento, me despierto con un sobresalto. Escucho un ruido afuera. Algo diferente, algo que no es el viento, ni el crujido de la madera de la cabaña. Me quedo quieta, conteniendo la respiración para intentar escuchar mejor. Mis sentidos se agudizan, esperando algo, cualquier cosa. Entonces lo escucho de nuevo. Un movimiento suave, un paso, algo que me dice que no estoy sola.

¿Podría ser él?

¿Podría Elliot haber venido a rescatarme?

Capítulo 22
Elliot

Llevo días siguiéndole la pista de cerca a Boyd. Esta noche he decidido esconderme en la parte trasera de su *pick-up* y convertirme en su sombra. Cuando me subo al automóvil y me escondo entre las mantas viejas, siento cómo el dolor en mi costado se intensifica cada vez que respiro, pero no me permito pensar en eso, al menos, no ahora. En este momento, mi mente solo está enfocada en una sola cosa: Hollie. Debo sacarla de las garras de Boyd, porque sé que es él quien la tiene, y nada me va a detener hasta que lo consiga. Pero por si todo sale mal, comparto mi ubicación en directo con Ben Walsh, llegado el momento él sabrá cómo ayudarme.

La *pick up* de Boyd está estacionada a pocos metros de un sendero que se interna en las montañas y que parece desaparecer en la oscuridad. El motor arranca con un rugido profundo y siento cómo la camioneta comienza a moverse. Mis músculos se tensan y siento miedo, pero no me dejo abrumar por él. Debo mantener la mente clara y estar preparado para cualquier cosa.

El camino es accidentado y cada bache me recuerda que la herida en mi costado aún es demasiado reciente. La oscuridad del paisaje de las Highlands es un muro negro que me rodea, cada minuto que pasa aumenta mi ansiedad y mi cabeza vuelve, una y otra vez, a Hollie. Finalmente, la camioneta reduce la velocidad, y siento cómo el terreno se vuelve más irregular. El vehículo se detiene con un chirrido de frenos y el motor se apaga.

Contengo la respiración, escuchando los movimientos de Boyd mientras se prepara para salir. Oigo el crujido de la puerta al abrirse y luego sus pasos pesados al alejarse. Estoy solo, en medio de las montañas, sin saber exactamente dónde estoy, pero con la certeza de que Hollie está cerca. Es ahora o nunca. Deslizo mi cuerpo hacia la parte trasera de la camioneta y me muevo de forma tan silenciosa como puedo. Las mantas se enredan en mis piernas, pero las aparto con cuidado, intentando no hacer ruido. Miro a mi alrededor, asegurándome de que Boyd no esté cerca antes de saltar de la *pick-up*. Me agacho al caer al suelo y me mantengo oculto tras el vehículo, mientras observo el entorno. Hay una cabaña justo delante de mí, es una estructura simple, de madera envejecida, que parece fusionarse con el paisaje salvaje de las Highlands. La única luz que hay dentro de ella proviene de una pequeña ventana lateral, donde la mortecina luz de una bombilla parpadea. Mi corazón late con fuerza mientras me acerco. Me detengo justo debajo de la ventana y trato de escuchar cualquier sonido que venga del interior. El silencio es inquietante, roto solo por el crujido ocasional de la madera cuando el viento la golpea. Desesperado, me asomo por la ventana con mucho cuidado y lo que veo me hiela el corazón.

Hollie está dentro, encadenada a una viga en el centro de la habitación. Su rostro está pálido y aunque no puedo verla demasiado bien desde donde estoy, sé que está débil y agotada. La ira burbujea en mis venas, mezclada con una desesperación que apenas puedo contener. Quiero entrar y arrancarle las cadenas que la mantienen atada, pero sé que debo ser cuidadoso,

porque Boyd es peligroso. Un movimiento en falso y todo podría salir mal.

Capítulo 23
Elliot

No me muevo. No puedo permitirme el lujo de hacer el más mínimo ruido y alertar a Boyd. Todo lo que puedo hacer es esperar, aunque cada segundo me parece una eternidad. Escucho su voz retumbando como un trueno dentro de la pequeña cabaña. Su voz está invadida por una rabia que apenas puede contener. Parece furioso. No soy capaz de descifrar todo lo que dice, pero las pocas palabras que entiendo son suficientes para hacerme saber que Hollie está ahí y que está aguantando su ira. Mi sangre hierve. La necesidad de irrumpir en ese lugar y detenerlo me consume, pero sé que no puedo precipitarme. Si lo hago y fallo, podría poner en peligro la vida de Hollie. Así que tengo que esperar y encontrar el momento exacto para actuar.

Finalmente, la voz de Boyd se apaga. Aunque el silencio es peor que sus gritos, porque no sé qué significa. ¿Ha dejado sola a Hollie? ¿Quizás me ha oído? La incertidumbre me carcome, pero me obligo a mantenerme quieto. No puedo arriesgarme todavía. El tiempo pasa lentamente, pero sé que debo ser paciente, esperar a que Boyd baje la guardia. Solo entonces podré moverme.

El frío es implacable, pero lo ignoro. Mi mente está enfocada, como un cuchillo listo para ser usado en el momento preciso. Hollie está adentro, y cada segundo que pasa es uno más en el que ella sufre y no puedo permitir que eso continúe. Boyd no va a ganar.

Finalmente, después de lo que me parecen horas, escucho movimiento dentro de la cabaña. Boyd hable de nuevo, pero su tono es diferente, más bajo, como si estuviera hablando para sí mismo. Me esfuerzo por escuchar y por captar cualquier palabra que pueda darme una pista sobre lo que planea. Entonces, oigo el crujido de la puerta abriéndose y mi corazón se acelera. Boyd sale de la cabaña, y lo veo acercarse a la camioneta. Se mueve con la confianza de alguien que no sabe de que está siendo observado. Lo observo con cuidado mientras revisa algo en la parte trasera de la camioneta. Quizás esté buscando algo, o simplemente asegurándose de que todo está en orden. No importa. Lo importante es que ahora sé que Hollie está sola adentro y esta es mi oportunidad. No puedo desperdiciarla.

Después de un rato, Boyd cierra la camioneta y comienza a alejarse hacia el bosque. Lo sigo con la mirada, asegurándome de que se adentra lo suficiente en la oscuridad antes de moverme. Cuando desaparece de mi vista, me deslizo fuera de mi escondite. Mido cada paso que doy. Ahora no puedo permitirme un error. La puerta de la cabaña está justo delante de mí. No puedo esperar más. Me detengo frente a la puerta y la alcanzo con la mano, que no deja de temblarme. Puedo sentir la adrenalina corriendo por mis venas, mezclándose con el miedo y la determinación. Sé que lo que está por venir no será fácil, pero no tengo otra opción. Debo entrar y salvarla.

Respiro hondo, giro el pomo y empujo la puerta, pero en ese preciso momento un

sonido me hace detenerme en seco. Es un crujido, un movimiento en la oscuridad, y mi corazón se detiene por un segundo. Me giro, pero no veo nada. Estoy a punto de enfrentarme a algo que no esperaba. Pero no importa. Hollie está adentro, y pase lo que pase, la sacaré de aquí.

Capítulo 24
Elliot

Abro la puerta con sigilo y entro en la cabaña. El aire es denso, estácargado con el olor a madera quemada y humedad, pero lo que me golpea de inmediato es la imagen que tengo frente a mí de Hollie.

Está encadenada, débil y cubierta de suciedad. Tiene el pelo hecho una maraña, la piel pálida y cuando me mira veo en sus ojos una mezcla de alivio y de dolor que me parte el alma. Aunque me da igual, lo único que me importa es que está viva.

—Hollie —susurro con la voz temblorosa.

Ella dibuja una débil sonrisa con sus labios cuarteados y resecos. Su estado es deplorable y mis manos tiemblan mientras intento soltar las cuerdas y las cadenas que la sujetan. El metal está gélido al tacto y mis dedos, entumecidos por el frío, luchan por encontrar la forma de deshacer los nudos. Hollie me observa en silencio, con la respiración entrecortada, pero sus ojos, aunque cansados, están llenos de una determinación que me inspira a seguir.

—Lo siento—murmura con voz ronca y en apenas un susurro.

—No te disculpes —le respondo con más firmeza de lo que siento siento—. Ahora tengo que sacarte de a ti.

Finalmente, la última cadena cede y Hollie se desploma en mis brazos. La sostengo con cuidado, sintiendo lo frágil que está.

—Vamos, tenemos que salir de aquí cuanto antes —le susurro, ayudándola a ponerse de pie. Sus piernas tiemblan y puedo ver el esfuerzo que le cuesta mantenerse sobre ellas, pero no se rinde.

Mientras nos dirigimos hacia la puerta, escuchamos un ruido afuera que nos detiene en seco. Parece que Boyd regresa.

—¡Joder! —murmuro entre dientes, mirando desesperadamente a mi alrededor, buscando una forma de escapar antes de que sea demasiado tarde. Pero es inútil. El sonido de las botas de Boyd en el suelo helado se hace más fuerte. No hay tiempo para huir, ni lugar donde escondernos.

—Hollie, escóndete —le digo, intentando mantener la calma en mi voz—. Hazlo ahora —. Ella me mira con miedo y asiente. Se arrastra como puede hacia un rincón oscuro de la cabaña intentando no hacer ruido.

La puerta se abre de golpe y Boyd entra inmediatamente con la mirada en mí. Su sorpresa es evidente, pero dura solo un segundo. Rápidamente, la furia reemplaza la sorpresa, y sé que estoy en serios problemas.

—Elliot —gruñe con odio—. ¿Crees que te la vas a llevar?

No le respondo y logro esquivar el primer golpe enfurecido que me lanza. El siguiente

golpe lo bloqueo con dificultad, sintiendo el impacto en uno de mis brazos. El dolor en mi costado se intensifica, pero lo ignoro. Ahora no puedo flaquear, Hollie depende por completo de mí. Boyd sostiene una navaja con firmeza y dibuja una sonrisa torcida en su boca. Sabe que tiene ventaja sobre mí y está dispuesto a utilizarla.

—Sabes, Elliot —dice con voz áspera y llena de veneno—, todo esto podría haberse evitado si hubieras sido más listo y hubieras dejado las cosas como estaban.

No respondo y continúo con la mirada clavada en la navaja y en el brillo amenazante del acero bajo la luz mortecina de la bombilla que ilumina la cabaña. Mi mente trabaja a toda velocidad, buscando una manera de desarmarlo y poner fin a esto de una vez por todas. Boyd da un paso hacia adelante y automáticamente retrocedo. Para mantener la distancia entre nosotros.

—Podría matarte ahora mismo —me escupe con malicia— y después expondría la red de corrupción que tu padre ha mantenido oculta durante tanto tiempo. ¿Crees que el negocio de los MacTavish sobreviviría a eso? ¿Y el pueblo?

Cada palabra es una puñalada más profunda en medio de mi pecho. No puedo dejar que me manipule, no voy a retroceder. Las palabras de Boyd son un veneno que se infiltra en mi mente, sembrando dudas y temores.

—No me importa lo que digas, Boyd —digo con firmeza clavando mis ojos en los suyos—. No voy a dejar que te salgas con la tuya.

El rostro de Boyd se contorsiona en una mueca de odio y, sin previo aviso, se lanza hacia mí con la navaja. El movimiento es rápido y preciso, y apenas tengo tiempo para reaccionar. Me muevo instintivamente, bloqueando el ataque con mi brazo, pero el dolor es inmediato y abrasador. Siento el filo del metal cortando mi piel y la calidez de la sangre que corre, pero no puedo detenerme. No puedo dejar que gane. Hollie, a pesar de su debilidad, intenta intervenir, pero apenas tiene fuerzas. Su grito de advertencia es lo único que me salva cuando Boyd intenta atacarme de nuevo. Esta vez, estoy preparado. En un giro desesperado y logro desarmarlo haciendo que la navaja salga volando por la cabaña mientras Boyd cae al suelo. El silencio que sigue es ensordecedor, roto solo por la respiración pesada de ambos. Estoy encima de él, inmovilizándolo con todo el peso de mi cuerpo.

—Esto se acaba aquí —gruño entre dientes dejando caer todo mi peso sobre él para mantenerlo en el suelo.

Boyd se retuerce, pero sabe que ha perdido. En sus ojos, veo la resignación y el reconocimiento de que no hay escapatoria. Pero justo cuando creo que todo ha terminado, el sonido de hélices en el aire capta mi atención. Miro hacia la ventana y veo unas luces iluminando la cabaña. Parece que la policía, alertada por mi localizador a Ben, ha llegado justo a tiempo.

—Elliot... —la voz de Hollie es apenas un susurro.

La puerta de la cabaña se abre de golpe y varios oficiales entran, armados y listos. Me aparto de Boyd, dejándolos hacer su trabajo, mientras me desplomo contra la pared temblando y ensangrentado. Miro a Hollie, y en sus ojos veo una mezcla de agotamiento y alivio.

—Vamos —le digo con suavidad, extendiendo mi mano hacia ella—. Vamos a casa.

Ella asiente, permitiendo que la ayude a ponerse de pie. Cuando salimos de la cabaña, el aire fresco nos envuelve y las primeras luces del amanecer asoman por el horizonte. Mientras nos llevan al helicóptero, siento que el peso que sentía en el pecho empieza a desaparecer. Hollie está a mi lado y aunque heridos y agotados, estamos al fin juntos.

Capítulo 25
Hollie

Estoy tumbada en la cama del hospital con la habitación en penumbra. A pesar del silencio que me rodea, mi cabeza no descansa, han pasado demasiadas cosas en los últimos días y continúan repitiéndose, una y otra vez, en mi mente como un bucle infinito. Por suerte, sentado a mi lado y sosteniendo mi mano con la suya tengo a Elliot, que me mira con una intensidad que me recuerda cómo han cambiado las cosas entre nosotros desde su llegada. Ahora, después de todo lo que hemos pasado y cómo se ha jugado la vida por mí, sé que no puedo seguir ocultando durante más tiempo la verdad. Elliot merece saber que Jamie es su hijo y el niño quién es su padre. Respiro hondo, tratando de encontrar las palabras adecuadas, pero todas parecen quedarse atascadas en mi garganta. No sé cómo empezar, ni cómo decirle a Elliot algo que debería haberle contado hace años. El miedo de perderlo de nuevo y de que me odie por haberle ocultado algo tan importante, me asfixia. Respiro hondo. No hay manera fácil de hacerlo, así que lo único que puedo hacer es ser honesta, directa y confiar en que será capaz de ver más allá de mi miedo

—Elliot... —le digo con la voz temblorosa y observo cómo él se inclina hacia adelante, atento, como si supiera que lo que estoy a punto de decir cambiará todo entre nosotros—. Hay algo que necesito decirte. Algo que debería haberte dicho hace mucho tiempo.

Sus ojos se oscurecen ligeramente con preocupación, pero no dice nada, solo me deja continuar.

—Jamie... —susurro y siento cómo mi corazón se acelera en mi pecho—. Jamie es tu hijo, Elliot.

Las palabras salen finalmente de entre mis labios y rompen el silencio de la habitación como un cristal que se hace añicos.

—¿Qué...? —empieza a decir, pero las palabras parecen que se le atragantan, incapaz de articular una respuesta coherente.

—Es cierto —continúo, sin poder detenerme ahora que he empezado—. Me enteré de que estaba embarazada poco después de que te fueras a Estados Unidos. Aquella noche, cuando nos prometimos que nada nos separaría, cuando hicimos el amor por primera vez... fue cuando pasó. Pero no te lo dije porque... porque no quería que renunciaras a tus sueños. No quería ser la razón por la que no alcanzaras todo lo que siempre habías deseado.

Mis lágrimas campan por mis mejillas y aunque trato de apartarlas con la mano, siguen cayendo. Elliot me mira sin articular palabra.

—No quería ser una carga —susurro con la voz rota—. Sabía cuánto significaba para ti ir a Estados Unidos, estudiar, hacer algo grande con tu vida. Y no quería que un embarazo, ni un hijo, te atara aquí... Así que decidí hacerlo sola. Con la ayuda de mis padres, crié a Jamie sin decirle a nadie quién era el padre de mi hijo.

Elliot me mira con sus ojos fijos en los míos, tratando de comprender lo que le estoy diciendo. Su mano sigue sosteniendo la mía, pero ahora puedo sentir la tensión en sus dedos, y su esfuerzo por procesar lo que acabo de contarle.

—Hollie... —me susurra de forma casi inaudible—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me dejaste decidir?

Esa es la pregunta que temía, la que sé que me merezco.

—Tenía miedo —admito con la voz rota—. Temía que te sintieras obligado a volver, a que te sintieras atrapado… No quería que me odiaras por arruinar tu vida, por arrebatarte la oportunidad que tanto te habías ganado. Pensé que estaba haciendo lo correcto, pero ahora…, ahora sé que debí confiar en ti, debí darte la oportunidad de decidir. Pero era joven, estaba asustada y en ese momento creí que era lo mejor…—levanto la mirada poco a poco hasta encontrarme con sus ojos, temiendo encontrar en ellos resentimiento e ira.

—Jamie es mi hijo... —repite en voz baja, como si aún no pudiera creerlo del todo, como si necesitara decirlo para asimilarlo—. ¿Cómo es que no lo supe?

—Porque nunca te di la oportunidad de saberlo —respondo culpable—. Me aseguré de mantenerte alejado y de que nunca supieras la verdad. Creí que estaba protegiéndote, pero ahora veo que solo estaba protegiéndome a mí misma de mis propios miedos.

Elliot respira hondo, mientras yo no dejo de temblar. No sé qué está pensando, no tengo ni idea de cómo procesará todo esto, pero sé que debo darle tiempo y espacio para digerir todo lo que le he dicho.

—Jamie se parece tanto a ti…—digo en voz baja con una pequeña sonrisa que lucha por aparecer entre las lágrimas—. Cada vez que lo miro, veo tanto de ti en él. Tu fuerza, tu determinación... incluso es tan testarudo como tú. Ha sido difícil, pero también muy bonito…

Finalmente, suelta un suspiro y se inclina hacia adelante y apoya su frente en la mía.

—Hollie, nunca podría odiarte —me susurra emocionado—. Sí, desearía haberlo sabido antes y haberlo podido vivir contigo y con él. Pero no puedo cambiar el pasado. Solo puedo prometerte, que a partir de ahora no voy a dejar que hagas esto sola nunca más.

Las lágrimas escapan de mis ojos sin poder contenerlas. No merezco la comprensión y el perdón de Elliot, pero él me los ofrece de todos modos, con una generosidad que me hace sentir más amada de lo que me he sentido en años.

—Gracias, Elliot —susurro con la voz rota—. Gracias por no odiarme y por ser capaz de ponerte en mi lugar y entenderme.

—No hay nada que entender—dice—. Somos una familia, siempre lo hemos sido, aunque no lo supiéramos. Y ahora que lo sé, no voy a permitir que nada, ni nadie vuelva a separarnos.

Capítulo 26
Elliot

La confesión de Hollie me ha golpeado con una fuerza que no esperaba. El *shock* inicial ahora ya ha desaparecido y aunque he comprendido por qué lo hizo, en mi pecho continúa todavía una amalgama de traición, culpa y confusión. Me siento traicionado por la mujer que amo, por haberme ocultado algo tan importante. Pero más allá de la traición, está la culpa, esa pesada carga que ahora me doy cuenta de que llevo por no haber estado aquí para Jamie desde el principio. Siento una mezcla de emociones, que no me gustan, girando dentro de mí. Por un lado estoy enfadado por no haber tenido la oportunidad de estar aquí y haber sido el padre que Jamie merece y haber compartido esos primeros años con él. Pero por otro, también me siento triste porque Hollie ha tenido que cargar sola con todo para esconder la verdad por miedo a arruinar mi vida.

Cuando más perdido estoy en mis pensamientos, mi madre aparece en la puerta de mi habitación. Su rostro, normalmente sereno, está marcado por la preocupación y algo más, algo que no había notado antes: culpa.

—Elliot —su voz es suave y casi temerosa—. ¿Cómo te encuentras?

—Dolorido, pero tranquilo —le respondo apretando los labios.

—Hijo, ¿puedo hablar contigo?

Asiento, demasiado agotado para resistirme. Mi madre se acerca y toma asiento junto a mi cama, buscando mi mirada con la suya con una intensidad que no había visto en años.

—Mamá, ¿qué sucede? —Le pregunto, aunque temo la respuesta. Mi mente ya está saturada de revelaciones, y no sé estoy preparado para digerir otra más.

Suspira y baja la mirada hasta el suelo antes de volver a subirla para encontrar la mía.

—Hay algo que necesito contarte —comienza con tono grave—. Algo sobre el negocio, sobre lo que tu padre y yo hicimos... y lo que intentábamos proteger.

Mis músculos se tensan de inmediato. Las palabras *lo que hicimos* suenan como una advertencia de que lo que está a punto de decirme no será fácil de digerir.

—La corrupción en la empresa... —continúa en apenas un susurro—. No fue solo por parte de tu padre, yo también estuve involucrada.

El impacto de sus palabras me deja sin aliento.

—¿Tú...? —La incredulidad impregna mi voz, y me enderezo un poco, ignorando el dolor en mi costado—. ¿Qué hiciste, mamá?

Ella se retuerce las manos, un gesto que siempre hace cuando está nerviosa, y baja la mirada de nuevo antes de responderme.

—Todo comenzó con pequeñas cosas, Elliot. Pequeños favores, pagos para asegurar contratos... Sabía que no estaba bien, pero tu padre…, él creía que era necesario para mantener la

empresa a flote y proteger a nuestra familia. Y yo... yo lo seguí, porque quería lo mejor para ti y para todos nosotros.

Las palabras de mi madre caen como piedras sobre mí. La imagen que tenía de mis padres como personas íntegras y honestas se está desmoronando ante mí.

—¿Cómo pudiste? —murmuro, sin poder evitar que la amargura se cuele en mi voz—. ¿Cómo pudisteis justificarlo?

—Nos convencimos de que era por el bien de la familia —dice ella, y puedo ver las lágrimas asomando en sus ojos—. Creíamos que lo estábamos haciendo para protegerte y para darte un futuro mejor. Pero ahora veo que solo estábamos construyendo una mentira.

La escucho y no puedo creer cómo mi mundo, ese que creía tan sólido, se está desmoronando como un castillo de naipes.

—Hijo, entiendo que estés enfadado conmigo —continúa—. Pero tienes que saber que lo hicimos por amor. Tal vez no fue el tipo de amor que tú merecías, pero fue el único que conocíamos. Y ahora, estoy aquí para decirte la verdad, para ayudarte a desmantelar todo, si es lo que decides hacer.

Miro a mi madre y trato de reconciliar la imagen de la mujer fuerte y moralmente recta que he conocido toda mi vida con la que está sentada ahora frente a mí, llena de culpa y arrepentimiento. Quiero gritar y exigir respuestas, pero estoy demasiado cansado y dolorido para hacerlo.

—¿Por qué me cuentas esto ahora? —pregunto y mi voz sale más débil de lo que pretendo.

—Porque te lo mereces. Debes saber la verdad, incluso aunque sea dolorosa. Y porque creo que eres la única persona que puede arreglar esto. Tu padre... —vacila por un momento—, tu padre no era el hombre que tú creías. Pero tú aún puedes serlo. Puedes hacer las cosas bien y salvar lo que queda de nuestra familia.

Cierro los ojos, tratando de procesar todo lo que he escuchado en las últimas horas. Jamie es mi hijo, mi madre está involucrada en la corrupción de la empresa y mi padre... mi padre era la cabeza pensante de todo esto. Cuando abro los ojos, mi madre sigue observándome. Veo una vulnerabilidad en ella, algo a lo que no estoy acostumbrado.

—No sé qué voy a hacer—admito con sinceridad—. Todo esto... es demasiado. Solo sé una cosa: no puedo seguir viviendo en la mentira. No puedo ser parte de algo que destruye a las personas que amo.

Ella asiente mirándome con los ojos brillantes por las lágrimas que lucha por contener.

—Decidas lo que decidas, estaré a tu lado—me susurra con voz temblorosa—. Lamento haberte fallado.

—Gracias—respondo, aunque mis palabras están cargadas de una tristeza que no puedo esconder—. Ahora necesito tiempo para pensar y decidir qué hacer.

Ella asiente y se levanta para salir de la habitación, pero antes me da un suave apretón en la mano, un gesto que lleva consigo todo el amor y el arrepentimiento que no es capaz de expresar con palabras.

Capítulo 27
Elliot

Jamie se parece tanto a mí que es como si me mirase en un espejo y me viese cuando era niño. Tiene mi misma mirada y forma de arrugar la nariz cuando está concentrado en algo. No sé cómo no me di cuenta la primera vez que lo vi. A medida que paso tiempo con él, es como si esta conexión, que no sabía que existía y que ahora siento, se hace cada vez más fuerte entre nosotros. Me derrito cuando me sonríe, o cuando me cuenta alguna de sus aventuras en el pueblo, o cuando me pregunta con curiosidad sobre cosas que solo un niño puede encontrar fascinantes.

Mientras estamos sentados juntos en el jardín, me sorprendo observándolo mientras juega con una pelota. Sus movimientos son tan naturales y llenos de vida, que no puedo evitar sentir un nudo en la garganta. Es un niño increíble y cuanto más tiempo comparto con él, mi enfado, por haberme perdido todo este tiempo de estar a su lado, desaparece poco a poco y cada vez comprendo más las razones de Hollie para haberme ocultado que éramos padres. Al principio, estaba enfadado con ella por haber decidido por mí. Sentía que me había robado estos años con mi hijo que no voy a recuperar nunca. Pero ahora, mientras veo a Jamie reírse, comprendo que Hollie no actuó por maldad ni por egoísmo. Lo hizo porque creía que era lo mejor, porque quería protegerme y deseaba que cumpliera mis sueños sin sentirme atrapado. Sin duda, me duele haberme perdido esa parte de a vida de mi hijo, pero también me hace darme cuenta de todo lo que Hollie ha sacrificado para que yo haya podido tener la vida que siempre había deseado.

—¡Papá, mira esto! —exclama, y aunque la palabra *papá* aún me suena como algo que no me pertenece, no puedo evitar sentir un calor en el pecho cada vez que la oigo de sus labios.

—A ver… —respondo mientras me muestra un truco con la pelota— ¡Qué pasada!

Me río y lo levanto en brazos, mientras él se ríe a carcajadas. Es en estos momentos, en estos pequeños instantes de felicidad pura, cuando me doy cuenta de que no importa lo que haya pasado antes, lo único que importa ahora es estar aquí para él.

Poco después de llegar a casa, mi madre me visita por sorpresa. Cuando me da un beso a modo de saludo, observo cómo sus ojos buscan los míos, y veo en ellos el reflejo de la culpa que ha estado cargando desde que me confesó su participación en la corrupción de la empresa. Pero también veo algo más, algo que no había visto antes. Me parece entrever su disposición a hacer frente a las consecuencias de sus acciones.

Nos sentamos juntos en el sofá en silencio, aunque no estoy incómodo, porque siento que este es el tipo de silencio que precede a una conversación importante.

—Mamá, he estado pensando mucho en lo que me dijiste —comienzo a media voz

acabando con ese silencio. Mi madre con las manos entrelazadas en su regazo y una expresión de resignación en su rostro asiente.

—Sé que lo hiciste por amor —continúo—, y lo entiendo. Pero no puedo seguir perpetuando esos errores. No puedo seguir viviendo a la sombra de las decisiones que vosotros tomasteis para proteger a la familia del escándalo.

—Lo sé, Elliot —responde en voz baja y asiente de nuevo—. Y tienes razón. No podemos seguir viviendo en esta mentira. Tu padre y yo... cometimos errores. Pensamos que estábamos haciendo lo correcto, pero ahora veo que estábamos equivocados. Lo que construimos está contaminado y no quiero que cargues con ese peso, tú no tienes culpa de nada —escuchar lo que me acaba de decir, me hace sentir muy aliviado.

—Voy a desmantelar la red de corrupción —le digo con más firmeza de la que esperaba—. No puedo seguir con el negocio tal como está. Haré lo que sea necesario para limpiar el nombre de nuestra familia y de la empresa y empezaré a hacer las cosas bien.

Mi madre me mira, y en su mirada veo el dolor de alguien que sabe que perderá mucho, pero también el orgullo por verme tomar el camino correcto, sin importar lo difícil que sea.

— Haré lo que sea necesario para ayudarte—me responde y sé que lo dice en serio.

Nos quedamos en silencio de nuevo y, por primera vez en mucho tiempo, siento que hemos llegado a un punto que nos permitirá seguir hacia delante de la mano y con un mismo objetivo.

Capítulo 28
Elliot

Estoy sentado en una silla junto a la cama de Hollie en el hospital con la mirada fija en el paisaje más allá de la ventana, pero mis pensamientos están muy lejos de aquí. Jamie se ha quedado dormido junto a su madre. Los observo en silencio, mientras disfruto de una imagen tan bonita, aunque un torbellino de incertidumbre y nervios gira dentro de mí sin cesar.

Después de hablar con mi madre y de saber que cuento con su apoyo, tengo que empezar a desmantelar la red de corrupción y arriesgarme a perder el negocio familiar. Siento una gran lucha interna y sin poder evitarlo, mis pensamientos vuelven a mi padre. El hombre que siempre fue mi modelo a seguir, la roca en la que me apoyé durante toda mi vida. Pero ahora, al descubrir la verdad sobre sus acciones, ese pedestal, en el que siempre estuvo para mí, se ha desmoronado. Mi padre no era el hombre íntegro que siempre pensé y eso es lo que más me duele.

Recuerdo las palabras de mi madre al confesarme con sinceridad que ella también participó en ese entramado corrupto, creyendo que estaba protegiendo a nuestra familia. Eso hace que ahora la vea de una nueva manera, ahora ya no es una figura intachable, sino una persona que cometió errores y que se dejó llevar por el miedo y la desesperación en el pasado. Y aunque entiendo sus motivos, no puedo permitir que ese ciclo continúe.

—Elliot... —La voz suave de Hollie interrumpe mis pensamientos.

Vuelvo mi mirada hacia ella y me encuentro con sus bonitos ojos azules, que me miran con una mezcla de preocupación y apoyo.

—Llevas un rato muy distraído —dice en voz baja para no despertar a Jamie, que sigue dormido abrazado a ella—. ¿En qué piensas? —me pregunta entrelazando sus dedos con los míos.

—En lo que debo hacer —respondo y lanzo un hondo suspiro—. En cómo debo proceder con todo lo de la empresa. Siento que cualquier decisión que tome traerá consecuencias imprevisibles y me preocupa.

Ella asiente, entendiendo lo que estoy diciendo, porque también ha tenido que tomar decisiones difíciles en su vida, decisiones que la llevaron a criar a Jamie sola y a sacrificar tanto por mi bien.

—Sé que es difícil—dice con voz suave pero firme—, pero tienes que pensar en lo que es correcto, en lo que es mejor para ti. No puedes cargar con los errores de los demás, ni construir una vida sobre una base de mentiras.

La miro, y sé que tiene razón. No puedo permitir que mi hijo crezca en un entorno donde la verdad se manipula y se distorsiona por conveniencia. No quiero que Jamie herede un legado contaminado por la corrupción y las malas decisiones.

—Tengo que desmantelar la red de corrupción —digo, más para mí mismo que para ella—. Sé que es lo correcto, aunque eso significa arriesgarlo todo. El negocio y la reputación de mi familia podría venirse abajo y desaparecer.

Hollie aprieta mi mano.

—Pero también podrías construir algo nuevo —me recuerda—. Algo honesto y que represente lo que eres y lo que quieres. No tienes que seguir los pasos de tu padre. Puedes crear un legado propio, uno que tu hijo esté orgulloso de heredar.

Las palabras de Hollie penetran en lo más profundo de mi ser. Durante toda mi vida, he tratado de cumplir con las expectativas de mi padre, pero ahora ese camino ya no es el mío. Debo tomar el control de mi vida y de mi futuro, y construir algo que realmente refleje quién soy.

—No quiero que Jamie crezca en un entorno de mentiras —digo finalmente—. No quiero que viva con el peso de las decisiones equivocadas que tomamos los demás. Quiero darle un futuro mejor, uno que esté libre de las sombras del pasado.

—Eso es lo que un buen padre haría, Elliot —dice con voz suave, pero con convicción —. Y sé que serás el mejor padre que podría tener Jamie. De hecho, ya lo eres —me dice con una sonrisa y sus palabras son un bálsamo para mi alma.

—Voy a hacerlo —digo ahora con más seguridad—. Voy a desmantelar la red de corrupción. No importa lo que cueste, ni lo que pierda en el camino. Quiero que nuestra familia esté libre de todo esto y que podamos empezar de nuevo, sin las manchas del pasado.

—Estoy contigo. Pase lo que pase, lo haremos, pero, esta vez, de la mano —asiente con la mirada brillante.

La certeza en su voz y el amor incondicional que veo en sus ojos, me dan la fuerza que necesito para seguir adelante. Sé que no será fácil, que habrá momentos en los que parezca que todo se venga abajo, pero con ella y con Jamie podré superar cualquier obstáculo que se interponga en mi camino.

Capítulo 29
Elliot

Al salir de la ducha, miro por la ventana de mi dormitorio y veo que hoy, el día que decido acudir a las autoridades, es frío y gris, como si el clima reflejara lo que está por venir. Me visto con calma, eligiendo cada prenda con cuidado, como si estuviera armándome para una guerra que está a punto de estallar. Hollie me observa desde la cama, sus ojos me siguen, llenos de apoyo y preocupación, pero también de una confianza inquebrantable en mí. Es esa confianza la que me da la fuerza para seguir adelante.

—Estaré aquí cuando vuelvas —me dice con voz suave pero firme después de despedirnos con un beso.

Asiento, incapaz de articular todo lo que siento en ese momento. Las calles del pueblo están tranquilas, como si Farland aún no supiera lo que está a punto de suceder. Pero pronto, todo cambiará.

Cuando llego a la comisaría, me recibe el jefe de policía, un hombre que conoce a mi familia desde hace años. Su mirada está llena de sorpresa cuando le digo lo que vengo a hacer. Supongo que no esperaba algo así de mí, pero veo en su mirada una chispa de respeto, que me dice que estoy haciendo lo correcto.

—Elliot, ¿estás seguro de esto? —me pregunta el jefe de policía.

—Más que nunca —respondo, sin dudar—. No puedo seguir viviendo en una mentira, ni permitir que el negocio de mi familia continúe por ese camino. Debemos limpiar lo que está sucio, aunque eso signifique empezar de cero.

Él asiente, comprendiendo la gravedad de mis palabras, porque lo que estoy haciendo no solo va a afectar a mi familia y a la empresa, sino a todo el pueblo, y el escándalo que seguirá será algo que todos recordarán durante años.

Durante horas, me siento con las autoridades, revelando todo lo que sé. Hablo de los contratos fraudulentos, los sobornos, los acuerdos ilegales que mi padre y su círculo cercano habían hecho. Cada palabra que pronuncio es un ladrillo que se cae del muro de mentiras que mi familia ha construido durante décadas. Y con cada una de mis revelaciones, siento cómo se aligera el peso que he estado cargando a mi espalda desde que lo descubrí. Cuando finalmente termino, me siento agotado, como si me hubieran drenado toda mi energía, aunque también siento una paz que no había sentido hacía mucho tiempo.

Los días que siguen son un torbellino. Las detenciones comienzan rápidamente y ver a antiguos amigos de mi padre, colegas que habían sido parte de mi vida desde que era niño, esposados y llevados por la policía, es un golpe duro para mí. Pero sé que es necesario. Entre ellos, también está Boyd, que ahora debe hacer frente a cargos no solo por lo que hizo a Hollie, sino también por su implicación en la red de corrupción. Es un alivio verlo en manos de la

justicia, aunque no puedo evitar sentir una punzada de tristeza por lo que ha hecho con su vida, a pesar de que él sea el único responsable de sus actos.

El pueblo, como era de esperar, es un hervidero de rumores y escándalos. Las noticias vuelan de boca en boca, y aunque hay quienes me culpan por haberlo expuesto todo, también hay quienes empiezan a ver lo que estoy intentando hacer. Sé que será un camino largo y difícil, pero no me voy a echar atrás. Además, contar con el apoyo incondicional de Hollie consigue que me mantenga firme en mi decisión. Juntos hacemos frente a las miradas y a las palabras susurradas a nuestras espaldas, pero también comenzamos a ver un cambio entre las gentes del pueblo. Hay quienes se acercan a nosotros, para ofrecernos su apoyo y con la certeza de que lo que estamos haciendo es por el bien de todos.

Mi madre, que al principio se mostró reticente a la idea de exponer todo, finalmente comprende la necesidad de limpiar nuestro nombre. Poco a poco se transforma y pasa de ser una mujer asustada por perderlo todo, a alguien que está lista para enfrentar las consecuencias de sus actos. Es un proceso doloroso, pero sé que es necesario para que podamos seguir adelante como familia.

Esta tarde, cuando el sol comienza a caer y el pueblo se sumerge en la dorada luz del atardecer, mi madre se acerca a mí mientras estoy en el jardín de casa. Sus pasos son lentos, como si llevara el peso de los años y las decisiones equivocadas sobre sus hombros.

—Elliot —dice y cuando la miro a los ojos veo cansancio, pero también una determinación renovada—. Quiero que sepas que estoy orgullosa de lo que has hecho. Tu padre…, tu padre habría querido que esto terminara de una manera diferente, pero creo que, en el fondo, sabía que esto acabaría siendo inevitable. Y aunque me duele lo que hemos perdido, sé que has hecho lo correcto.

—Gracias, mamá —respondo tomando su mano entre las mías—. No ha sido fácil, pero sé que es lo mejor para todos. No quiero que Jamie crezca en un entorno de mentiras. Quiero que tenga un futuro mejor, uno del que pueda estar orgulloso.

Ella asiente con los ojos llenos de lágrimas

—Y lo tendrá, Elliot, porque tú has tenido el coraje de hacer lo correcto —me dice y yo la atraigo hacia mi cuerpo para fundirnos en un abrazo.

Capítulo 30
Elliot

—¿En qué piensas? —me dice Hollie con voz suave sacándome de mis pensamientos.

Me giro para mirarla y veo cómo sus ojos me observan con curiosidad, pero también con una calidez que me hace sentir completo, como si, después de tanto tiempo, finalmente hubiera encontrado mi lugar.

—En nosotros —respondo casi en un susurro, mientras la brisa suave de la tarde acaricia mi rostro—. En cómo, a pesar de todo, hemos llegado hasta aquí.

Hollie con una sonrisa que le ilumina la cara, me hace sentir más cerca de ella que nunca. Se inclina hacia mí y me besa, y sin necesidad de palabras, sé lo que ambos deseamos.

—Ven —le digo tomándola de la mano hacia el interior de la casa con una sonrisa cómplice.

Dentro, el ambiente es cálido y acogedor con la luz del atardecer filtrándose a través de las cortinas. La casa, que antes sentía vacía y fría, ahora está llena de vida y es nuestro hogar, el lugar donde hemos decidido empezar de nuevo. Hollie se detiene en el umbral de la sala y me mira. Me acerco a ella y la abrazo.

—Te quiero—murmuro, acercándome más, hasta que nuestras frentes se tocan.

—Y yo a ti—responde en un susurro—. Siempre lo he hecho.

Nos besamos, de manera lenta y profunda. Uniendo nuestras bocas en un baile incesante de lenguas. Le rodeo con mis brazos y acerco su cuerpo al mío. Ella rodea mi cuello con sus brazos y volvemos a besarnos, esta vez con los ojos entreabiertos. Hablándonos sin necesidad de palabras. La levanto entre mis brazos y camino hacia nuestra habitación, para poder amarla sin miedo a ser descubiertos por alguien del servicio.

Cuando llego a nuestro dormitorio, la dejo sobre nuestra enorme cama y empiezo a desvestirme sin dejar de mirarla. Ella no aparta la mirada de mi cuerpo, con una sonrisa cómplice y seductora que me enloquece. Cuando estoy totalmente desnudo, me acerco hasta ella y me deshago del vestido que lleva, hasta dejarla en un conjunto de sujetador y braguitas minúsculas que consiguen excitarme más aún. Sin poder retenerme, me coloco entre sus piernas y apartando hacia un lado su ropa interior la devoro con ansia, saboreando su sexo y haciéndola enloquecer. Antes de que alcance la cúspide del placer, ansioso de ella, me introduzco entre sus pliegues de manera profunda. Lo hago despacio, sin dejar de mirarla y recreándome en cómo su cuerpo se abre para mí. Me dejo llevar por las sensaciones, por el contacto de sus entrañas húmedas con mi sexo y enloquezco hasta que ambos estallamos en un potente y arrollador orgasmo que nos deja desmadejados sobre nuestra cama.

—Te quiero, mi amor —me susurra aún con la respiración entrecortada.

—Y yo a ti, preciosa —le respondo y en ese momento sé que todo lo que ha sucedido

durante todo este tiempo ha valido la pena.

—¿Cómo te sientes? —pregunta con voz suave y llena de ternura.

—Completo —respondo con sinceridad y con la certeza de que por primera vez en mucho tiempo, siento como si todas las piezas del puzzle de mi vida finalmente hubieran encontrado su lugar.

Epílogo
Hollie

El viento sopla suavemente y me acaricia la cara, mientras me siento bajo el viejo roble, en lo alto de la colina que domina Farland. A mi lado, Elliot está sentado con su mano entrelazada con la mía. Lo miro de reojo y observo cómo la luz del atardecer juega con las sombras y resalta cada ángulo y cada línea de su cara, que tan bien conozco. Su expresión es serena y me pregunto si está pensando lo mismo que yo: en cómo este lugar ha sido nuestro testigo silencioso durante todos estos años.

—¿Recuerdas cuando estábamos aquí antes de que te marcharas a Estados Unidos? —le pregunto en voz baja.

Elliot asiente. No necesitamos decir mucho; ambos sabemos lo que significa estar aquí de nuevo, después de todo lo que hemos pasado. Este roble y estas colinas han sido el escenario de nuestra juventud, de nuestros sueños y miedos. Y ahora, son testigos de nuestra nueva etapa juntos.

Jamie corretea riendo a nuestro lado. Lo observo con una sonrisa dibujada en mis labios y llena de amor. Es increíble cómo en él veo reflejado lo mejor de Elliot y lo mejor de mí. Cada vez que lo miro, veo cómo el fruto de nuestro amor ha perdurado a través del tiempo y de todas las dificultades que hemos encontrado en nuestro camino.

Miro también a nuestro alrededor y observo las colinas ondulantes y el cielo teñido de tonos dorados mientras el sol se pone, y sé que este es el lugar donde todo comenzó y donde todo está renaciendo. El camino no ha sido fácil y sé que aparecerán desafíos en nuestro camino, pero sé que juntos podremos superarlos.

—Hemos llegado hasta aquí, ¿verdad? —digo en voz baja, más para mí misma que para Elliot.

—Sí —responde él, con su voz suave y llena de esa seguridad que siempre ha tenido—. Y seguiremos adelante. Juntos.

La palabra *juntos* resuena en mi mente, anclándome al presente, recordándome que ahora yo ya no estoy sola en esta lucha. Elliot y yo hemos enfrentado demonios, tanto internos como externos, y hemos salido más fuertes y unidos.

Jamie sigue jugando a nuestro alrededor, su energía inagotable es un recordatorio de que la vida continúa y de que el futuro es brillante, sin importar lo sombrío que haya sido el pasado.

—¿Crees que Jamie comprenderá alguna vez todo lo que sucedió? —pregunto en voz baja sin dejar de observar a nuestro hijo.

Elliot suspira y aprieta mi mano con la suya.

—Quizás no ahora —responde—. Pero algún día, cuando sea mayor, seguro que sí. Y

sabrá que todo lo que hicimos fue por él y por nosotros.

Asiento, sabiendo que tiene razón. Jamie crecerá en un mundo diferente al que nosotros hemos tenido que enfrentarnos, un mundo que estamos trabajando para que sea mejor. Y aunque puede que nunca comprenda completamente lo que hemos tenido que luchar a lo largo de nuestro camino, sabrá que todo lo que hicimos fue con la intención de protegerlo y de darle una vida mejor.

El sol comienza a ocultarse tras las colinas, bañando el paisaje en una luz dorada que me hace sentir como si estuviéramos envueltos en una manta de paz. Es un final perfecto para un día perfecto, y mientras miro a Elliot, sé que no hay otro lugar en el que preferiría estar.

—Todo va a ir bien, ¿verdad? —le pregunto, aunque en mi corazón ya conozco la respuesta. Elliot se gira hacia mí y me mira a los ojos.

—Sí, mi amor—me dice y veo en su voz y en su mirada que así será.

Nos quedamos en silencio, observando cómo el sol se despide de nosotros, sabiendo que mañana será un nuevo día, con nuevos desafíos, pero también con nuevas oportunidades. Nos levantamos, tomados de la mano, mientras comenzamos a descender por la colina. Jamie corre delante de nosotros. Miro a Elliot una vez más y él me devuelve la mirada y me sonríe,

—Vamos a casa —dice y la simpleza de esas palabras me llena de una felicidad indescriptible.

Juntos, comenzamos el camino de regreso, dejando atrás el roble que ha sido testigo de nuestro pasado, pero llevándonos la certeza de que nuestro hogar estará donde estamos nosotros.

***

Antes de cerrar este libro, por favor, si me dejas tu opinión en Amazon, Goodreads o tus redes sociales, me ayudas a que pueda seguir publicando.

¡Muchas gracias!

Sarah Valentine

***

Si quieres seguir disfrutando de esta serie, ya puedes hacerte con el siguiente título: James. Una niñera para el heredero Ahora está en preventa al 50% de su precio solo durante la preventa. Consíguelo aquí.

Esta es su sinopsis:

James Stone, un **rico y atractivo heredero** de un conocido bufete de abogados de Nueva York, pierde a su esposa de manera trágica y se queda solo al cuidado de Hazel, su pequeña hija de cinco años. La muerte de su esposa destroza a James, quién se niega volver a enamorarse para no volver a sufrir y para respetar la memoria de su mujer fallecida.

Claire Bennet, una joven de **escasos recursos económicos**, acaba de instalarse en Nueva York y busca trabajo de forma desesperada. Por azar encuentra un anuncio para trabajar de niñera en una exclusiva zona de la ciudad.

El **destino** de James y Claire se cruzará, en un principio, como una relación de **jefe y empleada**. Pero la **proximidad** y la dulzura de la joven, hará que el **cascarrabias** de James tenga que replantearse muchos de los límites que se ha autoimpuesto en su vida.

Dos personas de **mundos distintos** y con más de una década de **diferencia de edad**, deberán descubrir si el pasado y todo lo que creen que les hace diferentes son suficiente como para alejarlos.

¿Conseguirá **triunfar el amor** por encima de todo lo que separa a James y Claire?

¡Atrévete a descubrirlo!

Sarah Valentine, autora de **novelas románticas Best Sellers**, como su **serie Condes escoceses** y su **serie Duques escoceses**, publica ahora ***James. Una niñera para el heredero (Serie Herederos)***, una **novela romántica contemporánea de segundas oportunidades llena de iemoción, pasión, segundas oportunidades y amor ambientada en Nueva York**

Si te gustan las **historias 100% románticas**, lee las novelas de Sarah Valentine.

¡Te vas a enamorar!

¡¡¡Hazte con él durante la preventa al 50%!!!

(Empieza a leer James. *Una niñera para el heredero* a continuación)

Tengo un regalo para ti

Si te ha gustado la historia de Elliot y Hollie, te animo a que leas *James. Una niñera para el heredero.*

James. Una niñera para el heredero

Serie Herederos, 5
Prólogo
James

El sonido del metal retorciéndose aún resuena en mi mente como un eco que se niega a desaparecer. Cada vez que cierro los ojos, revivo el momento en que mi vida se desmoronó en un instante, en un frenazo que llegó demasiado tarde. El dolor de aquella noche continúa sangrando como una herida abierta, que no cicatriza, no importa cuánto tiempo pase. Recuerdo el brillo de los faros en la carretera mojada. Olivia iba a mi lado, llenando el interior del automóvil con su risa. Esa noche hablábamos de planes, de sueños y de un futuro que ya no existe. Hazel dormía plácidamente en el asiento trasero.

Pero entonces, en un instante, todo cambió. El impacto fue brutal, tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de gritar su nombre. Recuerdo el sonido del vidrio al romperse, el grito de Olivia cortado de repente y, luego, el silencio. Ese maldito silencio que ha llenado mi vida desde entonces. No sé cuánto rato después, me desperté entre los restos del coche, con la cabeza palpitando de dolor y las manos temblorosas buscando a Olivia. Grité su nombre hasta rasgarme la garganta, pero ella no respondía. No respondió. Nunca más lo hizo.

Cuando llegó la ambulancia todo se volvió un borrón de luces y voces. Alguien me sacó del automóvil, pero no pude apartar la mirada de Olivia, que continuaba atrapada en el asiento con el cuerpo inerte y los ojos cerrados como si estuviera dormida. No hubo un adiós, ni un último *te quiero*. Solo vacío, el más grande de todos.

El hospital fue un infierno. Los médicos me hablaban en un tono que pretendía ser reconfortarme, pero que solo consiguió llenarme de rabia. Me dijeron que no sufrió, que murió al instante. Como si eso pudiera consolarme. Como si la rapidez con la que la perdí hiciera que

doliera menos. No pude soportarlo. Salí del hospital tan pronto como me lo permitieron. Necesitaba alejarme de las miradas de lástima, del olor a desinfectante que se pegó a mi piel y de los murmullos llenos de una compasión vacía para mí. Me fui a casa, a una que ya no sentía como mi hogar, porque faltaba Olivia..

En esos primeros días, mi vida se redujo a un patrón repetitivo de respiraciones forzadas y movimientos mecánicos. Me encargué de los arreglos funerarios como si estuviera programado para hacerlo, aunque no pude contar con su opinión en ninguna de las decisiones que debí tomar. El ataúd, las flores, la música… todo era gris y sin vida. Sin ella.

El día del funeral cayó un aguacero. El cielo parecía llorar por ella, como si supiera que había perdido a alguien irremplazable. Hazel, mi pequeña Hazel, no entendía del todo lo que sucedía. Me aferré a mi niña con la certeza de que era lo único que me mantenía anclado a este mundo. Pero mientras sostenía su pequeña mano en el cementerio, observando cómo bajaban el ataúd de su madre hasta el fondo del agujero, sentí cómo algo se rompía dentro de mí y tuve la certeza de que nada volvería a ser como antes.

La tumba de Olivia es un lugar que evito. No porque haya dejado de amarla, sino porque no puedo soportar lo que representa. Sin embargo, una tarde me obligué a ir. Necesitaba enfrentarme a lo que había sucedido, aunque solo fuera una vez. Me arrodillé ante la lápida, notando cómo el frío de la piedra atravesaba mis pantalones y permití que el dolor me inundara. No lloré, porque se me habían secado y me había quedado vacío, convirtiéndome en un cascarón de lo que alguna vez fui.

—Lo siento, Olivia —murmuré en apenas un susurro.

La culpa me devoraba como un monstruo que se alimentaba de mis remordimientos. Si hubiera estado más atento, si hubiera conducido más despacio, si hubiera… Demasiados *si hubiera* que no cambian nada.

Olivia siempre fue la luz en mi vida, la que me hizo creer que podía ser mejor y que podía ser feliz, que podríamos serlo juntos, siempre juntos. Sin embargo, esa luz se había apagado y me había dejado a oscuras, rodeado de una oscuridad que no podía soportar. Me incliné hacia adelante y apoyé mi frente contra la gélida lápida y tomé una decisión. Una que, en ese momento, me pareció la única forma de sobrevivir al dolor que me asfixiaba.

—Nunca volveré a amar —prometí con voz ronca—. No puedo. No quiero. Es demasiado doloroso.

Al decirlo, sentí que una parte de mí se endurecía y se volvía tan fría y dura como la lápida de mármol que había bajo mis manos. Sabía que era una decisión cobarde, pero también una necesidad. No podía volver a pasar por aquello, no podía permitirme sentir tanto de nuevo para perderlo todo después. Me levanté con el cuerpo rígido por el frío y la tensión. Miré una última vez la lápida de Olivia, sabiendo que esa promesa me protegería, pero también con la certeza de que me condenaba a una vida sin color ni esperanza, pero no me importó. Hazel me necesitaba, viviría por y para ella. Eso sería suficiente. Tenía que serlo.

Al alejarme de la tumba, el viento sopló con fuerza, arrastrando las hojas secas a mis pies. Cada paso que daba me parecía un adiós definitivo a lo que una vez fui y a lo que alguna vez tuve, porque en ese momento.. No era más que un hombre roto, que trataba de proteger los restos de lo que quedaba de él.

Mientras caminaba de regreso al coche, mi promesa resonaba en mi cabeza, como un mantra que me repetía una y otra vez: nunca volveré a amar. Era lo único que podía controlar en un mundo que me había demostrado que no podía proteger lo que más amaba. Me detuve un momento antes de abrir la puerta del Mercedes para permitir que mi promesa se asentase en mi

pecho. La vida continuaba, pero yo lo iba a hacer a mi manera, con un corazón encerrado bajo llave y a salvo de cualquier sentimiento que pudiese hacerme vulnerable de nuevo.

Encendí el motor del coche y me obligué a no mirar atrás mientras abandonaba el cementerio. Esa sería mi vida ahora: proteger a Hazel y asegurarme de que ella nunca tuviese que sufrir lo que yo estaba sufriendo. A partir de entonces, me concentraría en mi trabajo, en mi hija y en intentar mantener a raya el dolor, que amenazaba con abrumarme cada vez que pensase en lo que había perdido.

La casa donde me crié y heredé tras la muerte de mi padre, me recibió con su silencio habitual. Cada uno de sus rincones era como un recordatorio de que Olivia ya no estaba a mi lado. La ausencia de su risa y de su voz era un vacío que ni el trabajo, ni ninguna distracción, podía llenar. Me obligué a seguir adelante, paso a paso, tarea a tarea, porque eso era lo que se esperaba de mí. Pero en el fondo, sabía que una parte de mí había muerto con ella aquella noche en la carretera. Y la única manera de seguir viviendo era mantener esa parte enterrada, junto con los recuerdos de lo que alguna vez fue.

Fuí hacia el dormitorio, el que solíamos compartir. Allí cada objeto en me hablaba de ella, desde el perfume que había en su tocador, hasta la manta tejida que solíamos ponernos sobre las piernas cuando veíamos películas. Al observarme en el espejo sobre la cómoda, apenas reconocí al hombre que me devolvía la mirada. Mi reflejo me mostraba un rostro endurecido por la ausencia y unos ojos vacíos, incluso de lágrimas. Olivia me enseñó a amar, pero su muerte me había enseñado una lección más cruel: amar es arriesgarse y, en ese momento, ese era un riesgo que ya no podía asumir.

Al meterme en la cama, sabía que las noches serían la peor parte de los días, porque era en la quietud de la madrugada cuando los recuerdos volvían a mí con más fuerza, haciendo que el dolor se volviera insoportable. Pero estaba decidido a resistir. No por mí, sino por mi pequeña Hazel. Ella era lo único que me quedaba y por mi hija estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para seguir adelante, aunque eso significase cerrar mi corazón para siempre.

Cerré los ojos, pero el sueño no llegaba. En su lugar, las imágenes de aquella noche volvían una y otra vez, hasta que no pude soportarlo más. Me levanté, incapaz de quedarme quieto, y salí al balcón, dejando que el aire frío de la noche me despejase. Miré las luces de la ciudad, tan indiferentes a mi dolor, y me prometí que, pasase lo que pasease, nunca dejaría que nadie se acercase lo suficiente a mí como para herirme de nuevo.

Porque amar a alguien es darle el poder de destruirte y ya he sido destruido una vez. No habrá una segunda.

Capítulo 1
Claire

El sonido constante de los coches, las bocinas impacientes y el murmullo incesante de personas apuradas me reciben en Nueva York como un aluvión abrumador de vida. El aire es denso y está cargado de energía y, aunque he visto esta ciudad en películas y fotos, nada me había preparado para estar aquí, en medio de todo, con las luces de los rascacielos desafiando la oscuridad y las aceras repletas de gente, que se mueve con un propósito claro, mientras yo lucho por encontrar el mío.

Hace apenas una semana llegué con mi maleta cargada de sueños y expectativas,

segura de que la ciudad de las oportunidades me recibiría con los brazos abiertos. Pero, ahora, con cada día que pasa, esos sueños me parecen más una carga que una promesa. Mi pequeño apartamento en Brooklyn, con sus paredes delgadas y el ruido constante del tráfico, no es el refugio que había imaginado tener en esta ciudad..

Cada mañana, salgo temprano de casa con el corazón lleno de esperanza mientras me dirijo a otra entrevista, aunque por la noche regreso de nuevo, agotada, desilusionada y de nuevo sin trabajo. Los días se están convirtiendo en un borrón de rechazos y promesas vacías. Mis ahorros se están evaporando rápidamente y la ansiedad se ha instalado en mi pecho como una sombra constante, que oscurece cualquier luz de optimismo que intento mantener encendida.

Pero hoy es diferente. Lo sé. Camino por las calles con el viento otoñal rozando mi cara y escondo mis manos en los bolsillos de mi abrigo para protegerme del frío que me cala hasta los huesos. Mi cabeza da vueltas, mientras piensa en la entrevista de esta mañana, buscando algún error que pueda haber cometido o algún motivo por el cual no me hayan ofrecido el puesto en ese momento. Pero todo ha sido tan rápido e impersonal como siempre. Una sonrisa forzada, un agradecimiento por mi tiempo, y un «nos pondremos en contacto contigo» que sé que nunca llegará. Lanzo un hondo suspiro y me detengo frente a una pequeña cafetería y el aroma a café recién hecho se cuela por la puerta abierta y me tienta a entrar. No puedo permitirme un lujo así con el poco dinero que me queda, pero necesito un respiro. Necesito un momento para detenerme y encontrar algo de consuelo en medio de este caos en el que se ha convertido mi vida desde que llegué a Nueva York.

Entro y veo que el lugar está casi vacío, solo hay un par de personas sentadas a las mesas junto a la ventana, concentrados en las pantallas de sus portátiles y ajenas al mundo exterior. Me acerco al mostrador y pido un café solo, el más barato de la carta. La barista, una joven con el cabello teñido de azul y un *piercing* en la nariz, me sonríe con simpatía mientras lo prepara. Me esfuerzo por devolverle la sonrisa, aunque tengo la sensación de que mis labios apenas se mueven.

Con la taza en la mano, me dirijo a una mesa en la esquina del local y lejos de la puerta de entrada, donde puedo contemplar a la gente sin ser observada. Me siento y tomo un sorbo de mi taza, El líquido caliente se desliza por mi garganta y me regala una calidez momentánea que casi me hace olvidar mi situación. Cierro los ojos y me permito un momento de silencio, alejándome mentalmente del bullicio de la ciudad, aunque sea solo por unos minutos. Pero esa paz es efímera, porque cuando abro los ojos, mi mirada se cruza con un tablón de anuncios que hay en una pared cerca de mi mesa. Lo observo y veo que está cubierto de tarjetas, panfletos y papeles garabateados. La curiosidad me puede, así que me levanto y me acerco hasta él y compruebo que son mensajes de todo tipo: clases de yoga, conciertos en bares locales y anuncios de alquiler de habitaciones. Mis ojos recorren los papeles sin mucho interés, hasta que uno en particular llama mi atención. Es un pequeño anuncio escrito a mano, casi perdido entre los demás, pero las palabras «Se busca niñera» destacan como un faro en medio de la tormenta. Cojo el papel con cuidado, como si fuera un tesoro frágil y leo los detalles, aunque no da demasiada información:

«Se busca niñera para cuidado de niña de cinco años. Tiempo completo. Sueldo competitivo. Incorporación inmediata. Interesadas, llamar al número de aquí abajo».

No hay más información, solo un número de teléfono escrito con tinta negra. En ese instante, siento una chispa de esperanza en mi interior, pero también una oleada de dudas. ¿Qué tipo de familia necesita una niñera con tan poca antelación? ¿Por qué este anuncio está aquí y no en una agencia? Pero al mismo tiempo sé que no puedo permitirme ser quisquillosa. Estoy al

borde de quedarme sin opciones para sobrevivir en esta ciudad y este trabajo quizás podría ser la oportunidad que tanto ansío. Respiro hondo, intentando calmar mis nervios, y guardo el papel en mi bolso. Mi mente ya está imaginando cómo será la llamada, qué diré, cómo me presentaré… Respiro hondo de nuevo, pero también tengo claro que es una oportunidad, quizás la única que tenga en un tiempo y no puedo dejarla pasar. Aunque la idea de cuidar a una niña en una ciudad que apenas conozco me asusta, sé que soy buena en lo que hago. He trabajado con niños antes y siempre he encontrado una manera de conectar con ellos, de ganarme su confianza, aunque eso no quita que ahora mi inseguridad se apodere de mí.

Termino mi café con rapidez con la decisión tomada. Salgo de la cafetería sintiendo el viento frío nuevamente en mi rostro, mientras camino de regreso a mi apartamento, con el papel del anuncio en mi bolso y un manojo de nervios en el estómago, que me obliga a acelerar el paso. Cuando llego a mi apartamento, me quito el abrigo y me siento en el borde de la cama con el teléfono en mano y el anuncio frente a mí sobre el edredón. Mi corazón late con fuerza mientras marco el número, trago saliva y escucho cómo cada pitido del tono de llamada resuena en mi cabeza como un tambor.

—Hola —responde una voz femenina al otro lado de la línea con tono profesional.

—Hola, me llamo Claire Bennett. Llamo por el anuncio de niñera que he visto en una cafetería —le digo con la voz un poco temblorosa, aunque trato de mantenerla firme.

—Ah, sí, gracias por llamar, Claire. Mi nombre es Sarah, soy la asistente personal del señor Stone. Él está buscando a alguien para cuidar de su hija. ¿Tienes experiencia como niñera?

—Sí, he trabajado con niños de diferentes edades, tanto en guarderías como para familias de forma privada. También soy educadora infantil —respondo y siento cómo mi voz ha adquirido un tono más seguro al hablar de mi experiencia.

—Eso suena muy bien. El señor Stone está buscando a alguien para que se incorpore de forma inmediata. Si estás disponible, ¿podrías venir mañana para una entrevista? —la voz de Sarah es directa, sin rodeos, como si ya hubiera decidido que soy una buena candidata.

—Sí, claro, estaré allí. ¿Podría darme la dirección? —anoto la dirección que Sarah me dicta con pulso tembloroso mientras escribo.

—Perfecto, te esperamos a las nueve de la mañana. Por favor, trae tu currículum y referencias —concluye Sarah antes de despedirse.

Cuelgo el teléfono y me quedo mirando la pantalla por un momento, intentando asimilar lo que acaba de suceder. Tengo una entrevista. Es un pequeño paso, pero para mí es todo un triunfo en este momento.

La dirección que me ha dado Sarah es en el Upper East Side. Por lo que de manera automática pienso en los edificios imponentes, las calles limpias y los escaparates de lujo de la zona. Es un mundo completamente diferente al mío, donde las personas parecen moverse con una seguridad y una confianza que me resulta ajena. ¿Cómo voy a encajar en un lugar así? Pero entonces pienso en la niña de cinco años a la que cuidaré, y en cómo los niños ven más allá de las apariencias y eso me consuela.

Paso el resto del día preparando mi currículum, revisando mis referencias y eligiendo cuidadosamente mi ropa para la entrevista. Quiero causar una buena impresión y demostrar que soy una persona competente. Pero más que eso, quiero ser alguien en quien esa pequeña niña pueda confiar.

Por la noche, cuando me meto en la cama, me cuesta dormir. Mi cabeza no deja de darle vueltas a cómo será la entrevista, en quién será ese señor Stone y qué tipo de persona estará detrás de ese apellido tan imponente. Pero por la mañana, aunque apenas he logrado pegar ojo,

me levanto más segura de mí misma y de mis posibilidades. Me visto con un traje sencillo, pero profesional, me recojo el pelo en una coleta y reviso mis documentos por última vez antes de marcharme de casa.

El viaje en metro hasta el Upper East Side es largo. Cada parada me acerca más a un mundo que parece alejado del mío no solo por la distancia a la que vivo de él. Cuando finalmente llego, camino por calles amplias y arboladas, rodeada de edificios opulentos. Respiro hondo antes de acercarme al edificio que corresponde a la dirección que tengo anotada. Cuando estoy frente a él, observo su fachada de piedra y me parece más imponente de lo que había imaginado. Al entrar al *hall* de la entrada, el portero me saluda con cortesía cuando le digo a quién vengo a ver y me indica que tome el ascensor hasta el último piso. Mis nervios están a flor de piel mientras las puertas del ascensor se cierran y empiezo a subir. Me observo en el espejo del ascensor, intentando tranquilizarme. «Claire, puedes hacerlo. Los niños son tu fuerte. Esto es solo una entrevista más», me digo a mí misma.

Finalmente, cuando llego al último piso, las puertas metálicas del ascensor se abren y me muestran un amplio pasillo con paredes de color marfil y una alfombra de terciopelo azul que amortigua mis pasos. Camino hacia la única puerta que hay al final del pasillo, y siento cómo mi corazón late con fuerza. Tomo una respiración profunda y llamo el timbre. Poco después, la puerta se abre y me recibe una mujer de mediana edad con una sonrisa profesional. Es Sarah, sin duda.

—Claire Bennett, ¿verdad? —pregunta y asiento al escucharla—. Soy Sarah, la asistente del señor Stone. Pasa, por favor.

Entro y lo primero que noto es el silencio. El apartamento es espacioso, con una decoración minimalista pero lujosa y unos grandes ventanales que ofrecen una vista impresionante de Central Park. Todo está impecablemente ordenado, nada que ver con mi pequeño apartamento en Brooklyn. Sarah me guía a través de una sala de estar hacia un despacho, donde un hombre alto y bien vestido está de pie junto a un escritorio, con la vista fija en la pantalla de su ordenador. La tensión en sus hombros es evidente, y cuando finalmente levanta la vista hacia mí, me encuentro con unos ojos grises que parecen verlo todo, pero que no muestran nada, parecen vacíos.

—Señor Stone, ella es Claire Bennett —anuncia Sarah y su voz parece romper el hielo en el aire.

Él asiente con un movimiento apenas perceptible y luego se acerca para estrechar mi mano. Su apretón es firme y su piel fría. Hay algo en su presencia que me hace sentir pequeña, como si este hombre pudiera aplastarme con una sola palabra, pero al mismo tiempo, hay algo en su mirada gris que me intriga, una sombra que parece esconder más de lo que muestra.

—Gracias por venir, señorita Bennett —dice con una voz profunda y controlada, pero sin la calidez que esperaba—. ¿Ha traído sus documentos?

—Sí, aquí están —respondo, entregándole mi currículum y las cartas de recomendación. Sus dedos rozan los míos al tomarlos y siento una corriente eléctrica recorrer mi brazo. Me aclaro la garganta para disimular esa sensación y lo observo. El señor Stone los revisa en silencio, moviendo su mirada rápidamente por las páginas. Estoy demasiado nerviosa para hablar, así que solo espero, intentando controlar mi respiración. Finalmente, levanta la vista y asiente de nuevo, como si hubiera llegado a una conclusión.

—Su experiencia es impresionante —dice, aunque su tono es neutral—. Mi hija, Hazel, tiene cinco años y necesita a alguien que pueda ofrecerle estabilidad. Si decide aceptar este trabajo, su vida cambiará significativamente. Vivirá aquí, en el apartamento, y su prioridad será

Hazel.

Asiento, intentando procesar la información. Vivir aquí, en este mundo tan diferente al mío, parece aterrador y emocionante al mismo tiempo. Pero si esto es lo que se necesita para salir adelante, entonces lo haré. No tengo la más mínima duda.

Capítulo 2
James

El teléfono suena con insistencia sobre mi escritorio y arruina la concentración que intento mantener en el informe que tengo delante. Suspiro y deslizo los dedos sobre la madera pulida antes de responder. Es Sarah, mi asistente personal, quien parece más decidida que nunca a resolver la última de las preocupaciones que ha estado carcomiéndome desde hace meses: encontrar a alguien que me ayude a cuidar de Hazel.

—Señor Stone —comienza Sarah con su tono profesional, aunque no puede ocultar la urgencia en su voz—. He encontrado una candidata. Se llama Claire Bennett. Su currículum es impresionante. Creo que debería tenerla en cuenta.

Dejo escapar un gruñido involuntario. Otra niñera. Otra desconocida que entrará en mi vida o, más bien, en la de Hazel, pretendiendo poder ofrecerle algo que ni siquiera yo he podido darle desde que Olivia se fue. La sola idea de dejar que alguien ocupe ese espacio me irrita profundamente.

—Sarah, ya hemos pasado por esto antes. No necesito recordarte cómo terminaron las últimas entrevistas —respondo, intentando mantener la impaciencia fuera de mi voz, aunque sé que fallo en el intento. Mi mirada se desvía hacia la ventana, donde el cielo gris de Nueva York se cierne sobre la ciudad, tan distante y frío como yo mismo me he vuelto.

—Lo sé, señor Stone, pero esta joven parece diferente. Es educadora infantil y según pone en su currículum tiene experiencia en el cuidado de niños en entornos difíciles. Puede que sea justo lo que Hazel necesita.

Lo que Hazel necesita. Esa frase me deja helado. Sé lo que mi hija necesita, lo sé mejor que nadie, y es algo que nadie en esta maldita ciudad puede ofrecerle. La voz de Sarah, sin embargo, es firme y resuelta, y reconozco que ha estado lidiando con esto tanto como yo, aunque de una manera diferente. La culpa invade mi pecho, recordándome que no puedo seguir evadiendo esta responsabilidad.

—De acuerdo —respondo finalmente, resignado—. Que venga mañana a primera hora y la entrevistaré personalmente.

—Gracias, señor Stone. Estoy segura de que no se arrepentirá—. Sarah cuelga antes de que pueda responder, probablemente temiendo que cambie de opinión.

Cuelgo el teléfono y me dejo caer en el sillón de cuero de mi escritorio. La luz tenue del atardecer se cuela por los ventanales, proyectando sombras que llenan la habitación de un ambiente melancólico. Siempre he preferido trabajar hasta tarde, sobre todo desde que Olivia… Me detengo antes de permitir que ese pensamiento se complete. Pienso en Hazel, mi pequeña, que ahora está en su habitación, probablemente perdida en uno de sus libros de cuentos. Se ha retraído en sí misma desde que Olivia murió y, aunque me esfuerzo en ser el padre que ella necesita, sé que no puedo hacerlo solo. Necesito ayuda, y aunque detesto admitirlo, quizás Sarah tiene razón.

A la mañana siguiente, me despierto con la misma sensación de vacío que ha sido mi compañera constante durante estos años. Me ducho, me visto y tomo mi café, todo en un silencio casi reverente, como si estuviera preparándome para una batalla. El apartamento está silencioso, demasiado grande y lujoso solo para mi pequeña y para mí. Cuando Olivia estaba aquí, cada rincón de este lugar tenía vida. Ahora, en cambio, es simplemente un espacio frío y gris, una réplica de mi propio estado emocional.

Sarah llega antes que la candidata, como siempre, puntual y eficiente. Ella sabe cuánto odio estas entrevistas y cómo cada una de ellas me recuerda lo que falta en nuestras vidas. Pero es demasiado profesional para mencionarlo.

—Señor Stone, Claire Bennett llegará en diez minutos. ¿Quiere que la reciba y la acompañe hasta aquí? —pregunta, aunque ambos sabemos que no es una pregunta real. Sarah siempre ha sido la que maneja estos detalles.

—Sí, está bien —respondo, volviendo la mirada hacia mi ordenador, aunque mis pensamientos están lejos de la información de alguno de los casos que llevo y que ahora aparecen en la pantalla.

Pasan unos minutos antes de que escuche un golpe suave en la puerta. Me enderezo en mi silla y tomo una respiración profunda, preparándome para lo que viene. La puerta se abre y Sarah entra primero, seguida por una joven, con un traje sencillo pero adecuado. Su cabello rubio oscuro está recogido en una coleta baja, y sus ojos verdes, grandes y brillantes, me observan con una mezcla de curiosidad y nerviosismo.

—Señor Stone, esta es Claire Bennett —dice Sarah con voz profesional.

Me levanto para estrecharle la mano, y lo primero que noto es lo firme de su apretón, algo que no esperaba de alguien de su apariencia. Es joven, sin duda, pero hay una determinación en su mirada que no había visto en otras candidatas. Sin embargo, no puedo evitar sentir una punzada de escepticismo al pensar en si sabrá cuidar bien de mi pequeña.

—Señorita Bennett —saludo con un tono neutral, casi frío, mientras la invito a sentarse —. Gracias por venir. Me gustaría saber más sobre su experiencia.

Ella asiente y me entrega su currículum, que examino con detenimiento. Mientras leo, escucho su voz mientras me habla de su formación, sus trabajos anteriores y su pasión por la educación infantil. Habla con seguridad, con un tono cálido y envolvente, pero hay algo en su voz que también me incomoda. Es demasiado optimista, demasiado… joven.

—Veo que tiene experiencia con niños en situaciones difíciles —digo, levantando la mirada del papel para encontrarme con sus ojos—. Pero ¿qué sabe realmente sobre lo que significa cuidar de un niño que ha perdido a su madre?

Mi pregunta es directa, casi cruel, pero necesito saber cómo reacciona. He visto a otras candidatas desmoronarse bajo la presión de preguntas similares. Es mi forma de proteger a Hazel, de asegurarme de que nadie entrará en su vida sin comprender realmente lo que significa.

Claire se toma un momento antes de responder, lo cual respeto. No es una de esas respuestas automáticas que suelo escuchar, llenas de clichés y frases vacías.

—Sé que no puedo comprender por completo lo que Hazel está pasando —dice con voz suave pero firme—. Pero entiendo lo importante que es para un niño tener estabilidad, sentirse seguro y amado, especialmente después de una pérdida. Mi trabajo es ofrecerle eso y ser un apoyo constante para ella, alguien en quien pueda confiar.

Algo en sus palabras me hace detenerme. No es lo que dice, sino cómo lo dice, con una convicción que parece propia de una persona mayor que ella. Pero sigo siendo cauteloso. No puedo permitirme creer en promesas vacías.

—Hazel ha estado a cargo de varias niñeras desde… desde que su madre murió —digo, eligiendo cuidadosamente mis palabras—. Ninguna ha durado más de unos meses. No puedo permitir que mi hija se encariñe con alguien de nuevo y que esa persona desaparezca poco después. Necesito saber que usted es capaz de comprometerse a largo plazo.

Claire asiente y veo un destello de comprensión en sus ojos. No es solo una entrevista para ella, lo veo en su expresión. Quizás entiende la situación más de lo que he imaginado al principio.

—Entiendo su preocupación, señor Stone —responde—. No me tomo este tipo de responsabilidades a la ligera. Si me da la oportunidad, prometo que estaré aquí para Hazel tanto tiempo como ella me necesite.

Me quedo en silencio un momento, evaluando cada palabra. Hay algo en ella, que me hace reconsiderar mi escepticismo inicial. Pero aún no estoy listo para ceder. Al menos, no todavía.

—Me gustaría que conociera a Hazel —digo finalmente levantándome de mi silla—. Así podremos comprobar cómo se llevan.

La acompaño por el pasillo hasta la habitación de Hazel, donde mi hija está sentada en su cama, con un libro entre las manos. Sus grandes ojos se levantan cuando entramos, y veo cómo evalúa a Claire, con esa mirada seria que ha adoptado desde la muerte de su madre.

—Hazel, esta es la señorita Bennett. Es posible que empiece a cuidar de ti —le digo con voz suave.

Hazel asiente, pero no dice nada. Claire se acerca con cuidado hasta ella, manteniendo una distancia respetuosa, algo que aprecio mucho. He visto a mi hija retraerse ante otros adultos, pero hay algo en la forma en que Claire la mira, con una mezcla de ternura y respeto, que parece desarmar a mi pequeña.

—Hola, Hazel —dice Claire con una sonrisa cálida—. He oído que te gustan los cuentos. ¿Qué estás leyendo?

Hazel duda un momento, pero luego le muestra la portada del libro de *El soldadito de plomo,* sin hablar. Es un cuento clásico, uno de los favoritos de Olivia. La nostalgia me golpea con fuerza, pero me mantengo firme, observando cómo interactúan..

—Ese es uno de mis preferidos —dice Claire mientras se sienta en una silla junto a la cama—. ¿Cuál es tu parte favorita?

Hazel duda, pero luego señala una página en particular. Claire asiente y comienza a hablar sobre la historia, preguntándole a Hazel sobre los personajes y qué le gusta de ellos. Es una conversación simple, pero veo algo que no había visto en mi hija desde hace tiempo: una pequeña chispa de interés. No sonríe, pero está participando en la conversación, y para mí, eso es suficiente por ahora.

Me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración, esperando ver si Hazel se abre un poco más. No lo hace del todo, pero tampoco se retrae, lo cual, ya es un pequeño milagro. Claire no la presiona, ni intenta forzar la conexión entre ellas y eso me da un pequeño atisbo de esperanza. Después de unos minutos, decido interrumpirles antes de que la situación se vuelva incómoda. Necesito un momento para procesar lo que acabo de ver.

—Hazel, la señorita Bennett y yo vamos a hablar un poco más. Enseguida regreso— le digo, y ella asiente, volviendo a su libro.

Salimos de la habitación y cuando la puerta se cierra, me encuentro evaluando a Claire con nuevos ojos. No puedo evitar sentirme irritado por la forma en que está empezando a hacerme cuestionar mis propias decisiones.

—Parece que Hazel se ha sentido cómoda con usted —le comento manteniendo mi tono neutral.

—Es una niña maravillosa, señor Stone. Solo necesita tiempo y estabilidad. Estoy segura de que, con un poco de paciencia, podremos conseguirlo —responde con la voz cargada de esa misma determinación que vi antes en ella..

Miro hacia la puerta cerrada de la habitación de mi hija y luego vuelvo la mirada a Claire. Las palabras de Olivia regresan a mí como un susurro, recordándome cómo siempre me decía que Hazel necesitaba una figura femenina en su vida, alguien que pudiera ofrecerle lo que yo no podía. Pero la idea de reemplazar a Olivia es algo que no puedo soportar y me esfuerzo por sacar esos pensamientos de mi cabeza.

—Está bien, señorita Bennett. Acepto su propuesta, pero con una condición —digo con voz firme—. Este trabajo requiere compromiso total por su parte. Si acepta, debe estar dispuesta a ser parte de su vida durante mucho tiempo. Hazel no puede permitirse más pérdidas.

Claire me mira con sus grandes ojos verdes y asiente.

—Lo entiendo, señor Stone. Estoy dispuesta a comprometerme.

No estoy seguro de qué es lo que me hace confiar en ella, pero en este momento, siento que no tengo otra opción. Hazel necesita a alguien y quizás Claire Bennett podría ser esa persona.

—Muy bien —le respondo inclinando ligeramente la cabeza—. Puede empezar mañana.

Sarah se encarga de los detalles finales y cuando Claire se va, me quedo solo en mi despacho mirando por la ventana hacia la ciudad que nunca duerme. Siento que algo dentro de mí ha cambiado, como si hubiera dado un paso en una dirección que no esperaba. Claire Bennett es una incógnita, pero una parte de mí no puede evitar preguntarse si, tal vez, esta vez será diferente. Tal vez, he encontrado a alguien que pueda cuidar de Hazel como ella lo merece.

Me siento en mi escritorio, tomando una respiración profunda para después soltar el aire poco a poco. Según mis pulmones se van vaciando, mi escepticismo empieza a disiparse, aunque solo sea un poco.

¡¡¡Hazte con él durante la preventa al 50%!!!

Nota de la autora

Querid@ lector@,

Si has llegado hasta aquí, déjame darte las gracias por haberlo hecho. Deseo que hayas disfrutado estas historias y los hayas amado tanto como yo mientras las creaba.

Si te gustan mis historias, te animo a que le des una oportunidad a mis otras novelas publicadas. Mientras, yo continúo trabajando para que dentro de muy poquito puedas seguir leyendo mis nuevas historias.

Aquí puedes encontrar todas mis otras novelas.

Hasta pronto y feliz lectura,

Sarah Valentine

¿Dónde puedes encontrarme?

En mi lista de correo: https://sarahvalentine.substack.com/
Instagram: @sarahvalentine_escritora/
TikTok: @sarahvalentine.escritora
Facebook: Sarah Valentine
Fan Page Facebook Sarah Valentine escritora: facebook.com/sarahvalentine.escritora
Mi grupo de lectoras VIP: Las Valentinas de Sarah Valentine
En mi mail: sarahvalentine.escritora@gmail.com